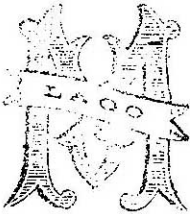
II

¿HUBO DERECHO Á CONQUISTAR LA AMÉRICA?

ANÁLISIS POLÍTICO DEL IMPERIO INCÁSICO



P. RICARDO CAPPA, de la Compañía de Jesús.

ESTUDIOS CRÍTICOS

ACERCA DE LA

DOMINACIÓN ESPAÑOLA

EN AMÉRICA

PARTE SEGUNDA

¿HUBO DERECHO Á CONQUISTAR LA AMÉRICA?

ANÁLISIS POLÍTICO DEL IMPERIO INCÁSICO

TERCERA EDICIÓN

Precio: 2,50 pesetas

MADRID
LIBRERIA CATOLICA DE GREGORIO DEL AMO, EDITOR
Calle de la Paz, núm. 6

1889

Madrid: 1889.—Imprenta de Aguado: Pontejos 8

¿HUBO DERECHO

Á CONQUISTAR LA AMÉRICA?

El poder español, saliendo del mar de las Antillas, va á dilatarse por un grande continente: pueblanlo millones de hombres, cuya cuna es hoy todavía asunto de más ó menos fundadas conjeturas. Todo en él es diferente de lo que en el viejo mundo se conoce; la fauna y la flora, la hidrografía y la geología, la etnología y la orografía, tienen sólo con el viejo continente europeo la indispensable semejanza.

Dos grandes imperios florecían en el mundo de Colón, con sus tradiciones, sus reyes, su administración y culto. Dos puñados de españoles van á penetrar en ellos hasta el corazón de su grandeza, y declarar que los Moctezumas y Atahualpas serán en adelante súbditos de los reyes de España.

La nación entera aclama por héroes á esos hombres que, escalando impertérritos los colosales Andes, y vadeando ríos en cuya comparación el Ebro y el Tajo apenas si merecen este nombre, destronan reyes, levantan templos y enarbolan el signo de la redención donde quiera que acampan.

Los nombres de Cortés y de Alvarado, de Jiménez de Quesada, de Pizarro y de Valdivia, suenan en boca de todos, y el gobierno español va progresivamente dando sér y consistencia hispano-americana á las tierras descubiertas y empezadas á dominar por estos célebres conquistadores.

La España, en una palabra, se anexiona por medio de la conquista el mundo americano. ¿Tuvo la nación española derecho á esta conquista, ó fué una usurpación consumada por el hecho de conquistarla?

Esta es la cuestión más espinosa que en el actual orden de ideas encuentra el historiador. Voy á tratarla de lleno, y ruego al lector que, lejos de fijarse en hechos aislados, abarque la índole, situación, costumbres y creencias del pueblo conquistado; que tenga presente que trato del *derecho*, prescindiendo por ahora del modo con que este derecho se redujo al hecho; y que no vindico este derecho para sólo los españo-

les, sino para cuantos estuvieran en disposición de hacer lo que ellos hicieron.

Que las vastas regiones á que el inmortal Colón abrió el camino estaban sumidas en la más absurda idolatría y encenagadas en los vicios que de ella se siguen, hecho es patente por la historia: los sacrificios humanos, las hordas antropófagas, el despotismo envilecedor del hombre, las obscenidades más repugnantes, etc., están fuera de duda en probadísimos autores.

La imperiosa ley del amor á nuestros semejantes autorizaba, á quien pudiera hacerlo, á sacar la América de tan degradante estado. Ahora bien: la nación que en el orden puramente humano tomara sobre sí esta obligación, ¿de qué medios había de valerse para cumplirla? ¿Mandaría sus legados á pueblos tales como simples oradores ó civilizadores, sin fuerza que los diera á guardar y respetar (1)?

Si, oída su voz, lograra llevar al cabo de algún tiempo el conocimiento á la mente de una parte de ese pueblo; si esta parte se le uniera espontáneamente para vivir siquiera

---

(1) ¿Cuántos se presentarían á tales embajadas puramente civiles, sin más amparo que unos filantrópicos discursos?

como racionales, ¿no se creería esta nación obligada á poner á dicha porción al abrigo de los inevitables desmanes de los aún inciviles habitantes? ¿Y de qué manera conseguiría garantizar tan indisputables derechos, como son los de defender las vidas y propiedades de los nuevos adeptos? Sin duda con la fuerza, pues es la única.

Pero el uso de la fuerza pública no puede emplearse en país extraño sino precariamente; luego, ó abandonar lo comenzado, y esto no se puede, ó seguir ejerciendo la jurisdicción de un modo fijo, que es lo que se llama en nuestro caso conquistar.

Que la nación proporcionadora de los elementos civilizadores se indemnizara de las pérdidas que sufra por tal causa, y que para ello explote el terreno y riquezas de la nación donde ha desenvuelto su tarea civilizadora en una escala proporcional al perjuicio recibido, ensanchando de este modo la esfera de su acción comercial, fuente de riqueza para ambos pueblos, me parece tan justo, que sobre ello no cabe cuestión, y tanto más justo, si el pueblo que empieza á ser civilizado recibe del civilizador nuevos manantiales de riqueza con la importación de valiosos productos de que aquel carecía; si fecunda sus campos con los sudores de

los hijos de que se desprende; si planta nuevas y productivas industrias; si, en fin, se dictan leyes adecuadas á las nuevas necesidades y variados accidentes que necesariamente han de surgir en el nuevo orden de cosas; pero ¿qué es esto sino conquistar?

Aceptadas estas conclusiones, emanadas tan solo del derecho natural [1], sólo falta ver si todo esto se cumplió en la conquista española. Si se cumplió, tuvieron los españoles derecho á poseer lo que poseyeron en las regiones del Nuevo Mundo.

Que el estado de la América exigía la conquista, siquiera en nombre de la humanidad ultrajada en toda ella, fácilmente se echa de ver con sólo recordar que en lo más civilizado, que era el Perú, se tributaban honores divinos á sus incas, teniéndolos por descendientes del sol, deidad del imperio: los sacrificios humanos no escaseaban en las fiestas, y los suicidios para acompañar y servir á los difuntos en la otra vida eran tan numerosos como comunes.

Los españoles, que fueron los primeros en tener noticia de un Nuevo Mundo y del estado en que se hallaba, que por su situación floreciente y por el respeto de que en el exterior gozaban podían tomar sobre sus

robustos hombros tan pesada y dispendiosa carga, no se eximieron de ella. Sus reyes dieron tan honroso cometido, ya á los intrépidos jefes que exploraban el Nuevo Mundo, ya á los sacerdotes y religiosos que siempre los acompañaron.

Las órdenes emanadas de la Corona recordaban constantemente á los primeros que el fin principal que á tales países llevaban, era el de convertirlos á la fe de Cristo, y el de sacarlos de la ignorancia en que se hallaban, civilizándolos y reintegrándolos en sus derechos de hombre.

Si los españoles se separaron á veces de esta senda, que su religión y su gobierno les prescribían, otras muchas más veces la siguieron; si á veces despojaron injustamente á los indios de algún oro (que en general estimaban en poco), quedarían obligados á restituirlo, pero no á dejar de conquistar.

Que en todas partes de la América hallaron siempre los españoles muchos indígenas que se les unieron con lazos más ó menos fuertes, sea prueba de ello el cacique Guacanagarí en la Española, Comagre en Tierra Firme, los de Zempoala en Méjico, los Cañaris en el Perú, etc., y un sinnúmero de mujeres que de los conquistadores procrearon hijos.

Si los españoles se aprovecharon de las riquezas del Nuevo Mundo, en su derecho estaban, pues su trabajo é industria puso al poco tiempo á la América en un estado de adelanto moral y material extraordinario, y poco después de establecidos en ella la levantaron á un grado de civilización y prosperidad tal, que probaremos era superior al de no pocas naciones europeas.

Más aún: la América recibió de España el germen primero, y un crecido desarrollo después, de productos que la han enriquecido sobre sus minas de plata y oro, y esto con el sudor de los españoles peninsulares. Los hechos y los números nos sacarán airosos de este aserto.

Oigamos ahora algunas autoridades acerca de los requisitos que se exigen para llevar á cabo una conquista. El profesor suizo Watel (que para ciertas personas es de mucha autoridad), se expresa así: «Basta para conquistar un pueblo, que mejore en su situación moral y material.» Nadie creo negará que estas dos condiciones han sido sobradísimamente satisfechas en América por los españoles.

Pero muy en especial para los peruanos, debe tener este argumento gran fuerza; las alabanzas á los incas se prodigan largamente

en cuantas historias han escrito, y por cierto que no seremos nosotros quien se las quite en lo que las merecen, no obstante de estar mucho más atrasados aún en su apogeo de lo que entonces estaba el Indostán y otros países de Asia.

Pero ¿qué eran las incas? Unos incansables conquistadores de pueblos libres: conquistas que se alaban y celebran porque redujeron á vida más razonable tribus antropófagas, ó de parecidas costumbres. Estas conquistas son alabadas por el general peruano Mendiburu, en su Diccionario biográfico, nombre Atahualpa, donde, después de algunos repulgos, acaba por decir: «La ambición implacable de los incas de extender sus dominios merecería perdonarse; en vano se diga que las tribus en que se empleó el rigor eran libres, porque su licenciosidad y barbarie dañaban al género humano, y sus régulos jamás las hubieran sacado de las tinieblas y degradación en que se hallaban sumergidas».

Si se prodigan tantas alabanzas á los incas porque en sus conquistas supieron hacer de pueblos salvajes un pueblo autómata, ¿por qué se vituperan tan acremente las conquistas de los españoles, que supieron hacer de idólatras, cristianos; de incultos,

civilizados; de esclavos, ciudadanos libres; de tribus sanguinarias y belicosas, los pueblos más pacíficos del mundo? En esto hay falta de lógica y sobra de pasión.

Ni han faltado americanos ilustres por su ciencia que, pesando equitativamente el punto de que tratamos, hayan concedido plenamente á los españoles el derecho de conquistar la América. El obispo de Arequipa, Illmo. Sr. Herrera, ha sido en este punto tan explícito, que nada deja que desear. Dice así: «¿Nuestra República tendría escrúpulo en dominar por medio de las armas á los habitantes de la montaña? ¿No se ha pensado en esto mil veces, como en una medida civilizadora de esos infelices, é importantísima para nuestro engrandecimiento? Se dirá tal vez que los indios de la montaña son bárbaros, y que no lo era el pueblo de los incas. Respondo que el pueblo de los incas era culto respecto de los araucanos; pero bárbaros respecto de España..... No hay que hacer diferencias entre la conquista del pueblo de los incas y de la montaña. Se debe, sí, observar que estaría muy fuera del orden natural de las cosas que un hombre civilizado, fuerte y amante de la verdad, se quedase delante de un salvaje con los brazos cruzados, sin sentirse movi-

do á dominarlo é ilustrarlo. Este instinto de dominación y de proselitismo, justo y necesario hasta cierto punto, sirve á las miras de la Providencia, y le sirvió en la conquista: acontecimiento que no se comprenderá mientras permanezcamos esclavos de los errores que nos dejaron los hombres de 1821.»

¿Pués qué diré del perfecto derecho que hay para tomar posesión de aquellos terrenos que los juristas llamaron *bona vacantia*? Ninguna de las expediciones que los españoles hicieron á través de los grandes bosques, montes y ríos de la América, dió conocimiento de que estas grandes extensiones de tierra estuvieran pobladas. Alguna que otra pequeña tribu fué lo que en general encontraron en todo el continente, exceptuando las desembocaduras de los ríos y los sitios de mayor fertilidad.

Apoyemos el derecho de conquista tomándolo de otra fuente, que es la piedra de escándalo de los modernos publicistas de la América. Descubrióse el Nuevo Mundo, y se le halló habitado por individuos de la gran familia humana; asistíales un perfecto derecho de ser instruídos en el conocimiento del verdadero Dios y de su Iglesia; eran ovejas apartadas de aquel rebaño mís-

tico, cuyo Pastor supremo, Pedro, vive en sus sucesores. A éste, pues, tocaba como Cabeza de la Iglesia, designar quiénes debían trabajar en llevar á feliz término, por medio de la predicación de la fe, la incorporación de las recién descubiertas regiones al gremio de la Iglesia.

El Sumo Pontífice Alejandro VI dió tan honroso cargo á los españoles, pues su fe brillaba pura y sin mancha bajo el reinado de aquellos Reyes que tan justamente merecieron el renombre de Católicos. La indisputable superioridad del clero español sobre el restante de Europa, lo adelantado y prepotente de la nación, y el haberse hecho el descubrimiento á sus expensas, títulos eran para la preferencia dicha. Ahora bien, ¿la Bula de Alejandro VI dió á los españoles la posesión material y el dominio directo del Nuevo Mundo á condición de cristianizarlo, ó concretó tan solamente en ellos el indiscutible derecho de la Sede Apostólica de anunciar en aquellos países el Evangelio, dejando á los indígenas en plena libertad de gobernarse por sí mismos?

Yo no pretendo ahora dilucidar esta cuestión, pues una y otra parte de la disyuntiva me llevan á probar el derecho de

conquista (1). Para los que admiten la primera, y con ella el poder, la facultad de hacerlo, la referida Bula es un título tan legítimo de adquisición como otro cualquiera del derecho público. Para los que sólo admitan el dominio indirecto, la cuestión también carece de dificultad después de lo expuesto anteriormente; pues si el que tiene derecho á una cosa lo tiene á los medios lícitos para adquirirla, teniendo los españoles derecho á implantar la fe en América en virtud de la Bula de Alejandro VI,

---

(1) Hay unos pocos doctores católicos que niegan al Sumo Pontífice el derecho de disponer directamente y en algunos casos, de determinados países; pero la mayor parte sostiene lo contrario. Apuntaré aquí algunas de estas concesiones, remitiendo al que las desee en mayor número á Martha (De Jur., I p., cap. XXV, n. 34). Adriano IV concedió la Irlanda á Enrique II de Inglaterra, á condición de que trabajara para convertirla á la fe. Martín V, en 1420, cuando los portugueses iban ensanchando sus conquistas, les hizo también donación de ellas, lo cual confirmaron y extendieron á otras provincias del Africa y del Asia Nicolás V y Calixto III. Y el uso absoluto del mar Adriático lo vindicaron los venecianos por concesión de Alejandro III. Las Canarias se dieron por Clemente IV á D. Luis de la Cerda, á condición de plantar en ellas la fe católica. Y los dominios que los franceses tuvieron al sur á Italia, ¿de dónde les vinieron sino de los Papas?

lo tenían á la conquista, único modo de implantarla.

Bien veo que esta expresión se hará dura á no pocos, y que contestarán á ella diciendo que ante todo debieron emplearse medios pacíficos y suaves, doctrinando, exhortando, convenciendo, y sólo apelando á la conquista como último extremo. Así es en abstracto: esta bellísima teoría podrá tener lugar al tratarse de sociedades adelantadas, como lo era el imperio Romano al empezar los Apóstoles su predicación, ó como la del Japón cuando San Francisco Javier predicó en él la fe de Cristo.

Estas sociedades podían ser, digámoslo así, arrastradas á la verdad con la discusión y con la vida ejemplarísima de sus primeros cristianos. Pero en pueblos donde el desarrollo intelectual era tan limitado como en América, donde había suma dificultad y hasta imposibilidad de reducir millones de indios á una vida social tal cual se necesitaba para implantar en ella la civilización cristiana, necesario fué que la ciega espada del soldado abriera camino á la brillante antorcha de la civilización verdadera y del verdadero progreso.

La experiencia enseñó esto muy desde los principios; nadie abogó con más calor

por la reducción de los indios, valiéndose sólo de la pura predicación, que el célebre las Casas: diósele, á petición suya, una extensión de terreno bien poblada; con todo, no pudo lograr reunir sus habitantes para que oyeran sus exhortaciones. Los Padres de la Compañía de Jesús, cuya dulzura, suavidad y constancia admiran sus enemigos, nada hicieron de sólido en el Paraguay hasta que llevaron alguna fuerza que impusiera á los indios. Otro tanto sucedió en la reducción del Gran Chaco.

Yo bien sé que ha habido celosísimos misioneros, que sin ayuda humana han recorrido centenares de leguas enseñando y doctrinando á los indios, y que la cruz ha hecho en las conquistas más que la espada. Pero no se puede poner en tela de juicio el que las cristiandades formadas por la unión de una y otra potestad, han sido más sólidas y estables que las formadas por la pura predicación del Evangelio, esto es, por los misioneros solamente.

La indiscutible verdad de la «superioridad de la Cruz de Cristo sobre la espada del César», tiene por propio y natural sentido que en la reducción á la fe y á la observancia de los mandamientos, más parte tienen, sin comparación, la predicación y la

mansedumbre, que no el temor de la potestad humana.

Así entendida esta verdad, voy á aducir unos cuantos testimonios respetabilísimos, para hacer ver que con pura mansedumbre, si tal puede llamarse ese cuasi apagamiento de vida en que los enemigos de la Iglesia ponen esta virtud, ni con la sola predicación, se hubiera cristianizado la América. Es digresión muy del caso para que la *sensiblería* moderna abra los ojos.

«Año de 1644, los Padres Fray Ignacio de Irarraga, Fray Jerónimo Ximénez y Fray Francisco Suárez, se dirigieron desde *Tulumayo*, 80 leguas al N., rompiendo á pie las montañas y malezas con indecibles riesgos y fatigas, y descubrieron la nación de los *Payansos*, que constaba de más de 20.000 almas, y vivían en un valle de 4 leguas de ancho y 25 de largo, situado en el corazón del ramo de cordillera que media entre el río de Huánuco y la pampa del Sacramento. Con la noticia de una mies tan abundante pasaron otros Religiosos, y trabajaron con tanto fervor y felicidad, que en el año 1650 tenían fundados en el referido valle cuatro pueblos con las advocaciones de la *Trinidad*, la *Concepción*, *San Luis* y *San Francisco*, en los que vivían más de 7.000 almas [2].

Año de 1651, se dirigió el Padre Fray Alonso Caballero desde los *Payansos* á los *Callisecas* y *Setebos*, moradores de las riberas del *Ucayale*, entre los cuales dejó dos sacerdotes y tres legos que con su mucha tolerancia redujeron á aquellos bárbaros á dos pueblos, que destruyeron los *Sibipos* quitando cruelmente la vida á todos los religiosos. Esta fatal desgracia no entibió el fervoroso celo del Padre Fray Lorenzo Tineo y de otros varones apostólicos, los cuales, acompañados de 20 soldados, se internaron, año de 1661, hasta la misma nación de los *Setebos* (1), y en breve convirtieron más de dos mil almas, que redujeron á dos pueblos, que también subsistieron poco tiempo; porque enfadado el capitán del temperamento de la montaña, se salió con la tropa, y viendo los traidores *Callisecas* indefensos á las Religiosos, les acometieron en el pueblo llamado *Chupasnao*» [5], etc.

Este fin tuvieron á mediados del siglo XVII los referidos misioneros franciscanos. Vamos trienta años más adelante, y veamos qué cosas juzgaban indispensables estos

---

(1) Esta nación es conocida con el nombre de *Manoítas*, en cuya conversión se está trabajando en el día.

santos y celosos misioneros para poder hacer fruto en los indios.

«Todos nuestros afanes y trabajos servirán de poco si no llegamos á posesionarnos del cerro de la Sal, construyendo un fuerte cerca de la confluencia del río *Chanchamayo* con el de *Marancocha,* y otro en el referido cerro, según lo tiene ordenado S. M. en su cédula de 7 de Marzo de 1751. Este tan útil proyecto puede irse proporcionando en el día á poca costa. Ya, gracias á Dios, no se temen por el camino de *Vitoc* los riesgos de sorpresa de gentiles que miraron con espejo de aumento los particulares opuestos á la empresa, en la entrada por la quebrada de *Palca;* ya tenemos en dicho valle dos pueblos cubiertos con un fuerte que puede, en caso de invasión, ser auxiliado prontamente, no sólo de los moradores del partido de Tarma, sí también del de Jauja.»

«Establecido ya el fuerte y una población de fronterizos en el expresado sitio, se removerá la tropa á lugar proporcionado en la banda opuesta del río, y se irán fundando los pueblos que se juzguen necesarios, en tal distancia que puedan auxiliarse por agua y por tierra los unos y los otros. De este modo entraremos sin temor ni pe-

ligro por el valle de *Quimiri* y *Nijandaris*, y avanzaremos hasta el cerro de la Sal, en donde deberá construirse el fuerte respetable mandado por nuestro soberano. Conseguiremos la reducción y sujeción de las familias de gentiles y apóstatas que viven en los dos enunciados pueblecitos, ó su retiro á lo interior de la montaña.»

Nada deja que desear lo transcrito, sino esta sencilla reflexión, á saber: todo esto, en la última mitad del siglo XVII, cuando ya llevábamos de dominio en América doscientos cincuenta años, y todo ello á las puertas de Jauja y Tarma, dos puntos de consideración por su población y comercio. Qué pudiera hacerse doscientos cincuenta años antes, y sin cercanías de poblaciones, júzguelo el lector.

No han sido los hijos de San Francisco los únicos que se han empleado en América en la conversión de los indios; también han trabajado en ello, entre otros, los Padres de la Compañía de Jesús, y *mutatis mutandis*, dicen lo mismo. Me bastarán dos testimonios que tomo de las actas del Congreso de Americanistas de Madrid en 1881, y que adujo el Sr. Espada.

El V. P. Francisco de Figueroa, Visitador y Superior de las Misiones del Ama-

zonas, al tratar de la disposición en que se hallaban las naciones de indios que poblaban las riberas de aquel río, decía así á su Provincial, P. Hernando Cavero:

«Es error y temeridad, por falta de experiencia (si no es por milagro que Dios obre), el tratar de predicar y entablar cosas de importancia en estas gentes, sin escolta y brazo de españoles; porque la mesma brutalidad y costumbres fuera de razón de estos indios, en que se crían, está clamando por justicia que los gobierne, corrija y reprima. . . . . .
¿Qué podrá conseguir un Sacerdote solo de tal genio de gente sino mucho trabajo de lidiar con fieras, si no se vale de los medios convenientes para domarlos, que es la vara y las fuerzas de la justicia?»

Esto era unos veinte años después de haber comenzado la Compañía de Jesús en la provincia de Mainas su tarea evangélica. Al cabo de un siglo, el P. Manuel Joaquín de Uriarte, misionero jesuíta en Tiriri del río Napo, exclamaba en carta dirigida á su hermano el Sr. D. Josef Agustín, inquisidor de Zaragoza, fecha 6 de Noviembre de 1752: «Pero esta gente es tan voluble, que de hoy á mañana hay novedades: ya cerca de cien años que la Compañía intenta su reducción,

pero ni la sangre, ni el sudor de tantos jesuítas ha bastado, por no haber alguna ayuda del brazo seglar. Aquí estamos sólos tres sujetos divididos seis y ocho días de camino unos de otros, con sólo tal cual muchacho que por Dios nos acompaña. Con todo esto estamos alegres y con más valor (Dios le da) que un soldado de Flandes: la necesidad nos ha enseñado á manejar la escopeta y el alfanje con que se matan las fieras y se espantan los hombres.—No oye esta bárbara gente las voces del Evangelio si primero no suena el eco de la pólvora.»

Y no se achaque todo á determinadas regiones, porque fuera de alguna que otra de reducidísimo número de gente, aun los sujetos que más esperanzas podían dar por de mejor ingenio, las dejaban de ordinario bien fallidas.

González de Nájera, en su «Desengaño y reparo de la guerra de Chile», trae una muy buena confirmación de esto. Ocúpenos un momento:

«Con otro indio cacique, hoy hombre viejo, me sucedió en el castillo de Franco, que por parecerme hombre de razón, según algunas agudas preguntas que me había hecho en materia de guerra, le pregunté que, ¿á cuales tenía por hombres más sa-

bios y de mejor razón, á los españoles ó á los indios? Y respondiéndome que á los españoles, me animé á decirle que, pues lo entendía así, por qué no se aplicaba á creer lo que los españoles, que era que había un solo Criador de todas las cosas, y que mediante nuestras obras buenas ó malas, nos había de dar el premio ó la pena eterna. Y estando muy atento á todo, habiéndole yo dicho todo lo que digo, por palabras más especificadas é inteligibles, aguardando del indio alguna buena respuesta, la primera cosa que habló fué decirme si le quería dar una herradura, que es cosa que ellos precian para cavar sus posesiones. De esta manera, y al tono de este bárbaro, sienten y hacen caso todos los indios de las cosas de la fe y religion cristiana que se les enseñan.»

Ya que de Chile de hablado, servirá para coronar esta necesarísima digresión un precioso dato.

La guerra se hacía en Chile con mucho furor á los indígenas. El P. Luis de Valdivia, de la Compañía de Jesús, recabó en 1610 del Sr. D. Felipe III que se suspendiese la guerra ofensiva, ofreciéndose él y otros Padres de la misma Orden á conseguir mejores resultados por sólo la suavidad y el convencimiento.

Es indecible la contradicción que este candoroso proceder halló en los conocedores del país. Diez años consecutivos trabajaron los padres, con tan heróica paciencia como escaso resultado.

Barros Arana, chileno é historiador de Chile, dice acerca de los frutos copiosos de la conducta de los Padres:

»Los misioneros tenían una idea equivocada de la condición de los indios; ignoraban que estos, por su inferioridad moral é intelectual, no estaban preparados para apreciar los beneficios de una civilización superior, y mucho menos para recibir ideas religiosas que no pueden entrar en la cabeza de un salvaje.

Los indios se dejaban bautizar fácilmente, pero quedaban tan infieles como antes; se fugaban á sus tierras en la primera oportunidad y volvían á la vida salvaje, sin acordarse más de su pretendida conversión.»

Sobre toda ponderación fueron las amarguras del P. Valdivia, al ver los tristes resultados de lo que se llamó *la guerra defensiva:* el proyecto que este padre trató de realizar era tan bello como impracticable. Los conquistadores de Chile vivían sin dejar las armas de la mano por las irrupciones que en sus pueblos y campos hacían las

belicosas tribus araucanas. Cuando la ocasión parecía propicia, se reunían los conquistadores y sus hijos y escarmentaban la indiada.

Ahuyentada unas cuatro leguas, construían los españoles un fuerte; guarnecíanlo, y así poco á poco ganaban la tierra y quedaban sujetos los indios que querían volver á las tierras cercanas al fuerte.

El P. Valdivia instó y consiguió que los españoles se limitaran sólo á defenderse si eran atacados, y salió garante de que no lo serían. Destinó unos cuantos padres á vivir entre los indios; y para dar á estos una prueba de lo mucho en que tenía la palabra que le daban de vivir sumisos y abrazar la ley que les predicaban los misioneros, alcanzó del gobernador de Chile que se derruyeran dos fuertes.

Es historia larga, y más para este sitio. Con la recapitulación siguiente tiene el lector de sobra para venir al cabo de ella. La tomo de Barros Arana.

«En la información de servicios que el capitán D. Diego Flores de León hizo al Rey, se da por el verdadero autor de la guerra defensiva, por más que en ella aparezca antes que todo el nombre del P. Valdivia, pero agrega: por los inconvenientes y por

que se han mudado los tiempos y no se muda la inclinación bélica de los enemigos, he mudado de parecer y pido que se haga la guerra á fuego y sangre.»

El P. Valdivia, como se ve por este documento, se fió demasiado del conocimiento que este militar tenía de las tribus de Chile; siguió sus consejos que harmonizaban muy bien con la bondad de su corazón, pero recogió amargos desengaños.

Sin embargo de cuanto llevamos expuesto, estamos muy lejos de decir que la Religión se haya de imponer por la fuerza (1); lo que decimos es que fué necesaria la fuerza para reducir la América á aquella vida social indispensable para que tuviera cabal noticia de la Religión de Jesucristo, Redentor de los hombres todos. Luego si la Iglesia tuvo la estricta obligación de pre-

---

(1) Santo Tomás dice que, aun vencidos y cautivos los infieles, se les ha de dejar en completa libertad para abrazar la fe. Trasladaremos sus palabras, que, por otra parte, confirman el derecho de conquista. «Fideles Christi frequenter contra infideles bellum movent; non quidem ut eos ad credendum cogant; quia si etiam eos vicissent et captivos haberent, in eorum libertate relinquerent an credere vellent; sed propter hoc, ut eos compellant ne fidem Christi impediant.» (S. Thom., 2-2, q. 10, art. 8.)

dicarla, y fué necesario dar á los pueblos la forma social indispensable para que pudieran *conocerla* todos y abrazarla los que quisieran, necesario fué que, donde este *conocer* y abrazar quisiera estorbarse, hubiera un poder capaz de remover esta injuria, lo cual, generalmente hablando, sólo puede competir á la potestad secular.

Pero la potestad secular no puede, como antes dijimos, ejercerse en territorio ajeno de un modo fijo y constante, como las circunstancias lo pedían, sin que de hecho deje de asociarse á este ejercicio necesario la idea de conquista: luego esta conquista de la América fué legítima y justa.

Elegantemente deduce esta conclusión el P. Acosta, sacándola del estado en que se hallaba el Nuevo Mundo cuando se descubrió. Dice, pues, que «era preciso ante todo reducir estos fieros y silvestres hombres á conocimiento de que lo son, y enseñarles vida sociable y política. Porque de otra suerte, en vano les enseñáramos las cosas divinas y celestiales á los que viéramos que aun no son capaces de entender ni procurar las humanas».[4]

Ni se arguya con el sofisma de que los caciques ó mandatarios indios hubieran dejado en libertad á sus súbditos para abrazar

la fe cristiana, y que, una vez en ella, no les hubieran sido hostiles. Para argüir así, es necesario desconocer lo sujetos y rendidos que estaban los indios á sus reyes, y lo casados que éstos se hallaban con la religión de sus dominios, la cual, ó los deificaba como en el Perú, ó los hacía sus primeros jerarcas como en Méjico. Ningún súbdito hubiera osado manifestar el deseo de abrazar el cristianismo con tales creencias nacionales y tales déspotas. Esta coacción, moralmente cierta, basta, en sentencia del eximio Suárez, para dar título de legitimidad á la conquista (1).

---

(1) Oigámosle en la Disp. 18 *de Fide*, lect. 5, n. 8. «Putat Durandus in 2, dist. 44, q. 3, necesarium esse ut ex parte principis infidelis præcesserint injuriæ et impedimenta fidei, qualia sunt si tentaverit subditos inducere ad infidelitatem, vel si eos cogat ad suos ritus observandos, aut prohibeat catholicos suos ritus exercere, vel suis Pastoribus ecclesiasticis obedire et similia; nam tunc evidens est necessitas et justitiæ titulus. At vero Divus Thomas licet ad executionem potestatis sint hæc moraliter necessaria, nihilominus tamen ante experientiam hujusmodi nocumentorum putat esse in Ecclesia potestatem ad removendos principes infideles, solum propter periculum morale fidelium: quæ sententia mihi etiam placuit in dicto libro III defensionis cap. XXX, n. 6, quia in rebus moralibus vitandum est periculum, priusquam speciale nocumentum eveniat».

Apoyaré la imposibilidad moral en que estaban, v. g., los peruanos de abrazar el cristianismo por efecto del despotismo de sus gobernantes. Dice el historiador norteamericano Prescott, acerca de la legislación de este pueblo: «Las leyes emanaban del soberano, y ese soberano tenía una misión divina y era de naturaleza divina; violar la ley no era tan sólo insultar la majestad del trono, sino cometer un sacrilegio». Con estos elementos gubernativos y con la sanción que había para quien los trastornase, la predicación del Evangelio y su fruto eran moralmente imposibles. La conquista era absolutamente necesaria, y lícita por lo tanto.

Una observación haré de paso, y es que ni la Inglaterra protestante, ni la Holanda luterana, tienen este título de conquista; pues ni el error tiene derecho á difundirse, ni la potestad secular á patrocinarlo.

Florecían en España en tiempo de la conquista de América hombres tan eminentes en santidad como doctos en ambos derechos. Ninguno reclamó contra el derecho de conquista; el que más habló en cuanto al modo de conquistar fué las Casas, alabado y ensalzado por los enemigos de los españoles; con todo, á varón tan integérri-

mo y equitativo, no se le hizo escrúpulo de tomar una gobernación de doscientas setenta leguas de costa y cuantas quisiera al interior, ni jamás se le pasó por las mientes que los españoles obraran injustamente por el mero hecho de conquistar. Acerca de esta materia, podrá verse con fruto el libro de este autor, titulado: *Tratado comprobatorio del imperio soberano y principado universal que los Reyes de Castilla y León tienen sobre las Indias.*

Aun el asendereado sufragio popular pudiera sacarse á plaza, ya que hoy tanto se alardea de él como fuente de derecho. En la tercera Carta de Relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V, hablando de sus guerras y sus conquistas, le dice: «En este comedio D. Hernando, señor de la ciudad de Tesaico y provincia de Aculuacán, procuraba de atraer á todos los naturales de su ciudad y provincia, especialmente los principales, á nuestra amistad.....: trabajaba cuanto le era posible como todos sus vasallos viniesen á pelear con los de la ciudad (Méjico y Temixtitán), é habló con sus hermanos, que eran seis ó siete, y díjoles que les rogaba que con toda la gente de su señorío viniesen á su ayuda.....; y envió por capitán á uno de ellos, con más de

treinta mil hombres de guerra, y á los otros dos reales (de españoles) irían otros veinte mil. É yo los recibí alegremente, agradeciéndoles su voluntad. Bien podrá V. M. considerar lo que sentirían los de Temixtitán en ver venir contra ellos á los que ellos tenían por vasallos, y por amigos, etc.»

Más explícitamente, si cabe, los de los pueblos Othomires «gente serrana y que eran esclavos del señor de Temixtitán, se vinieron á ofrecer y dar por vasallos de V. M., rogándome que les perdonase la tardanza.»

Y el P. Acosta, en el capítulo con que cierra su *Historia natural y moral de las Indias*, que es el XXVIII del libro VII, dice: «Ya dijimos arriba que los mismos indios estaban tan cansados de llevar el yugo pesadísimo é incomportable de las leyes de Satanás, y sacrificios y ceremonias, que consultaban entre sí otra ley y otros dioses á quien servir. Así les pareció y parece la ley de Cristo justa, suave, limpia, buena, igual y toda llena de bienes». Y si el lector desea soborear por sí mismo este punto, lo remitimos á lo escrito acerca de él por el Illmo. Obispo del Paraguay, D. Fr. Bernardino de Cárdenas, en el libro á que dió por título *De rebus indorum.*

De lo expuesto se deduce que los españoles conquistaron gran parte de la América usando de toda clase de derechos. Que, cuando menos, han tenido tan buenos títulos para ello como los ingleses para todas sus conquistas de América y Asia; como los holandeses para las de Oceanía; como los franceses para las de Tonkín y otras; como los Estados Unidos para el rebanamiento que hicieron á Méjico en 1848.

Ya veremos cuál de las naciones coloniales cumplió mejor con su tarea civilizadora. Finalmente: si el espíritu comercial del siglo ha santificado los cañonazos que echaron abajo las puertas del Celeste Imperio, no hay motivo para ensañarse, sino para ensalzar á las ballestas y arcabuces españoles, que sin duda ellos solos contribuyeron más al movimiento mercantil del mundo, que todas las naciones juntas, por sólo el hecho de conquistar y civilizar la América.

Expuestas las razones en que se apoya el derecho que hubo para conquistar la América, halla su solución aquella pregunta, hasta la saciedad repetida en el mundo colombiano: «¿Qué derecho tuvieron los españoles para conquistar la América?»

Si ellas no llegaran á convencer al cuestionante, le preguntaríamos á nuestra vez: ¿Qué derecho tuvo Colón para ir proponiendo por sí y su hermano á las naciones de Europa el que le dieran los medios necesarios para apoderarse de las tierras del gran Khan, pidiendo ahincadamente ser él el motor y principal instrumento del despojo?

Pues qué; los países cuya gobernación exigió con tanto empeño en las capitulaciones con la Reina, ¿no eran, á juicio del Almirante, los más orientales de los dominios de éste para él monarca verdadero? ¿Con qué derecho contaba sacar de él las riquezas que prometía, y hacerlo súbdito de la corona de Castilla?

Si no hubo derecho á conquistar la América, no sé cómo se explican y encomian las repetidas gestiones hechas por Colón para que se le devolviera, con la efectividad correspondiente, el título de Virrey de los países tan malamente adquiridos. Sin derecho á conquistar la América, no se ve el modo de que puedan los americanos apartar del insigne genovés el duro calificativo que lógicamente no pueden excusarle.

Respondamos ahora á las objeciones

más comunes, con lo cual se aclarará lo dicho:

I. No fué el deseo de civilizar y propagar la fe lo que movió á los españoles á la conquista, sino la codicia.

Respuesta. Es muy cierto que en no pocos prevaleció el deseo del oro, sin cuidarse en los medios de obtenerlo. Pero no es menos cierto que en muchos prevaleció el deseo de civilizar por la propagación de la fe. Muchos capitanes y soldados eran buenos cristianos, y, como tales, trabajaron en la reducción de los indios al gremio de la Iglesia.

El número de sacerdotes que los españoles tuvieron en sus posesiones de América, se ha calculado en uno por cada diez habitantes. Y si el gran número de misioneros que trabajó en la cultura de los indios llenó su cometido, véase en cualquier historia, y ésta es confesión de los enemigos del catolicismo, pues dicen que fanatizaron tanto los españoles la América como la España misma; y agregan que, después de sesenta y tantos años de independencia, aún están los más de los pueblos como antes en esta materia.

Reservando para su propio lugar las determinaciones más notables de los reyes

acerca del buen trato que se había de dar á los indios, y de lo mucho que se debía trabajar en doctrinarlos é instruirlos, apuntaré tan sólo aquí, que las leyes generales de Indias están todas impregnadas de este espíritu, como las particulares de cada virreynato, las sinodales diocesanas y los capítulos de las Órdenes religiosas.

Responderá también á la objeción el Illmo. Sr. Herrera, peruano, Obispo de Arequipa.

«No digo yo que los conquistadores de América no desearan el oro. Lo deseaban, y no podía dejar de ser; pero sabían que mucho más arriba del oro hay una esfera en que el hombre se engrandece sirviendo á Dios y á la humanidad: deseaban gloria y deseaban propagar la religión, que en medio de la flaqueza de la pobre humanidad amaba con ardor la España.

A Felipe II se aconsejaba que abandonase las Filipinas, porque ocasionaban grandes gastos, sin dejar provecho á la corona, y su respuesta fué: «¿Hay hombres bauti»zados é iglesias edificadas? Pues no per»mita Dios que falte á la obligación de am»parar y llevar esto adelante, aunque en »ello se gaste todo lo que rindan mis de»más reinos.»

Pero no nos llama la atención que dinastía tan piadosa como la de Austria se expresara de este modo. Lo que más debe llamárnosla es la multitud de particulares que con sus haciendas cooperaron á la propagación del Evangelio.

Es verdad que estos datos no se hallan en las relaciones de los virreyes, ni en los documentos oficiales; para conocerlos hay que acudir á los cronicones de las Órdenes religiosas, donde se hallan esparcidos, ó también en los memoriales y representaciones hechas por los misioneros al trono para que ayudara á los precisos gastos, á una con los particulares.

De las *Advertencias importantes para el buen gobierno de los indios*, por fray Juan de Silva, franciscano, voy á trasladar unas líneas.

Decía al Rey: «Mas porque negocio de tanta importancia al servicio de Dios y de V. M., en que está la salvación de innumerable número de almas, ni se dilate ni impida por falta de expensas y costas, ha sido Su Divina Majestad servido de mover el corazón y ánima de un piadoso varón, que ofrece gastar todo lo que por la dicha conquista, descubrimiento y pacificación de las dichas provincias australes fuere menes-

ter. Este es el capitán Tomás de Cardona, vecino de Sevilla..... persona práctica y experimentada en jornadas de mar y tierra, en especial de las Indias..... y ofrece asimismo dos hijos y cuatro sobrinos, y su persona si fuere menester, para ayudar á la ejecución de negocio tan importante..... y al presente está en esta corte, etc.»

II. No se compadecen bien las disensiones y guerras entre los españoles por sólo la propagación de la fe.

Ya hemos dicho que en América se requería que el soldado fuera delante del sacerdote; no es, pues, de extrañar que entre aventureros hubiese sus disensiones, pues muchísimos de ellos eran hombres de gran corazón, valientes en sumo grado, de no vulgares dotes de mando; todo lo cual, si no va regido y moderado por una virtud heroica, *avis rara*, difícilmente deja de querer prevalecer. En un mismo puñado de hombres estaban Vasco Núñez de Balboa, Pizarro y Almagro.

III. Las vejaciones y malos tratamientos hechos á los indios, tampoco dicen con la mansedumbre que pide el civilizar cristianamente.

Respondo que, en los principios particularmente, no dejaron de hacerse daños

injustos y de darse malos tratamientos en algunas partes á los indios; con todo, se afirma, sin riesgo de equivocación, que estos excesos no han podido viciar lo mucho y bueno que en todas partes se ha hecho en beneficio de los indios, no sólo trayéndolos al conocimiento de Dios, sino quitándoles el yugo de hierro de sus antiguos caciques; yugo fué el de España en gran manera suave, como saben los que han estudiado á fondo la historia de América, y donde en general haya sido duro, haremos ver que no lo imponían los españoles de España.

Añádase que no pocas veces los indios provocaban á los españoles, engañándolos, v. gr., internándolos en bosques malsanos é intrincados, ó asesinándolos en los caminos ó haciendas, cuando de ellos no recibían agravio alguno. Y con demasiada frecuencia excitaban el enojo de las autoridades locales y aun superiores, prometiendo con la mayor humildad y sumisión hacer tal ó cuál cosa, y no pareciendo ninguno de ellos en muchas leguas á la redonda el día señalado. Puede verse en Meléndez la pesada burla que los indios chiriguanos hicieron al virrey Toledo, aunque no faltó quien tratara de abrirle los ojos, pero en vano.

IV. El licenciado D. Francisco Falcón, español europeo, dice en el informe que dió en el 2.° Concilio Limense (1567) acerca de las vejaciones que sufrían los indios de los españoles europeos y americanos, que, «si los señores incas de estos reinos ó sus sucesores, y los mismos reinos viniesen á estado, como podrían venir y vendrán con el ayuda de Dios, que se creyese de ellos que los querrían y sabrían y podrían gobernar justa y cristianamente, se les han de restituir.»

Lo cual parece se puede hacer extensivo á otras partes del continente americano, toda vez que dicho licenciado Falcón [5] explica allí hasta qué punto fué lícita la conquista de la América.

A esto responderé primeramente que es muy de loar la respetuosa libertad con que este jurista expone su sentir acerca del derecho de conquista, aunque restringiéndolo de tal modo, que en realidad lo hace puramente imaginario; pero se hace en ello singular, y así pierde su argumentación toda su fuerza.

Cuanto á la restitución del país conquistado, más podrá ello afectar á los americanos de ahora que á los monarcas españoles de antes; éstos por creer que los indios no

habían llegado todavía al estado en que la objeción los supone, los tenían como menores de edad, y así no había lugar á la restitución. Y tanto menos debe hacer fuerza la objeción del licenciado á los americanos, cuanto más éstos acepten lo que acerca del atraso de los indios han escrito desde el principio del siglo hasta la fecha.

Pero á los americanos que aseguran que con la independencia de la América latina les ha llegado á los indios una gran libertad é ilustración, será á los que obligue, aún ahora, la restitución dicha, toda vez que en esta materia no puede entrar la prescripción.

COLONIZACIÓN DEL ISTMO Y EXPLORACIONES

EPISODIOS HISTORICOS

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Los continuos sacrificios de la metrópoli por sus nuevas posesiones de Ultramar, empezaban á dar benéficos resultados. La Española era una colonia floreciente; el cultivo de la caña de azúcar empezó á sobreponerse al laboreo de las minas, y la agricultura fué la fuente principal de la riqueza de la isla. No pequeño número de aventureros acudía á la Española, dispuestos siempre á emprender nuevas conquistas.

Las noticias que acerca del continente habían suministrado Colón y otros navegantes, no podían quedar desatendidas, no obstante los resultados poco halagüeños de las expediciones que á él se habían hecho. Se pensó, pues, en darle nueva vida. El po-

lítico Fernando, que abarcaba las trascendentales consecuencias de adquirir un nuevo mundo, puso á ello la mano sin comprometer los intereses de la nación.

Alonso de Ojeda, cuya reputación de bravo y generoso estaba tan bien sentada, fué recomendado al Rey por el obispo Fonseca, como persona á propósito para llevar á buen término la expedición que se proyectaba al continente. Es verdad que Ojeda estaba pobre, pero no faltaba quien le proporcionara los fondos suficientes para equipar una flotilla; su valor y nombradía eran un buen reclamo para el enganche de aventureros.

Pero un rival, de tan buenas recomendaciones y más fondos, había cruzado los planes de Ojeda. Diego de Nicuesa, de noble cuna, y al servicio de un tío del Rey, pretendió el mando de la expedición al continente. Había acompañado á Colón en su segundo viaje, y se le reconocían prendas de cumplido caballero.

La elección entre uno y otro no carecía de dificultades; el Rey no podía desatender ni las dotes de los caudillos, ni sus recomendaciones; así dividió á Levante y Poniente la tierra del Darién, por una línea que atravesaba el golfo de Uraba.

La parte de Levante se dió á Ojeda. La de Poniente á Nicuesa, en la que estaba comprendida la tierra de Veragua, terminando en el cabo Gracias á Dios. La Jamaica se señaló á entrambos para que en ella se abastecieran de lo que juzgaran necesario. El veterano Juan de la Cosa armó la expedición á Ojeda, é invirtiendo en ella sus no grandes fondos, pudo enganchar doscientos hombres, y hacerse de un barco y dos bergantines. Nicuesa, más abundante en recursos, armó cuatro barcos de mayor porte y dos bergantines.

Ambas flotillas se hicieron á la vela, llegaron al mismo tiempo á Santo Domingo, y ambas se pertrecharon aquí de más gente y de más víveres. Ninguno, á la verdad, más apto para ponerlo al frente de esta empresa que el adelantado D. Bartolomé, pues á las indisputables dotes de mando y de pericia militar y náutica, reunía el conocimiento de los países que se trataba de colonizar. Pero como la colonización se hacía por cuenta de particulares, no era prudente esta elección. Ojeda y Nicuesa, jefes de las dos expediciones que salían para el Darién, nombraron motu proprio sus tenientes gobernadores y alcaldes, sin que el Rey se mezclara en estas cosas.

Los escritores extranjeros, en su afán de mancillar á Fernando, le atacan por no haber dado el mando de esta expedición á don Bartolomé. Por el carácter de estas expediciones se ve cuán extraviados son sus juicios. Además: ¿era prudente poner en manos de una sola familia todas las conquistas de la América? D. Diego Colón mandaba en la Española y sus dependencias. Si su tío D. Bartolomé tomaba igual cargo en el continente, ¿no se renovarían las querellas anteriores contra los Colones, ya terminadas con tantas dificultades?

Ojeda salió de Santo Domingo en Noviembre de 1509 con dos carabelas y dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas de vientre. Entre sus filas iba Francisco Pizarro, y se hubiera contado también á Hernán Cortés, si una postema que á la sazón tenía no se lo hubiera impedido. En Santo Domingo quedó el bachiller Enciso, disponiendo todo lo conveniente para marchar con nuevos refuerzos tras de Ojeda. Nicuesa zarpó poco después para su gobierno; llevaba setecientos hombres y seis caballos.

Ojeda, después de grandes trabajos en la costa de Cartagena, fundó en el golfo de Uraba la colonia de San Sebastián, donde

la escasez de recursos y las flechas envenenadas disminuyeron considerablemente el número de sus angustiados compañeros. Desprovistos de todo recurso humano, se concertó que Ojeda pasaría á la Española en busca de recursos, y que si al cabo de cincuenta días no eran socorridos los colonos, podrían retirarse donde quisieran. Pizarro quedó al frente de unos sesenta españoles, resto de los trescientos con que Ojeda (1) había salido de Santo Domingo.

Terminado el plazo estipulado con Ojeda, sin noticias suyas y sin esperanza de mejorar de situación, resolvieron pasar á la Española en los dos bergantines, así que la muerte hubiera disminuído el número de ellos, pues aunque tan pocos, eran demasiados para la capacidad de los dos buques de que podían disponer. Lo insalubre del clima y la escasez de alimentos, puso en breve á la reducida colonia en aptitud de aprovecharse de los buquecillos.

---

(1) Ojeda llegó á Santo Domingo después de inauditos esfuerzos y extrañas aventuras. Murió tan pobre, que de limosna se le hizo el entierro. Pidió y logró ser enterrado en la puerta del convento de San Francisco, «para que todos los que entrasen lo pisaran»: así quiso expiar en muerte el orgullo que e había dominado en vida.

No bien habían abandonado aquellas playas de tan tristes recuerdos, les asaltó un temporal que sumergió en pocas horas uno de los bergantines con toda la gente, á la vista de sus atribulados compañeros. Pizarro, con el otro, pudo llegar á Cartagena. En este punto encontró al bachiller Enciso, que, según había pactado con Ojeda en Santo Domingo, salió después que él para su gobernación de Darién.

Ojeda había nombrado al bachiller su alcalde mayor, y, en su consecuencia, obligó á Pizarro y su gente á volver á las infortunadas playas de San Sebastián. Al entrar en este puerto dió la nave de Enciso al través contra una piedra, y en pocos momentos quedó destrozada; los caballos, cerdos y cuanto había de más útil para el sostenimiento de una colonia, se perdió en un momento; la tripulación ganó á duras penas el bergantín de Pizarro. La situación de Enciso en San Sebastián era idéntica á la de Ojeda; el descontento cundía entre los colonos; apenas si podían sustentar la vida, y esto entre mil peligros.

Vasco Núñez de Balboa, que, acompañando á Rodríguez de Bastides, había explorado el golfo de Uraba, manifestó al bachiller que recordaba de un pueblo á ori-

llas del río, llamado Darién por los naturales, donde por la riqueza de mineral, y por no envenenar sus valientes habitantes las flechas, podía ser trasladada la colonia, y que él se comprometía á llevarlos al sitio indicado. La propuesta fué acogida con entusiasmo, y dejando á San Sebastián, se hicieron á la vela.

Llegados al río, fundaron la ciudad de Santa María de la Antigua, que unánimemente fué proclamada como centro del gobierno. Enciso, como teniente de Ojeda, gobernaba la colonia, pero con menos prudencia de lo que las circunstancias pedían. Es verdad que sus disposiciones se adaptaban en todo á las cédulas reales, que prohibían el tráfico de oro con los naturales; pero ¿cómo contener á aquellos hombres tan audaces y que se veían vivos como por milagro, cuando la ocasión les brindaba á resarcirse de tantas penalidades?

Vasco Núñez hacía tiempo tenía una gran enemiga con Enciso; la reputación de aquél había crecido desde que los condujo al fértil sitio que ocupaban, y, aprovechando el descontento general y el ascendiente que gozaba, trató de que se le negara la obediencia á Enciso, alegando para ello que la ciudad estaba en el territorio de Nicuesa,

y que la jurisdición del bachiller era, por consiguiente, nula en aquel lugar.

Privado Enciso del gobierno, se eligieron para alcaldes á Vasco Núñez y á Zamudio, y por regidor á un caballero de buena reputación llamado Valdivia. Mas pronto se disgustaron de esta clase de gobierno, teniendo por más acertado que la autoridad residiera en uno sólo.

La pequeña colonia se dividió en tres parcialidades: la una pidió la restitución de Enciso, hasta que el Rey proveyese de gobernador; la otra estaba por Nicuesa, pues en su jurisdicción se hallaban; la tercera componíase de los amigos de Vasco Núñez de Balboa, que daban por bueno el gobierno actual, aunque no rechazaban el de uno sólo, con tal que éste fuera su caudillo Balboa.

En estas reyertas estaban los colonos, cuando el estampido del cañón, resonando en la parte opuesta del golfo, las cortó de repente. Era Rodrigo de Colmenares, que con dos buques cargados de bastimentos y provisiones buscaba á Nicuesa. Este inesperado refresco calmó las disensiones; Colmenares se esforzó en hacer ver los incuestionables derechos de Nicuesa, y logró reducir á casi todos á su dictamen. Acordóse

que saliese Colmenares á recorrer las costas en busca de Nicuesa, y que, una vez hallado, lo condujera á su gobierno. Dos sujetos de la colonia acompañaron á Colmenares para certificarle de la buena disposición de los colonos en aceptarle como gobernador.

Necesario se hace retroceder algo para el cabal conocimiento de los sucesos que iban preparando poco á poco el descubrimiento y conquista del Perú. Nicuesa tocó, como Ojeda, en Cartagena; un fuerte temporal dispersó su escuadrilla, y habiendo naufragado la carabela del gobernador, pasaron los de ella indecibles trabajos. Reunidos de nuevo, se estableció la colonia de Nicuesa, reducida á trescientos hombres, en sitio tan poco á propósito, que se vieron forzados á abandonarlo.

Dícese que en este sitio fué tanta la necesidad, que, encontrado el cadáver de un indio ya en putrefacción, fué devorado por treinta españoles. Un marinero genovés, que había acompañado á Colón en su último viaje, informó á Nicuesa que no lejos de allí había un ameno puerto, al que el almirante llamó Puerto Bello; á él se dirigieron, mas encontraron tal resistencia en los habitantes de la costa, que, sintiéndose los

españoles pocos y extenuados para combatir, siguieron siete leguas adelante, hasta el puerto que Colón llamó de Bastimentos.

Su posición ventajosa para construir una fortaleza y los campos fértiles que lo rodeaban, hizo que Nicuesa exclamara: «Detengámonos aquí en nombre de Dios»; de esta expresión quedó el puerto con el nombre, que aún conserva, de «Nombre de Dios». Colmenares halló por casualidad á Nicuesa. Del brillante séquito que le acompañó al salir de Santo Domingo, sólo vivían sesenta, tan flacos y descaecidos, que más que hombres parecían esqueletos.

Júzguese de la sorpresa de estos desgraciados al verse tan inopinadamente socorridos, y sobre todo la de Nicuesa, cuando oyó á Colmenares y á los dos enviados que habían salido en su busca para ponerlo al frente de la colonia establecida en Santa María de la Antigua.

Nicuesa, deslumbrado con tan repentina mudanza, traspasó los límites de la prudencia. Engreído con su nueva gobernación, dejó escapar algunas frases concernientes á las medidas represivas que pensaba adoptar en la colonia; no las dejaron caer los dos comisionados, quienes, prevenidos de antemano por el teniente de Nicuesa,

pretextando arreglar las cosas en Darién para recibir dignamente á su nuevo gobernador, se le adelantaron.

En Darién llamaron á junta á los principales colonos, y después de haber exagerado las intenciones de Nicuesa, lo indispusieron con el pueblo. La indecisión y la perplejidad se habían apoderado de los ánimos. Vasco Núñez sacó de ella el partido que fué, en lo humano, el pedestal de su grandeza. Habló con los principales de uno en uno, y les persuadió que, pues habían errado en llamar á Nicuesa, lo remediasen no recibiéndolo.

Llegó Nicuesa, y fué requerido para que no desembarcase; más él, creyendo que se mudarían los ánimos si le oían, trató de dar cuenta de sí, sin que pudiera reducirlos. Después de algunos incidentes pesados, consiguió que le dieran el peor de los bergantines para irse á la Española. Se embarcaron con él diez y siete personas, que le fueron fieles en la desgracia; hiciéronse á la vela, y no se supo más de ellos.

Genio de Balboa.—Descubre el mar del Sur ó Pacífico.

Aumentada la colonia con los que no quisieron seguir á Diego de Nicuesa, y preponderando cada día más la autoridad de Vasco Núñez, pensó éste en dar mayor consistencia á su gobierno.

Algunos antecedentes acerca de este esforzado conquistador, que fué el iniciador de la conquista del Perú, se hacen, si no necesarios absolutamente, al menos no fuera del alcance de este estudio.

Vasco Núñez de Balboa, de noble cuna, nació en Jeréz de los Caballeros. En el viaje de exploración que hizo Rodrigo de Bastides vino á la América. Por algún tiempo se dedicó en la Española al cultivo de una granja, y ya sea que no prosperara en esto, ya que sus productos no le alcanzaran para vivir tan libremente como quisiera, se llenó de deudas difíciles de pagar.

La expedición de Enciso se le presentaba como medio fácil de salir de apuros; pero había que eludir la vigilancia de la autoridad y de los acreedores; para ello ideó el meterse dentro de una pipa, y ser

conducido á la carabela de Enciso entre los demás bultos de provisiones. Cuando el buque se halló en alta mar, salió Balboa de su tonel, con admiración de Enciso, que nada sabía de este ardid. Llevó esto tan á mal el bachiller, que le prometió dejarlo en la primera isla desierta que encontrara.

La ida de Nicuesa dejaba las cosas del gobierno tan expuestas á disturbios como anteriormente. Balboa, hombre de pecho, depuso jurídicamente á Enciso como usurpador de autoridad ajena, le procesó y confiscó los bienes, y aun le prendió. Pero á ruegos de amigos le dió libertad, con tal que en la primera ocasión abandonara la ciudad.

Se acordó en junta general enviar procuradores al Almirante para que socorriese la colonia, y al Rey para informarlo de los acontecimientos. Como á Balboa no se le podía ocultar que el proceder contra Enciso y Nicuesa había de ser castigado, procuró que el otro alcalde, Zamudio, su compañero y cómplice, aceptara la jornada á Castilla, para que allí le defendiese de las acusaciones de Nicuesa, é informase al Rey cuánta parte había sido Balboa para librar á los colonos de una muerte segura. Con esto obtuvo Vasco Núñez todo el mando

para sí. Envió, además, al regidor Valdivia para que tratase las cosas de la colonia con el Almirante, y una buena suma para el tesorero Pasamonte, cuya autoridad en la isla era muy grande.

Ínterin se resolvían las cosas de la colonia en Santo Domingo, Balboa hizo importantes excursiones, siendo la más notable de todas la que dió por resultado la alianza del cacique Comagre (1511). De uno de los hijos de éste oyó Balboa que al otro lado de las montañas había un gran mar, cuyas aguas bañaban un grande imperio, rico y floreciente.

Persuadido Balboa que esta gran conquista le estaba reservada, pidió á España mil hombres, número que los indios juzgaron necesario para salvar con seguridad el istmo. A pesar de la indisputable superioridad de Balboa, los disturbios reaparecieron entre los colonos; el valiente y astuto Vasco Núñez supo reprimirlos, ya con maña, ya con fuerza. Conseguida la pacificación de la colonia, Balboa apresuró sus preparativos expedicionarios. Con el título provisional de capitán general que le envió Pasamonte desde Santo Domingo, se robusteció su autoridad, y con ciento cincuenta hombres de refresco, no vió el momento

de salvar aquellas cordilleras que se oponían á sus ardientes votos.

Las noticias que de España comunicaba Zamudio eran desfavorables; se le hacía responsable de la muerte de Nicuesa y de los percances de Enciso. De una ojeada abarcó Balboa su comprometida situación. Le era necesario llevar á cabo una empresa tal, que con el resplandor de su gloria eclipsara totalmente lo pasado. Entre morir como un turbulento cabecilla, ó en una expedición gloriosa, la elección no se hizo esperar.

En 1.° de Septiembre de 1513 emprendió la marcha para descubrir el mar del Sud; llevaba sesenta y siete de los españoles más esforzados, algunos perros de batalla, y como mil indios para guías y transporte de vituallas. Las veinte leguas de travesía eran de difícil acceso; bosques impenetrables cuajados de punzantes mosquitos, escarpadísimas rocas que trepar, torrentes furiosos que vadear, pantanos insalubres, reptiles venenosos, fieras, y, sobre todo, tribus salvajes y valientes. Sólo diez leguas se pudieron hacer en cuatro días.

De tantas dificultades supo triunfar el genio de Balboa, ya por la constancia, ya por la previsión, ya por el valor. Cuando estaban para coronar la última cúspide,

adelantóse á todos (1). Un Oceano inmenso y desconocido vió á sus plantas; atónito lo mira, y, embargada su mente con tanta grandeza, y fijos los ojos en el inmenso horizonte que abarcan, cae de rodillas y eleva su corazón al cielo. Andrés de Vera, el capellán de la expedición, le siguió; júntanseles los más ágiles, y entonan el *Te Deum laudamus* al Criador de tantas maravillas. En el sitio desde donde por primera vez (26 de Septiembre de 1513) se vió el Pacífico, colocóse una cruz hecha de un grueso tronco.

¡Qué ajenos estaban los indios de que con su trabajo enarbolaban en medio de la

---

(1) «Salió (Balboa) de Darién en jueves 1.º de Septiembre de 1513, y llegó al pueblo y tierra de Careta de allí á cuatro días; descansó dos, y salió el 6 á internarse en la tierra, y á los dos días arribó á la Ponca por camino áspero y de sierras; estuvo allí hasta el 20, que continuó su viaje, y llegó el 24 á Quarequa, donde mandaba Torecha, habiendo andado en aquellos cuatro días diez leguas; era mal camino y había ríos. Salió de allí el 25, y llegó en el mismo día á los bohíos de parque, en donde no se detuvo, y siguiendo adelante, descubrió la mar que buscaba, á las diez de la mañana. Llegó, no se dice el día, á la tierra de Chiapes, y el 29 bajó de allí al golfo de San Miguel, y tomó posesión del mar y costas.» (Narrac. sacada de Oviedo.)

América la enseña de la verdadera libertad y de la única civilización posible! Bajan las montañas aquellos intrépidos guerreros, y entrándose Vasco Núñez en el mar, tomó posesión, con más entusiasmo que derecho, de cuanto en él había, á nombre de los Reyes de Castilla.

Recorriendo las costas adquirieron los españoles nuevos datos de un poderoso imperio situado al Sud. El cacique Cheapes modeló en barro un cuadrúpedo que á los habitantes de este imperio servía de bestia de carga. Reconocidas las islas Perlas, y con buena provisión de éstas, pensaron los españoles en regresar á Darién. La vuelta fué incomparablemente más difícil que la ida; sólo aquellos hombres audaces y de hierro pudieron vencerlo todo.

Gobernación de Pedrarias. — Preparativos para descubrir el Perú.

Mientras Balboa daba cima á empresas tan gloriosas, Enciso en España se querellaba hábilmente del guerrero. El Rey, á quien Zamudio explicó los sucesos lo mejor que supo, determinó que D. Pedro Arias Dávila fuera de Gobernador al Darién á

averiguar las cosas, y remediase los abusos (1). Llevaba encargo especial de deponer á Balboa y de someterlo al fallo del alcalde mayor, Pedro de Espinosa. Quince velas salieron del Guadalquivir con cerca de dos mil personas. No habiendo tenido lugar la proyectada espedición á Italia al mando del Gran Capitán, muchos de los jóvenes nobles que para ella se habían alistado se embarcaron con Pedrarias. En esta expedición se gastó la suma de cincuenta y cuatro mil ducados.

Llegaron á la Antigua el treinta de Junio, donde fueron respetuosamente recibidos. La información que el Obispo del Darién hizo al Emperador resume la conducta gubernativa de Balboa. «Diréis á S. A. como hallamos este pueblo bien avasayado, más de doscientos bohíos hechos; la gente alegre y contenta; cada fiesta jugaban cañas y todos estaban puestos en regocijo.

(1) Balboa regresó á la Antigua el 19 de Enero, y comunicó la noticia de su descubrimiento demasiado tarde. Pedro de Arbolancha salió en Mayo de la Antigua con este fin para España; llevaba á la Corona el quinto del oro recogido, y un regalo para el Rey, de las mejores perlas obtenidas en la expedición de Balboa. El 15 de Abril salió Pedrarias (D. Pedro Arias) para El Darién, y Arbolancha llegó pocos días después.

Tenían muy bien sembrada toda la tierra de maíz y de yuca; puercos hartos para comer hasta el presente, y ordenado de descubrir la tierra..... Podía ir un cristiano y de cinco hasta diez, y de diez hasta cinco por todos estos caciques, desde estas costas hasta la otra al poniente, tan seguros como si fueran quince, y cada cacique les daba de comer y les guiaba; de manera que andaban entre ellos como entre sus amigos.»

Pedrarias era muy hábil; lejos de proceder contra Balboa, empezó por ganar su confianza; sonsacó al franco soldado cuanto juzgó conveniente para sus planes; contento con cuantos datos había obtenido del mismo Balboa, empezó contra él una información judicial. Los descargos de Balboa, y los muchos amigos que tenía, fueron causa de que de esta información no resultara cosa de substancia.

Pero una acusación tras de otra, todas bien escuchadas por Pedrarias, consumieron la paciencia de Balboa, que, retenido en la Antigua mañosamente, veía á Pedrarias desenvolver los planes que él le había confiado, sin siquiera ocuparle en ellos. Resuelto Vasco Núñez á elevarse segunda vez por sí mismo, despachó ocultamente á Cuba á un tal Garabito, para que allí se hiciese de

hombres y pertrechos, y continuar así con ellos las exploraciones al mar del Sur.

Llegó, en efecto, Garabito con setenta hombres y provisiones en una nave, lo cual sabido por Pedrarias, lo exasperó hasta lo sumo. De España habían llegado comunicaciones nombrando á Balboa Adelantado del mar del Sud, y gobernador de dos provincias, aunque siempre á la obediencia de Pedrarias. Mucho dudó éste de hacer conocer á Balboa la distinción que el Rey había hecho en su favor, pues siempre le andaba mirando á las manos, y así le interceptó la correspondencia dirigida al nuevo Adelantado, pareciéndole muy humillante, que si le reconocía como tal, había de tratar con él los asuntos de más importancia, como el Rey mandaba. Pero el Obispo del Darién, sabiendo la interrupción de la correspondencia, denunció este abuso desde el púlpito, como ultraje hecho á los derechos de los súbditos. Después de acaloradas discusiones, se convino en dar á Balboa el título de Adelantado, á condición de que no tomara posesión de las provincias sin consentimiento de Pedrarias.

Allanóse Balboa á ello, y la discreta mediación del Obispo completó por entonces la reconciliación. Aconsejó el Prelado á Pe-

drarias, que, pues tenía en España varias hijas solteras, casara á Vasco Núñez con una de ellas, con lo cual se hacía de un yerno fiel y querido en la colonia, que le descargaría en gran parte del peso del gobierno. Este prudente y por su naturaleza sólido arreglo, manifiesta la buena elección de fray Juan de Quevedo, franciscano, para primer Obispo del Darién ó Santa María de la Antigua.

Conocía el Rey Católico las emergencias á que daría lugar la conquista entre hombres tan débilmente ligados entre sí como eran los que la efectuaran, y para lazo de unión escogió persona de tanta capacidad como el susodicho Obispo. Era predicador de la Real Capilla, de mucha prudencia y letras, y había por largos años regido, en su Orden, la provincia de Andalucía.

Aceptó el gobernador la propuesta, y se verificó el matrimonio por poderes. Gozando Balboa del favor de Pedrarias, anudó sus proyectos de exploración. Cortóse suficiente madera para hacer cuatro bergantines, y todo este material, como también las anclas, jarcias, aparejos, etc., fueron llevados á hombros á través de los Andes, hasta el puerto de Acla en el Pacífico. Tras tantas dificultades, no bien se empezaron á

labrar las maderas, se echó de ver que la carcoma se había cebado en ellas. Hubo que cortar otras nuevas á orillas de un río; terminado el trabajo del corte y adelantado en gran parte el de figura, una súbita creciente del río arrebató muchas de ellas y enterró otras.

Los destinados á estas labores, con dificultad salvaron las vidas, atacadas por el agua y por el hambre. Empezóse de nuevo el trabajo, y, á través de grandes dificultades tuvo Balboa la satisfacción de ver concluídos sus bergantines.

Balboa emprende su viaje de descubierta.—Vuélvese, y es ejecutado en Acla.

Lanzóse en ellos este intrépido descubridor á aquel inmenso Océano que había descubierto desde la cima de los Andes; visitó las islas Perlas, y mientras en ellas se construían otros dos bergantines, hizo rumbo á lo largo de la costa; habiendo bajado cosa de veinte leguas del golfo de San Miguel, unas ballenas que en la obscuridad de la noche tomaron por piedras, los obligaron á pasarla al abrigo de un puerto de la costa, con ánimo de continuar el mismo rumbo al día siguiente. Pero el viento había cambiado.

Este incidente privó á Balboa de la gloria de descubrir y acaso de conquistar el Perú. Volvió á las Perlas para activar la construcción de los buques dichos. Las reclamaciones que á España se habían hecho acerca de la conducta que Pedrarias observó al principio con Balboa, hicieron su efecto. D. Lope de Sosa, que gobernaba en las Canarias, fué á reemplazarle, pero murió antes de tomar pesesión de su destino.

Ya había llegado á oídos de Balboa algo de la mudanza de gobernador, y, alarmado con esta nueva, envió de las Perlas á la colonia á Garabito, para que sigilosamente se informara de lo que ocurría. Pero éste malvado, resentido con Vasco Núñez, hizo revivir en el corazón del gobernador su apagada enemistad, cerciorándole de que Balboa no aspiraba á otra cosa que á sustraerse de su mando. Hízole venir mañosamente á Acla, donde le procesó Gaspar de Espinosa, y cuando el sumario había, al parecer del Gobernador, arrojado suficientes pruebas de rebelión, mandó que se le cortara la cabeza.

Esta ejecución tuvo lugar en Acla, quedando la colonia sumergida en una gran tristeza por la muerte dada á un hombre á quien nada le prestaron, ni sus grandes ha-

zañas, ni cuanto bueno había podido realizar en aquellas inhospitalarias costas.

Vasco Núñez de Balboa es una gran figura, no sólo en toda la conquista, sino muy en particular en los preámbulos del descubrimiento del Perú. Era arrojado, sereno y precavido; enemigo de hacer mal, y tuvo gracia particular para tratar con los indios, que lo estimaron en mucho. De planes vastos y atrevidos, de constancia inquebrantable y abundante en recursos, se hizo amar y respetar de sus súbditos, cosa entonces nada fácil.

Es probable que, amaestrado con sus propias desgracias á la llegada de Pedrarias, no quisiera exponerse á la del nuevo Gobernador, ni á otras enojosas dilaciones, y que abrigara el proyecto de hacer la conquista de las tierras que tenía delante, independientemente del gobernador del Darién. Quizá algunas expresiones de esta clase, dichas entre sus más íntimos, sirvieran de fundamento á la acusación de Garabito.

De muerte violenta, y por la acusación de un amigo, acabó el que había sido la causa de la muerte de Nicuesa, acusado también por otro amigo. La Providencia, aun en esta vida, no deja impunes los crímenes que en ella se cometen.

DESCUBRIMIENTO DEL PERÚ

Breve expedición de Andagoya.— Adquiérense más datos acerca de los incas.

Por cinco años consecutivos quedó paralizada la empresa de Balboa. No se descuidaba el gobierno de España en alentarla, conociendo su importancia; mandó, pues, que en el golfo de San Miguel se construyese un pueblo-astillero, y que en él se hicieran buques para la exploración y conquista de las tierras que baña el mar del Sur.

La carta que con este motivo escribió el Rey á Pedrarias hacia Julio de 1514, merece transcribirse:

«Vi vuestra carta fecha en la Gomera siete Mayo. Confio á que ya seréis llegado en bien con vuestra mujer Doña Isabel. Vasco Núñez de Balboa que por Nos tenía cargo de la capitanía y gobierno de la provincia de

Santa María del Darién, nos escribe de la tierra nueva que ha descubierto á la parte de la mar del Sur. Gracias á Dios que tanto bien nos prepara. Hágase desde la villa de Santa María de Darién hasta la mar del Sur tres ó cuatro asientos para atravesar desde el golfo de Uraba hasta el de San Miguel á el mar del Sur, en los pasajes más convenientes.

Constrúyanse tres ó cuatro carabelas para descubrir las costas del Sur, que ya mando á los oficiales de Sevilla os envíen cuanto fuere necesario. Balboa escribe cosa útil en esto. Él ha descubierto y podrá informaros.»

La traslación de la capital á Panamá, y el anhelo de buscar hácia el Norte un brazo de mar que, poniendo en contacto los dos océanos, facilitara la comunicación á la India Oriental, ocupó los ánimos de tal modo, que casi nadie recordaba de la ancha senda que Balboa tan arrojadamente había iniciado. Acaso el temor de disgustar á Pedrarias, que no podría ver con buenos ojos la prosecución de una empresa que él había descabezado, retrajera á los que pensaban en ella.

Es lo cierto que, en 1522, la relaciones que á Panamá habían llegado en distintas

ocasiones acerca de la opulencia de la región que se dió en llamar Virú, empezaron á tomar más cuerpo y levantar los ánimos. Un regidor de Panamá, llamado Pascual de Andagoya, se echó con unos pocos tras el rumbo que había abierto el intrépido Balboa. Llegó al puerto de Peñas, ya anteriormente visitado por Vasco Núñez; pasó un poco al Sur del río Virú, y en las relaciones que trabó con algunos costeños, obtuvo datos acerca de los incas y otras cosas pertenecientes al país que hoy se conoce con el nombre de Perú, y del cual fué el verdadero descubridor. El quebranto de su salud le obligó á volver á Panamá.

Deseoso Pedrarias de alargar su jurisdicción á las tierras que Gil González Dávila había descubierto en su afán de hallar comunicación entre ambos mares, envió á la Española al capitán Herrera para procurarse alguna gente y caballos, que pasaran á Nicaragua antes que Gil González llegase á ella.

Ya Herrera en la Española, persuadió á Juan de Basurto á que, juntamente con Pedrarias, tomase á su cargo la jornada de Nicaragua. Llevó Basurto á Panamá alguna gente y caballos, mas con mayor tardanza de la que Pedrarias sufría. Había ya éste

despachado para la empresa al capitán de su guardia, Francisco Hernández de Córdoba, cuando Basurto llegó: sintió lo ocurrido, y Pedrarias, para desenojarle, le ofreció comisión para descubrir por el mar del Sud á Levante (1), lo cual aceptó Basurto de grado, por la esperanza que había de hallar tierra muy rica, según las noticias comunicadas por Pascual de Andagoya.

No creyó Basurto hallar en Panamá los elementos necesarios para acometer la empresa, y yendo á buscarlos á la Española murió en Nombre de Dios.

Los tres asociados.—Percances de los expedicionarios.—Ratificase el famoso contrato.

Ya había llegado el año 1524 sin que se hubiese adelantado una línea más en el mar del Sur de lo que lo había hecho su descubridor. Tres hombres, nacidos, digámoslo así, para ser cada dos complemento del tercero, lejos de arredrarse con los obstáculos

(1) El cronista Antonio de Herrera tomó esta noticia, que también la trae Francisco López de Caravantes, de la tercera parte de la crónica de Cieza de León, según me ha asegurado el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada.

encontrados hasta entonces para el descubrimiento y conquista, se mancomunaron tan fuertemente, que lograron triunfar de no pequeñas dificultudes.

El resultado de esta triple alianza fué la destrucción y conquista del gran imperio de los incas.

Uno de los socios era Hernando de Luque, antes cabildante del Darién, y que al presente desempeñaba el curato de Panamá (1); tenía mano con Pedrarias por ser prudente y sagaz, y era muy bien quisto en la colonia por su virtud y conocimiento de las cosas.

El otro fué Francisco Pizarro, de los aventureros más experimentados, formado como soldado en las guerras de Italia, y amaestrado en las de América en la escuela de Ojeda y de Balboa.

Del tercero de ellos se sabe algo menos,

---

(1) En el contrato con Pizarro y Almagro se titula á Luque vicario de esta santa iglesia de Panamá; y en el documento otorgado por dicho P. Luque declarando ser testa del licenciado Espinosa (viernes 6 de Enero de 1531), se llama á sí mismo provisor y vicario de esta santa iglesia de Panamá y del reino de Tierrafirme: y en la capitulación de la corona con Pizarro se le apellida maestre-escuela y provisor de la iglesia de Darién.

pues aunque Diego de Almagro aportó á Tierra firme con Pedrarias, y con cargo de gente ayudó á la pacificación de la tierra, no se le oye nombrar hasta que en unión de Luque y Pizarro se aventuró á tomar parte tan activa en la conquista del Perú (1).

Todos contribuirían con su fortuna, que era mucha en cantidad, al equipo de la expedición, y además se emplearían en ella de distintos modos. Pizarro haría de cabeza en el mando de las tropas; Almagro se encargaba, en particnlar, de llevar armamento y pertrechos á Pizarro donde quiera que fuese, y el P. Luque de orillar las dificultades que pudiesen sobrevenir. Dicho padre, cuanto á la cantidad de veinte mil castellanos que dió para la expedición, obraba sólo como oculto

(1) Herrera, en el libro V, déc. 3.ª, cap. XII, dice que Hernando Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro proporcionaron dinero á Pedrarias para aprestar los buques que pasaron á Nicaragua para oponerse á los proyectos de Gil González Dávila. Y el conquistador y cronista Pedro Pizarro confirma esta especie de compañía entre los tres, con anterioridad al contrato que hicieron para la conquista del Perú, diciendo: «En la ciudad de Panamá hubo tres compañeros que fueron conquistadores y pobladores en aquella tierra: D. Francisco Pizarro, D. Diego de Almagro y el P. Luque, los cuales tenían compañía en las haciendas é indios que tenían encomendados.»

agente de Gaspar de Espinosa, caballero de no pequeña reputación en Panamá.

Habiéndose estipulado que los productos de la conquista se dividirían por igual entre los tres, sólo se pensó ya en recabar el permiso del gobernador Pedrarias, y entrar de lleno en la proyectada expedición. Con el beneplácito de aquél empezó la conquista del Perú por el capitán Pizarro. Se compró uno de los bergantines que Balboa había mandado hacer; se reparó lo mejor que pudo, y en él y en dos grandes canoas salió Pizarro, con ciento catorce hombres y cuatro caballos (1), á mediados de Noviembre de 1524. Debía seguirle inmediatamente Almagro con otro buque más pequeño, que se había construído ó comprado, para llevarle toda clase de recur-

(1) Fr. Pedro Ruiz Naharro, del Orden de la Merced, dice que eran ciento ventinueve. Y Francisco López de Caravantes sólo pone ochenta. Seguimos á Prescott. En la «Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro», (códice núm. CXX de la Bib. Imp. de Viena), se dice «que partieron en el año 1525 con dos navíos de cuarenta á sesenta toneles y un bergantín pequeño, y hasta ciento y cincuenta hombres». Se ve, pues, que los cronistas difieren mucho, quizá relatando cada uno diversas salidas.

sos (1). Pizarro navegó al Sur, y tomó tierra dos leguas adentro del río Virú.

Nada más desconsolador que el aspecto del terreno que tenían delante; grandes charcos de cenagosas aguas entre bosques formados por la exuberante vegetación de la zona tórrida; un terreno débil, en que se hundían los soldados; millares de insectos que con su zumbido y penetrantes picaduras causaban una molestia intolerable. Atravesados estos pantanos, salieron á unos escarpados repechos, de subida tan pedregosa y áspera que quedó la gente muy maltratada de los piés.

Fué necesario embarcarse, pues nada

---

(1) En la información hecha en Panamá, á 14 de Diciembre de 1826, por mandado del gobernador Pedro de los Ríos, á pedimento del capitán Diego de Almagro, etc., hay datos curiosos acerca de estos preparativos; v. gr.: que se tardaron diez meses en alistar ó construir los dos buques, y que por todo ese tiempo se dió de jornal á los carpinteros y otros maestros dos pesos de buen oro al día, y de comer. Los trabajos se empezaron en 1524, terminada la Pascua del Espíritu Santo, y durante los meses que se emplearon en alistar el primero de los buques, enganchaban soldados para el viaje, manteniéndolos con maiz y carne, y dándoles posada, con lo cual, á más de gastar sus haciendas, habian tomado prestados 6,000 pesos de oro.

prometía aquella estéril región. No bien habían salido del río y navegado algunas leguas á su rumbo, les fué preciso andar diez días continuos á merced de las olas y vientos, por no poder su frágil bergantín y las canoas hacer frente al mal tiempo que les había cargado.

El hambre y la sed se hacían sentir, y aquellos seminaufragos se llenaron de regocijo al poder tomar un puertecillo á la salída del río Virú, que les había proporcionado agua y alguna leña para poder cocer unas pocas mazorcas de maiz, restos de sus provisiones. La embarcación necesitaba algún adobo, y esto decidió á Pizarro á acampar en los espesos manglares de la orilla; las quejas de los enfermos y los reproches de los pocos sanos aumentaban en Pizarro los sufrimientos; sin embargo, animaba á todos, recordándoles que aquellas vicisitudes eran inherentes á las grandes conquistas; que tuvieran presente cuánto dilatarían con su valor y constancia la propagación del Evangelio, cuánta era la gloria de que se cubrirían prosiguiendo lo comenzado, y que, según los informes recibidos por Balboa y sus compañeros, no podía tardarse en encontrar un botín proporcionado á sus grandes sufrimientos y trabajos.

Reparado el bergantín, embarcóse en él casi la mitad de la gente, con orden de marchar á Panamá y proporcionarse víveres. Pizarro, que conocía los daños que la inacción causa en las tropas, entretenía á los pocos soldados que le quedaban con algunas excursiones por aquel cerrado bosque de manglares, á ver si en algunas de ellas encontraban rastro de habitantes.

Repentinamente uno de los soldados anunció que á lo lejos se divisaba una luz. Tomó Pizarro algunos soldados, y al frente de ellos atravesó ocho leguas de mal camino: al salir del bosque descubrió el desmonte en que estaba situado un pueblecillo de indios.

La inesperada aparición de los españoles aterró á los indios, que huyeron precipitadamente. Los famélicos soldados se lanzaron sobre un poco de maíz y coca que hallaron en las chozas, lo cual, visto por los indios, bajaron sin temor á conversar con ellos.

Un anciano dió á entender á Pizarro que, á diez días del sitio donde se hallaba, y á través de las montañas, reinaba un poderoso inca, cuyos dominios habían sido invadidos por otro más poderoso que él.

Al cabo de mes y medio llegó Almagro

con provisiones abundantes, que harto las necesitaban los de Pizarro. Rehechos los españoles, salieron del puerto, que Pizarro denominó *Puerto del Hambre,* siempre en dirección al Sud. Reconocieron todos los cerros y caletas de la costa; en uno de ellos saltó en tierra Pizarro, y halló no lejos un pueblecillo de indios, que igualmente huyeron á presencia de los españoles. Entraron éstos en sus chozas, hallaron toscos adornos de oro de algún valor, pero en las ollas que estaban al fuego hervían, con otras viandas, piés y manos de hombres. Retrocedieron horrorizados de este espectáculo, y, no obstante el mal aspecto que el tiempo presentaba, se embarcaron y alejaron de aquel sitio.

No habían pasado muchos días, cuando los aventureros divisaron un lugar que en apariencia se asemejaba á un pueblo destruído por las llamas, y lo llamaron *Pueblo Quemado.* Multitud de nopales cubrían la orilla, extendiendo robustas y entrelazadas raíces á través de las aguas; algunas calles de este bosque parecían abiertas por la mano del hombre, de donde conjeturó Pizarro que no lejos habría gente.

Desembarcó con la mayor parte de su fuerza para explorar el interior: á una legua,

y á la falda de un monte, hallaron el pueblo defendido por una empalizada. La precipitada fuga de los indios permitió á los españoles hacerse de las provisiones que hallaron á mano.

Agradó el sitio al capitán Pizarro, y convencido que era poco menos que imposible seguir sus exploraciones en el buquecillo de que disponía, lo envió á Panamá para que lo carenasen. Él se acuarteló en la población, y mandó á Montenegro con una partida para que reconociese el país y para que tratara amistosamente con los naturales.

Pero los indios eran guerreros: acechaban sigilosamente los movimientos de los españoles, y cuando vieron que la gente de Montenegro empezaba á internarse en las gargantas de los desfiladeros, atacaron á los españoles divididos, causándoles pérdidas considerables. Pizarro recibió en esta acción siete heridas. Sólo la desesperación con que los aventureros peleaban pudo darles la victoria. Pero temiendo que, rehecho y reforzado el enemigo, de nuevo atacaría, y que no se pudiera resistirle, se reunió un consejo de guerra, que votó por regresar á Panamá á enterar al Gobernador de lo que se había hecho y conquistado.

No cuadró á Pizarro esta resolución, pues no quería presentarse al Gobernador con sólo lo llevado á cabo hasta entonces; y así, condescendiendo en parte con el voto general, y en parte siguiendo su propio juicio, se dirigió á Chicama, no lejos de Panamá. Despachó á Nicolás de Rivera para que menudamente enterara al Gobernador del resultado de la expedición, y viera por las muestras del oro que enviaba, como la empresa sufragaría con creces los gastos que se hicieran para continuarla.

Almagro había entretanto armado el otro de los buquecillos comprados, y reunidos unos sesenta soldados, marchó en pos de Pizarro para reunírsele. Cruzáronse en el camino; mas habiendo tocado Almagro en Puerto del Hambre y Pueblo Quemado, y reconocido en ellos las señales convenidas, supo por ellas que Pizarro los había visitado. En Puerto Quemado halló los mismos belicosos indios; tomóles por asalto el pueblo, pero salió herido de dardo en la cabeza, de cuyas resultas perdió un ojo.

Sin abatirse por esto, Almagro siguió navegando al Sur en busca de su compañero; habiendo llegado hasta los cuatro grados de latitud Norte y sin noticias suyas, juzgó que debía haber vuelto á Panamá, si

es que no había naufragado. Al pasar por las islas Perlas supo su paradero; dirigióse á él, y habiéndose contado mutuamente sus hazañas y las noticias adquiridas acerca del gran imperio de los incas, cuyas puertas habían tocado, se animaron á no desistir de la empresa sino con la muerte, y juntos acordaron los medios más conducentes para levantar tropa y adquirir recursos.

Almagro se encaminó á Panamá, y halló á Pedrarias poco propicio para la prosecución de la conquista (1). Se creyó que el Gobernador accedería á la indicación del Padre Luque; mas la condición impuesta por Pedrarias para que pudiera continuarse en ella, fué el germen de gravísimos males. Parece que, irritado con Pizarro, no quiso que éste fuera solo en el mando, sino que Almagro tuviera también con él el título de capitán. Después de haberle conferido este título, le permitió hacer nuevos aprestos (2).

Sintió mucho Pizarro la concesión he-

---

(1) Pedrarias al principio entró en el contrato, y después, por malos informes que tuvo de la tierra, se salió de él.

(2) Pedrarias disponía entonces una expedición á Nicaragua, y no podía ver con gusto la salida de gente para el Perú.

cha á Almagro; mas cuando supo que su amigo la había aceptado sólo porque no recayera en otro, pareció calmarse; con todo, este hecho dejó en él una huella indeleble.

Seguro Pizarro de que ya no tenía dificultad la conquista por parte de Pedrarias, fué á Panamá para activar por sí mismo los aprestos. Como los resultados obtenidos hasta entonces sólo habían consistido en la muerte de las dos terceras partes de los que se habían alistado para la conquista, era dificultoso encontrar gente que quisiera continuarla. El espíritu aventurero de la época, y la consideración de que tan mal les iría en cualquier parte como en Panamá, movió á unos ciento diez hombres á ponerse bajo las órdenes de Pizarro y Almagro.

Los fondos proporcionados por el licenciado Espinosa (1), aunque por medio del Padre Luque, permitieron dar mayor ensanche á los preparativos. Dos buques de

---

(1) Espinosa no podía presentarse á cara descubierta; se le atribuía en gran parte la muerte dada á Balboa, y hubiera despertado serios temores su conducta con el Adelantado del mar del Sur, achacándose la sentencia al deseo de suplantarle en los beneficios de la conquista.

mayor capacidad que los anteriores, dirigidos por el hábil piloto Bartolomé Ruiz, salieron con la pequeña hueste de Pizarro y Almagro para conquistar un grande imperio. Es probable que el Padre Luque, conociendo que las relaciones entre Pizaro y Almagro estaban resfriadas, propusiera antes de la partida el célebre contrato religioso civil, para estrechar más los vínculos de ambas partes. Firmóse á 10 de Marzo de 1526. Celebró la Misa el Padre Luque, y de la Hostia consagrada se comulgaron, junto con él, Pizarro y Almagro.

Así se echó un nuevo sello á lo estipulado anteriormente, y que ahora sólo se ratificó con mayor publicidad y aparato religioso.

Expediciones al interior y la costa.

Sin tocar en los puntos que antes, navegaron hasta el río San Juan, límite del viaje anterior de Almagro. Pizarro desembarcó en sus orillas, y sin trabajo alguno se apoderó de un regular peso de oro. Como las esperanzas de una formal conquista adquirían más probabilidades, y el número de los aventureros era demasiado reducido para efectuarla, se resolvió que

Almagro regresara á Panamá con el botín tomado, para de este modo hacer nuevos enganches, y que Bartolomé Ruiz, con unos pocos más, explorara la costa hacia el Sur, mientras Pizarro, con un centenar de hombres, acamparía á orillas del río y esperaría la vuelta de Almagro.

Pizarro había oído que, no lejos del sitio donde acampaba, había una región abierta y cultivada: tomó la dirección que se le indicó, mas se vió en la necesidad de volver al punto de partida.

Bosques cubiertos de impenetrable maleza; árboles seculares que obstruían continuamente el paso; enormes serpientes; bandadas de loros que en confusa gritería atronaban el aire; multitud de monos que con sus ligeros movimientos parecía que insultaban la tardía marcha del soldado atollado en las ciénagas; un calor sofocante producido por los vapores que se desprendían de un suelo húmedo herido perpendicularmente por los rayos del sol, ahogaba á los españoles embutidos en sus armaduras de hierro y aforrados con telas de enguate.

No había más perspectiva á estos sufrimientos sino una sucesión de montes cada vez más empinados y cubiertos de perpetuas nieves. Fué preciso retroceder. Mientras

Pizarro buscaba inútilmente la región que debía desquitarle de tantas penalidades, Ruiz bajaba hasta la bahía de San Mateo; á medida que avanzaba hacia el Sur, se confirmaban las noticias anteriormente recibidas. Veía campos bien cultivados, y divisaba habitantes que en sus trajes revelaban una cultura hasta entonces desconocida en la América.

El asombro de este célebre piloto fué grande al ver una barca peruana que á la vela surcaba el mar. Iban en ella veinte personas; dos del no lejano pueblo de Túmbez, que con un desembarazo desacostumbrado entre los indios que hasta entonces habían tratado, informaron á Ruiz bastante al pormenor del grande imperio de los incas. En la barca se hallaron tejidos de algodón muy finos, y de colores variados y vivos, una balanza, algunas joyas de oro y plata de regular trabajo, y otros objetos que daban claros indicios del adelanto en que estaba el pueblo en que se hacían.

Conservó Ruiz á los dos tumbecinos y algunos otros, para que de ellos oyeran los españoles lo que decían acerca del país cuyo límite tocaban. Ruiz tuvo la gloria de ser el primero que en el Pacífico cortó la equinoccial hasta más de tres grados: desde

aquí hizo rumbo al río de San Juan, donde halló á los españoles casi en el colmo de la desesperación.

No pocos habían sucumbido á las enfermedades inherentes al clima y á las privaciones de alimento; los indios estaban siempre en continuo acecho, causando continuas mermas en las filas de Pizarro. Catorce españoles perecieron de una vez á manos de aquellos, por haber varado la canoa en que iban.

El desaliento cundía: pasábanse largas horas enterrados en la arena hasta el cuello para librarse así de los mosquitos. Pedíase casi tumultuosamente la vuelta á Panamá: sólo la indomable energía de Pizarro y otros pocos podía contenerlos.

En tan mísera condición, llegó Ruiz con las alegres nuevas, y poco después de él Almagro con provisiones y unos ochenta voluntarios. Reanimóse con esto el ardor de la conquista en aquellos mismos que poco antes abogaban calurosamente por la vuelta á Panamá (1).

Salieron los dos capitanes del río San

---

(1) Cuando Almagro llegó á este punto, era ya gobernador D. Pedro de los Ríos. Cerciorado Almagro por el P. Luque de que sería bien recibido, bajó

Juan, gobernando hacia el Sur, siempre que los vientos, tenazmente contrarios, dejaban al veterano Ruiz adelantar algo en esta dirección. Fondearon por quince días en la isla del Gallo, y recorridos los buques y tomado algún descanso, siguieron su rumbo anterior hasta llegar á la bahía de San Mateo. Como Ruiz lo había dicho, la costa presentaba cada vez un aspecto más halagüeño; ya habían desaparecido los espesos manglares, y en su lugar se presentaban árboles de excelentes y preciosas maderas; de vez en cuando se dejaba ver un campo cultivado de maíz, cacao ó patatas.

Habiendo fondeado en el puerto de Tacámez, echaron de ver los españoles cierto orden en las calles, y que el numeroso gentío que á la playa acudía para contemplar á los recién llegados, traía la cara sembrada de clavos de oro y esmeraldas, que sacaban, aquél de Barbacoas y éstas de las minas inmediatas al río que se llamó y llama de Esmeraldas. La resolución de los indios de Tacámez hizo entender á los españoles que sería difícil sujetarlos. Celebróse consejo de

---

á tierra, y en el puerto lo fué por el Gobernador mismo, que tenía órdenes de España para favorecer á los socios.

guerra. Algunos sostuvieron la idea de abandonar por completo la empresa.

Almagro recordó que, habiéndose tomado los recursos para la expedición en Panamá, y bajo la esperanza de resarcirlos con las riquezas que del *Virú* se decían, aguardaba á todos la saña de los acreedores, si volvían insolventes al punto de partida. Que, á su juicio, sería lo mejor elegir algún sitio cómodo de la costa, donde quedara Pizarro con la gente mientras que él iba á Panamá, y allí, con mejores y más exactas noticias de la tierra, haría nuevos aprestos de gente y vituallas para proseguir la conquista.

Este prudente consejo, tan en harmonía, no sólo con las necesidades presentes, sino con el papel que Almagro desempeñaba en el contrato, trajo á la imaginación de Pizarro los sufrimientos anteriores, y así, con ruda franqueza, dijo que no era lo mismo ir y venir á Panamá con buques bien pertrechados, que quedarse entre manglares y pantanos con hambre constante, y enfermedades continuas y enemigos perpetuos.

Respondió Almagro con algún calor, que él no rehusaba los padecimientos expuestos por Pizarro, y así, se fuera á Panamá para procurar lo que convenía; que él quedaría al frente de los leales que no

cejaran en la empresa acometida. La querella tomó más cuerpo, y ya habían echado ambos capitanes mano á las espadas, cuando el tesorero Rivera y el piloto Ruiz, mediando en el asunto, consiguieron apaciguarlos, y que se pusiera en ejecución el plan propuesto por Almagro.

Sólo quedaba la elección de sitio conveniente, y eligióse la pequeña isla del Gallo. Cuando llegó á divulgarse semejante acuerdo, causó malísima impresión en los soldados; murmuróse abiertamente, sobre todo por los designados para quedarse en ella con Pizarro.

Se escribió á Panamá pintando la conquista con los más negros colores, y quejándose de la dureza de los capitanes en quererlos sacrificar á una empresa, no sólo arriesgada sino temeraria. Pero Almagro se apoderó con maña de toda la correspondencia; sin embargo, no pudo impedir que llegara á Panamá la carta que un tal Saravia, soldado de Trujillo, había escrito y en ella envuelto, según dicen, un gran ovillo de algodón. La cuarteta con que terminaba se hizo popular en la conquista; decía así:

«Pues, señor Gobernador,
Mírelo bien por entero;
Que allá va el recogedor,
Y acá queda el carnicero.»

El recogedor era Almagro, y Pizarro el carnicero. A poco de la salida de Almagro, la agitación y el descontento se declaraba en la pequeña hueste de Pizarro: el mal podía tomar mayor incremento, y era necesario extirparlo. Pizarro, hombre de más obras que palabras, embarcó en la nave que le quedaba á los descontentos, y los envió á Panamá.

Desaliento en Panamá.—Heroica resolución de Pizarro y sus trece compañeros.

Cuando la carta de Saravia llegó á su destino, el desaliento en Panamá llegó á su colmo. Un tal Lobato, soldado de Pizarro traído por Almagro, fué el comisionado por los retenidos en la isla del Gallo para que expusiera la triste situación en que quedaban. En vano Almagro y el P. Luque representaban al gobernador, D. Pedro de los Ríos, la necesidad de llevar adelante la empresa comenzada: esta había llegado á tal grado de desprestigio con el arribo de los remitidos por Pizarro, que en Panamá eran tildados los tres socios con los nombres de *obstinado sin entrañas* dado á Pizarro, el de

embaucador á Almagro, y el de *padre loco* al prudente Luque.

El nuevo gobernador, abrumado por las quejas de los expedicionarios, despachó á Tafur, caballero cordobés, para que recogiera la gente de Pizarro y la trajese á Panamá. No es fácil pintar el regocijo que causó en los cansados soldados del infatigable Pizarro la llegada de Tafur; desnudos, hambrientos, asaeteados por los mosquitos, más parecían los españoles esqueletos ambulantes que conquistadores atrevidos. Pero Almagro y Luque hicieron llegar á manos de Pizarro un papel donde le decían que á todo trance prosiguiera en lo comenzado.

Armado con esto el indomable capitán, y luchando con Tafur, que pugnaba por embarcarlos á todos, desnudó la daga, trazó con ella en el suelo una raya de Este á Oeste, y señalando al Mediodía, dijo: «Camaradas y amigos: por aquí se va á recoger el fruto de nuestros trabajos; por allí á Panamá á vivir en pobreza y olvido. Si oprimidos de la necesidad hemos padecido cuanto sabéis, testigos sois que siempre fuí el más falto de todo; y si ha precisado desenvainar la espada, siempre me hallásteis el primero en el ataque y el último en

la retirada. Como hasta aquí seguiré, si no me abandonáis en empresa tan gloriosa cual es la comenzada. Sígame el que sea buen castellano.» Y pasó intrépido la raya.

Tras él pasaron Bartolomé Ruiz (piloto), Cristóbal de Peralta, Pedro de Gandía (griego), Domingo de Soraluce, Nicolás de Rivera, Francisco de Cuéllar, Alonso de Molina, Pedro Alcón, García de Jerez, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz y Juan de la Torre.

«Éstos fueron los trece de la fama; éstos los que, cercados de los mayores trabajos que el mundo pudo ofrecer á hombres, y los que estando más para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo pospusieron á la honra, y siguieron á su capitán y caudillo, para ejemplo de lealtad en lo futuro.» (Montesinos.)

Pidió este puñado de verdaderos castellanos á Tafur que les dejara un buque; mas teniendo este oficial por insubordinación á las órdenes del Gobernador lo ejecutado por Pizarro y sus compañeros, sólo permitió con gran dificultad que se les diesen unos pocos víveres. Con Tafur y los que con él quisieron regresar se vino el piloto Ruiz, mandado exprofeso por Pizarro y los suyos, para que en unión del P. Luque y Almagro,

activara las gestiones de llevar adelante lo emprendido. Esta comisión pone de relieve la sagacidad de Pizarro.

Pasáronse los españoles desde la isla del Gallo, donde fácilmente podían ser atacados, á la que llamaron la Gorgona, que estaba unas veinticinco leguas más al Norte. Hicieron esta travesía en una mala balsa, que ellos mismos construyeron. En esta isla permanecieron siete meses; para las continuas lluvias hicieron unas pobres chozas, pero no hallaron remedio contra la multitud de insectos que les destrozaban las carnes.

Pizarro, profundamente arraigado, como todos los hombres de su tiempo, en los principios religiosos, cuidó que el espíritu tuviera su alimento, una vez que el ocio de las armas y la soledad invitaban á ello. Mañana y tarde se reunían para rezar en común; santificaban las fiestas y guardaban muy escrupulosamente los ayunos y abstinencias de la Iglesia. El alimento que la isla proporcionaba les sustentaba bien la vida; había abundancia de aguas claras y no escasez de volatería; el conejo del país y algún pescado que el mar dejaba entre las peñas, eran su comida ordinaria.

Mientras los castellanos de Pizarro construían su balsa y establecían sus malas cho-

zas en la Gorgona, Tafur había llegado á Panamá, y enterado muy al por menor á D. Pedro de los Ríos de la resolución de Pizarro y sus trece compañeros. Airóse el Gobernador de esto, y resuelto estuvo á dejar perecer á aquellos hombres obstinados; la mediación del Padre Luque y los ruegos de Almagro, y quizá más aún la orden que de la Corona tenía para proteger la empresa de Pizarro, le hicieron cejar de su propósito.

Permitió, pues, que un buque, sin más gente que la precisa para su manejo, marchase en busca de Pizarro, al cual debía comunicar de su orden que en el término de seis meses se presentara en Panamá, cualesquiera que fuesen los resultados que obtuviera. Marchó Ruiz en busca de Pizarro, no sin haber experimentado antes de su partida algunas dificultades.

Salida de la Gorgona.—Aspecto del país.

La extraordinaria alegría de los solitarios de la Gorgona al divisar la blanca vela que los buscaba, más es para sentirse que para describirse. Durante siete meses habían recorrido muchas veces con la vista el extenso círculo de su horizonte, y nada había

roto su delicado contorno. Pizarro, si bien contrariado porque tan tenazmente se le negaban los medios de emprender resueltamente la conquista, sintió espaciarse su ánimo, pues al fin tocaba ya á su solución completa el problema del grande y dilatado imperio. Dejó en la isla á Paz y á Trujillo, enfermos de gravedad, y con ellos el bagaje y los indios tumbecinos, que ya entendían algo del habla de Castilla.

Los vientos del Sur y las corrientes no dejaban adelantar tanto cuanto quería el incansable Pizarro; esta lentitud les proporcionaba á su vez mayores y mejores noticias del país. Las montañas iban en descenso hacia la costa; ésta, si bien dejaba ver estériles y dilatados arenales, también se la veía cortada por fértiles cañadas de no escasa vegetación y lozanía: el cultivo esmerado y las frecuentes chozas que desde á bordo se divisaban eran manifiestos indicios de la población del país.

Al cabo de veinte días de navegación y observaciones, la navecilla expedicionaria entró en el manso golfo de Guayaquil. Al abrigo de sus inmensos manglares contemplaban los españoles los formidables Andes que á pocas leguas se elevaban cubiertos de nieves perpetuas, majestuosos é impo-

nentes, como vedando á los atrevidos descubridores el buscar lo que detrás de ellos se ocultaba (1).

Pizarro veía con placer extraordinario acercarse el feliz término de sus penosos trabajos. La isla de Santa Clara (el Muerto) suministró á los españoles nuevas pruebas de la cultura y adelanto del país descubierto. A esta isla iban los indios para hacer grandes sacrificios á un ídolo de piedra de rostro humano y cabeza puntiaguda. Como ofrendas á él hallaron los españoles varias cabezas, manos, etc., de oro y plata, un cántaro grande de este metal y algunas mantas de lana bien tejidas y de color amarillo.

Al día siguiente se divisaron cinco balsas montadas por guerreros tumbecinos, que se dirigían á Puná para pelear con estos isleños, sus enconados é implacables enemigos. Pizarro se apoderó de las balsas; trató con mucha dulzura á los que las conducían, y los disuadió de sus intenciones hostiles. Los indios miraron la nave espa-

---

(1) El P. Velasco, de la Compañía de Jesús, criollo quiteño, habla en su Historia de Quito de un imperio Sciri, que es necesario borrar de la historia americana.

ñola, y sobre todo á los que iban en ella, con un estupor indecible; pero subió de punto su admiración cuando vieron algunos paisanos suyos mezclados con los españoles: dijeron aquéllos de éstos cosas estupendas, y se les explicó cómo los habían tomado (1).

El próximo puerto de Túmbez esperaba al buque español, que resbalando suavemente por las tranquilas aguas del golfo, llevaba en sí el germen de una fusión de razas, merced á la cual la conquistada saldría de la abyección en que la idolatría sumerge á los pueblos.

Había sonado la hora en que el mando de los incas y su acción política debía fenecer, para dar paso á un movimiento intelectual y material como ninguna nación del mundo, hasta el presente, ha recibido en tan breve tiempo.

---

(1) Me inclinaría á creer que algunos de los indios tomados por Ruiz se quedaron en la isla del Gallo con Pizarro y sus compañeros.

Llegada á Túmbez.—Regreso á Panamá, etc.

Como delicioso oasis en medio del desierto apareció á los españoles el pueblo de Túmbez. Rodeado de cálidos arenales, el verdor que ostentaban sus plantíos producía cierta ilusión óptica al proyectarse sobre la blanca arena. Mil y mil canalizos distribuían el agua á las huertas del pueblo, que por su extensión parecía ser de alguna importancia. Los tumbecinos se habían agolpado á la playa, y no cesaban de admirar la nave española.

No bien fueron á tierra los indios que tenía Pizarro, se apresuraron á tranquilizar á los demás, asegurándoles que aquellos hombres eran seres superiores, y que venían sin ánimo hostil. Dióse al punto noticia de este arribo al gobernador del distrito (curaca), quien, noticioso de que aquellos advenedizos habían pedido comestibles, se apresuró á mandarles en abundancia variedad de ellos.

Fortuitamente se hallaba entonces en el pueblo un noble indio, que, llevado de la novedad y del afectuoso proceder de los

recién llegados, quiso visitar por sí mismo la embarcación española. Tratóle Pizarro con la consideración debida á su clase, y á instancias de su huésped explicó el capitán español el fin de su viaje, que se reducía á sacarlos de la idolatría en que estaban, y á darles por soberano aquel de quien los españoles se decían vasallos.

El noble indio, bien porque no entendiera la relación de Pizarro hecha por intérprete, bien porque no juzgara oportuno refutar las teorías del conquistador, se encerró en ese estoico silencio tan connatural al indio, y tan prudente entonces. Comió con los españoles, celebró sus manjares, y con especialidad el vino, al que dió la preferencia sobre todos los licores de su país.

Antes de marcharse, le obsequió Pizarro con un hacha de hierro, siendo este el objeto que más admiración le produjo, por ser metal desconocido en su uso á la raza indígena.

Al día siguiente fué á tierra Alonso de Molina, llavando un regalo de cerdos y gallinas para el curaca; éste satisfizo á la urbanidad debida, remitiendo á Pizarro frutas en abundancia. Los indios no se cansaban de ver el color blanco de Molina, su creci-

da barba y sus vestidos. Convidáronle á que se quedara entre ellos, sobre todo las mujeres, á las que había cautivado con su apostura y afabilidad. Cuando Molina se halló de nuevo entre sus compañeros, no quisieron éstos prestar fe á las descripciones que hizo de la tierra; habló de la majestad de los edificios, de los crecidos rebaños de llamas, de las riquezas que tenían, del carácter bondadoso de los habitantes, de la sincera y franca hospitalidad con que todos serían recibidos. Es cierto que en lo que vió, aumentó notablemente y que como él lo hizo también Pedro de Candía, enviado de Pizarro á la ciudad para que rectificase ó confirmase lo dicho por Molina.

Si el pasmo de los indios fué grande al ver á éste, subió de punto á la presencia de Candía. Bajó á tierra el apuesto griego armado de resplandeciente malla, espada al cinto y arcabuz al hombro. Como ya los indios tenían alguna noticia de este arma, pidieron á Candía que la «hiciese hablar». Colocó, pues, un tablón á distancia, y disparando sobre él, lo pasó de parte á parte. El estampido y la llamarada de la pólvora causaron gran terror á los indígenas. El curaca echaba *chicha* (bebida hecha de maíz fermentado) por la boca del arca-

buz, diciendo: «Bebe, bebe; pues haces tanto ruído como el illapa (rayo)».

Satisfecho Pizarro y los demás españoles de haber topado con el deseado imperio, se despidieron de los tumbecinos para continuar sus descubrimientos hacia el Sur. Tocaron en Paita y Sechura, donde ya les había precedido la fama de su humanidad; cambiaron los productos de la tierra por algunas bujerías de Castilla, mas se abstuvieron de tomar oro ni plata, por orden expresa de Pizarro.

Estando ya reconocida la costa hasta Santa, y teniendo una idea aproximada de la riqueza y cultura del país, manifestáronse poco dispuestos los aventureros á continuar las exploraciones. Instaron por el regreso á Panamá. Se hizo, pues, proa al Norte; Pizarro tocó en los valles de Lambayeque y Chiclayo, donde fueron muy obsequiados los españoles.

Al acabarse uno de los festines, tomó el caudillo en sus manos la bandera de España, y habiendo hecho á los indígenas un breve discurso acerca de lo satisfecho que estaba de la hospitalidad que le habían dado, les dijo que él volvería con otros que les enseñaran el conocimiento del verdadero Dios, que se reconocieran súbditos del

poderoso monarca de Castilla, y que en señal de ello levantasen tres veces la bandera. Hiciéronlo los indios, sin saber lo que aquello significaba. Pizarro, con este acto, probablemente pretendió sólo asegurar sus derechos á la conquista contra las pretensiones de otros aventureros.

Visitó más puntos de la costa, y repitió en Cabo Blanco la ceremonia de la bandera. Molina se quedó en Túmbez, á gusto suyo, con un marinero llamado Ginés. En la Gorgona recogió á Trujillo (1) solo, pues Paz ya había muerto, y llegó en breves días á Panamá, casi á los dos años de su salida de Chicama, y á los tres de haber dejado la residencia de los gobernadores de Castilla del Oro. Acompañábanle dos muchachos indios para que con el tiempo le sirvieran de intérpretes.

La llegada de Pizarro con las nuevas de su descubrimiento alborozó á los mismos que pocos meses antes lo llenaban de dicterios. El P. Luque y Diego de Almagro par-

(1) Diego Alonso Trujillo debió quedarse en la Gorgona para cuidar de Paz y los bagajes; y porque no figura su nombre entre los agraciados en la capitulación de Pizarro, es de creer que se embarcara en Panamá cuando salió Ruiz para recoger á Pizarro y sus compañeros de isla.

ticipaban, como era justo, de esta aureola de gloria, ya que tanta parte les había tocado en la ignominia. En vista de resultados tan propicios, se impetró del Gobernador de Panamá un nuevo socorro para la definitiva conquista del Perú.

La contestación de este funcionario público, tal cual la historia la ha transmitido, fué esta: «No entiendo yo de despoblar mi gobernación para que se vayan á poblar nuevas tierras, muriendo en la demanda más gente que la que ya ha muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que han traído». Esta respuesta cerraba la puerta á toda esperanza en Panamá. Acudir á Nicaragua era exponerse á renovar los anteriores disgustos con Pedrarias que la gobernaba y herir la susceptibilidad del Gobernador de Castilla del Oro.

Optó Luque por que se acudiera directamente á la Corona, ya para obviar estos inconvenientes, ya para proveerse de recursos, pues los que se habían podido encontrar estaban totalmente consumidos con los aprestos hechos hasta la última salida de Bartolomé Ruiz.

Sólo se trataba de hallar una persona capaz de desempeñar este cometido, y de

hacer valer en la corte las pretensiones de los tres socios. Luque no podía faltar de Panamá, con arreglo á los sagrados cánones. Almagro, si bien no carecía de aquella elocuencia que se inspira en la nobleza y rectitud de sentimientos, carecía del exterior agradable y finura de modales que facilita en las cortes el benévolo despacho de lo pedido. Almagro era de estatura pequeña, tosco y feo de rostro, y estaba aún más desfigurado con la pérdida de un ojo. Pizarro, por el contrario, era de figura agradable é imponente, discreto y prudente á toda prueba; hablaba con facilidad y aun con elocuencia; sólo pudiera temerse de él que no llevara con paciencia las dilaciones y antesalas.

Estaba para partir el licenciado Corral, y Luque fué de opinión que éste se encargara de presentar al Rey las peticiones. Pero ni á Almagro ni á Pizarro plugo esta elección, y fué necesario allanarse á la noble reflexión de Almagro, puesto que «nadie sino el héroe del descubrimiento sabría exponer mejor la importancia de la conquista y buscarse empeños eficaces para ella.»

Se concertó, pues, el viaje de Pizarro á España, aunque con repugnancia de Luque, que, conocedor del corazón humano, dijo

proféticamente: «Plegue á Dios, hijos, que no os hurtéis la bendición de Dios el uno al otro, como Jacob á Esaú; yo todavía holgaría que á lo menos fuérais entrambos.»

Facilitaron los socios á Pizarro mil quinientos pesos para el viaje. Las peticiones que debía hacer al Rey eran: el obispado de Túmbez para Luque; para Almagro el título de Adelantado, y el de Gobernador del Perú para Pizarro. Para Bartolomé Ruiz debía conseguir el empleo de Alguacil mayor, y para los valientes y leales de la Gorgona honores y mercedes. Pizarro ofreció hacerlo así, y tomando por compañeros á Pedro de Candía y algunos indígenas, emprendió el camino para la metrópoli, llevando producciones del país, como llamas, telas y adornos de oro y plata.

NEGOCIACIONES EN ESPAÑA

La travesía del istmo y la del mar fueron felices. Cuando Pizarro coordinaba el plan que debía sacarlo airoso de todas las dificultades, se le presentó al improviso una que no podía sospechar.

No bien puso el pié en Sevilla (1528), fué echado en la cárcel por demanda del bachiller Enciso. Vimos el papel que éste desempeñó en la colonización de Tierra-Firme. Pizarro y otros colonos del Darién le eran deudores de algunas cantidades; aprovechó la ocasión el bachiller, y de aquí la prisión del descubridor del Perú.

Cuando se supo en la corte quién estaba detenido en la cárcel de Sevilla, se dió orden para dejarlo en libertad, y de que se

pusiera en camino sin demora para Toledo, donde á la sazón estaba el Rey.

Pizarro, lejos de sentirse cortado ante auditorio tan nuevo para él, «conservó su acostumbrada calma y sangre fría, y manifestó en sus tratos aquel decoro y aún dignidad que son naturales al castellano.» (Prescott.)

La patética descripción de sus trabajos sin cuento, tenía suspensa á la corte toda; mas cuando llegó á describir la heróica resolución de los trece en la isla del Gallo, cuando los pintó abandonados á una roca solitaria, arrancó lágrimas á todos los circunstantes. Carlos V, que hasta el presente había recibido utilidades demasiado cortas de sus posesiones transatlánticas para concederles toda la atención que merecían (Prescott), encargó este asunto al Consejo de Indias, recomendándolo con especialidad. Este sesudo tribunal no iba ni podía ir tan de prisa en sus providencias como Pizarro deseara.

El 26 de Julio de 1529, por influjo de la Reina, se estipuló la *capitulación*, bajo las bases siguientes: Pizarro podía conquistar y poblar en el Perú desde el río Santiago hasta el pueblo de Chincha, extensión que se fijó á ojo en doscientas leguas.

Mas antes de dar á conocer al por menor la capitulación dicha, observaré que me ha sido imposible averiguar cómo se tuvo en España noticia del pueblo de Chincha, toda vez que Pizarro no pasó de Lambayeque, ni es factible que el piloto Ruiz en alguno de sus reconocimientos bajara hasta dicho punto.

Al número 20 de la información hecha en Panamá á pedimento del capitán Diego de Almagro, por mandado de Juan de Panes, alcalde ordinario, en 13 de Abril de 1531, se lee: «Y Pizarro continuó descubriendo cien leguas más allá de Túmbez». Y en la relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del códice número cxx de la biblioteca imperial de Viena, se refiere del piloto Ruiz, cuando tomó la balsa tumbecina: «siguieron la costa y de allí discurriendo vieron que iba tierra muy llana, y de muchas poblaciones en que allegaron al paraje de unas grandes sierras y costa brava, y halláronse que estaban de aquella parte de la linea equinocial *tres grados y medio perdido el Norte* (es decir, tres grados y medio de latitud meridional ó Sur). De allí, porque se les acababa el término, dieron vuelta».

Convencíme, pues, por estos dos testi-

monios, que ni Ruiz ni Pizarro se acercaron á Lima de cien leguas, y mucho menos á Chincha, que está apartado de Lima treinta leguas al Sur. Y es lo curioso, que en el mismo día que se firmaron las capitulaciones con Pizarro, se firmaron otras con el portugués Simón de Alcazoba, concediéndole pacificar y conquistar desde Chincha doscientas leguas hacia el estrecho. Más curioso es aún, que, desde el río de Santiago ó Guayaquil hasta el pueblo de Chincha, sean con corta diferencia doscientas las leguas que hay.

Y aunque la fama de Chincha era grande en las costas visitadas por Ruiz y Pizarro, y así pudieron tener de él y sus dominios alguna noción más ó menos exacta, con todo, tanta precisión en la distancia hace que se avive el interés por explicar satisfactoriamente este problema.

Sigamos.

Debía salir de España á los seis meses de firmada la capitulación, y de Panamá otros seis después de su llegada al istmo. La fuerza para emprender la conquista no debía bajar de doscientos cincuenta hombres; de ellos, ciento cincuenta saldrían de España, y el resto de las colonias. Se le asignaron los oficiales reales y eclesiásticos

necesarios, sin cuyo parecer no podría emprender más descubrimientos y conquistas. Para los pertrechos de guerra, se le hizo donación de trescientos mil maravedises, y para su acarreo por el istmo se le libraron doscientos mil ducados, pagaderos en Castilla del Oro. Debíansele dar, además, en la Jamaica veinticinco yeguas de vientre y veinticinco caballos. Permitiósele levantar cuatro fortalezas para asegurar la conquista. Y aunque en lo relativo á la población quedaron en pie las leyes generales de Indias, se tomaron algunas determinaciones particulares; v. g., que no fueran al Perú extranjeros, ni gente de fe dudosa, ni letrados (1), ni procuradores. Que no se cobraran alcabalas ni tributos por diez años, ni almojari-

(1) El capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, célebre historiador del descubrimiento y conquista de América, y testigo ocular de ella, atribuye repetidas veces á los letrados (abogados) cuantas calamidades sobrevinieron á la conquista de Tierra-Firme y el Perú. «E non sin causa mandó el Rey Católico, de gloriosa memoria, que non passasen letrados á Tierra-Firme, porque la verdad es que ellos han sido causa de cuanto mal en ella hay.» (Colección de Torres de M., tomo I. Carta á SS. MM., 1537.) La misma idea repite acerca del Perú, tratando de las desazones entre Pizarro y Almagro.

Y, pues es ocasión, pondré la carta de Balboa á

fazgo por seis de lo que llevaran para proveer sus casas los primeros pobladores: del metal que se extrajera de las minas se pagaría el décimo por los seis primeros años; el noveno al séptimo, y así hasta llegar al quinto de lo sacado. Nadie podía ser preso por deudas.

Para la conversión de los indios no se escaseó nada. Fr. Reginaldo Pedraza, y otros seis religiosos de Santo Domingo, recibieron cuanto fué necesario para ornamentos, vasos sagrados, etc. Llevaban, además, el encargo de no separarse de los conquistadores, y de suavizar con su influjo y autoridad las demasías ineludibles á toda conquista. Podían ser introducidos al Perú cincuenta esclavos de color, libres de derechos, si la tercera parte eran mujeres.

Carlos V, fechada en Santa María la Antigua, 20 de Enero de 1513. «Muy poderoso Señor: una merced quiero suplicar á vuestra Alteza me haga, porque cumple mucho á su servicio, y es que vuestra Alteza mande que ningún bachiller en leyes, ni otro ninguno, si no fuere de medicina, pase á estas partes de la Tierra-Firme so una grande pena que vuestra Alteza para ello mande proveer, porque ningún bachiller acá pasa que no sea diablo, y tiene vida de diablos, é no solamente ellos son malos, más aún facen é tienen forma por donde haya mil pleitos é maldades.»

Previnose á Pizarro la formación de ayuntamientos, á manera de los de España, con Alcalde mayor, médico y boticario; que fundara hospitales, librando cien mil maravedises al primero de ellos, y asignando á los demás algunas entradas fijas. Para facilitar la comunicación marítima entre el Perú y Panamá se ordenó que residieran en este punto un carpintero y un calafate, con la asignación de treinta mil maravedises.

Las personas que habían tomado parte activa en el descubrimiento, fueron agraciadas de este modo: los trece de la Gorgona, declarados hidalgos de solar conocido, y á los que lo eran, se les hizo caballeros de la espuela dorada.

Bartolomé Ruiz recibió el título de Piloto mayor del mar del Sur, con setenta y cinco mil maravedises de sueldo; y si un hijo suyo tenía capacidad para desempeñar el oficio de Escribano de número y el de miembro del consejo de Túmbez, se le dieran estos cargos.

A Pedro de Gandía, por los buenos servicios que había prestado, se le dió, aunque extranjero, el despacho de capitán de artillería.

Almagro quedó nombrado teniente de la fortaleza de Túmbez, con cien mil mara-

vedises de salario, doscientos mil para ayuda de costa, y quinientos ducados mientras no se le asignaran vasallos; se le declaró hidalgo, y se le ofreció el gobierno del Perú, caso de faltar Pizarro. Para los efectos civiles, se le reputó como legítimo un hijo que había tenido en Ana Martínez, criada suya, india.

Al P. Luque se le nombró protector universal de los indios del Perú, con mil ducados anuales, pagaderos de las rentas reales hasta que los sacara de los diezmos de la iglesia de Túmbez, cuya erección en obispado se solicitaría de la Sede Apostólica; juntamente se le propuso para dicha mitra.

Pizarro obtuvo el nombramiento de Capitán general del Perú de por vida, con el salario anual de ciento veinticinco mil maravedises, el título de Adelantado, y el oficio de Alguacil mayor; también, mientras viviese, se le confería la tenencia de las fortalezas que construyera, para sí y sus herederos, con setenta y cinco mil maravedises por cada una al año, y mil ducados, también anuales, para ayuda de costa por toda su vida; la veintena parte en los fechos del Perú, con tal que no excediera de mil quinientos ducados al año, pues en tal caso serían para él sólo mil, y quinientos para

Almagro. Se le condecoró con el hábito de Santiago, y se le hicieron otras mercedes en Panamá. También se le facultó para dar solares y tierras á los pobladores y vecinos, y se le ofreció darle poder más adelante para encomendar los indios. Por último, se le dió derecho para usar las armas paternas, realzadas con los símbolos de la conquista y la divisa del emperador. Con este blasón real hacía justicia el rey de España al que le regalaba un reino. Carlos V daba su águila real al espúreo que guardó puercos en Trujillo. Sin duda el capitán español estimó más esto que todas las otras mercedes juntas. El lema del escudo era este: «Caroli Caesaris auspicio, labore, ingenio et impensa ducis Pizarro, inventa et pacata.»

Una duda muy grave deja no poco obscurecida la memoria de Pizarro. Según lo pactado en Panamá, debió alcanzar para Almagro el título de Adelantado; Pizarro regresó sin él. ¿Hubo deslealtad en no pedirlo, y en dejar la figura de Almagro en segundo término, ó, como dice el cronista Pedro Pizarro, se negó el Consejo de Indias á otorgar el título de Adelantado á Almagro, temeroso que, dividiendo el mando, se suscitaran las dificultades de que se tenía harta experiencia?

El tiempo acaso zanjará la duda; pero de seguro que si Pizarro hubiera querido honrar más á su socio, pudiera haberle conseguido sin dificultad otro escudo de armas análogo al suyo, una vez que á Almagro le tocaba tan de cerca aquello de *labore, ingenio et impensa,* distinción que Almagro, á no dudarlo, hubiera tenido en mucho.

Pizarro salió de Toledo para Trujillo, ya porque le pareció que hallaría allí voluntarios que le siguieran, ya para satisfacer el natural deseo de ver los sitios queridos donde se pasó la infancia, ya para gozar algunos días de descanso y solaz entre sus hermanos, ya, en fin, para saborear más á gusto las merecidas alabanzas y honores de aquellos que le vieron desvalido y huérfano.

Entre la gente que sacó de Trujillo fueron cuatro hermanos suyos. Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro, hermanos del conquistador por parte de padre; Martín de Alcántara, por la de madre, Hernando, que era el único legítimo entre todos estos Pizarros. Todos eran pobres y valientes.

Por deslumbradoras que fuesen las descripciones que Francisco Pizarro hacía del Perú, no conmovieron los ánimos hasta el punto de mover las voluntades á la empre-

sa. Las guerras de Italia absorbían la atención de los españoles; sus ejércitos recogían allí y en Alemania abundante cosecha de laureles, y las probabilidades de medro más estaban en el viejo mundo que en el nuevo. Parece que Pizarro hallaba más dificultades en reunir su corta hueste de las que se había imaginado.

Hernán Cortés, su amigo y deudo, le auxilió generosamente en este apuro; gracias á él, casi alistó el número de soldados que, según lo pactado con la Corona, debía sacar de España. Pizarro tenía á su disposición en Sevilla tres buques; embarcó en uno de ellos algunos soldados, y salió clandestinamente para la Gomera el 19 de Enero de 1530, dejando orden á Hernando de que en este punto se le reuniera con el resto de la expedición.

La precipitada salida de Pizarro obedeció al temor de la comisión investigadora, á la que se aseguró que el resto de la tropa que faltaba para llenar el número designado, se había dado ya á la vela en la zabra que llevaba á D. Francisco Pizarro. Este no pudo juntar los ciento cincuenta soldados de que hace mención la capitulación con la Corona. Reunidos en la Gomera, hicieron rumbo á Santa Marta.

Mientras las brisas hinchen las velas de las tres embarcaciones que tranquilas surcan el Océano que abrió la constancia y genio de Colón, se hace indispensable dar una idea breve, y en lo posible exacta, del gran imperio de los incas, en cuanto á su origen, extensión, riquezas, costumbres é industria.

PERÚ PRIMITIVO

La civilización que los conquistadores hallaron en el Perú, no se remonta á más de trescientos años, ni baja de doscientos, según los datos más ciertos. Es innegable que, antes de la esclarecida raza de los incas, hubo generaciones más adelantadas, como lo prueban las ruinas de Tiahuanaco y otras fuentes de la Historia del Perú [Ap. I] (1). De dónde vi-

(1) Los conquistadores, y en especial los misioneros, hallaron multitud de jeroglíficos que actualmente se conservan. Hay tradiciones de los naturales referentes á construcciones de edificios grandes y cuadrados, levantados por gentes blancas y barbadas. (Véase el Padre Acosta en su *Hist. Nat. y Mor. de las Indias*, donde da muchos pormenores de construcciones, figuras esculpidas de animales, hombres y sobre todo serpientes, que tanto figuran

nieron estas razas ó sus primeros ascendientes, misterio es que al antropólogo y anticuario deja inmenso campo de investigaciones, dudas y conjeturas más ó menos fundadas.

Apoyados unos en la perfecta semejanza que hay entre las balsas que se usaron en el lago Titicaca, y las que se encuentran dibujadas en el sepulcro de Ramsés, dan á las tribus que habitaban las islas del lago y las regiones adyacentes, un origen egipcio. La manera de conservar los cadáveres, y la forma de los cráneos de las tribus Aimaraes del dicho lago, son parecidas en un todo á la de los Guanchos, antiguos pobladores de Canarias, de origen fenicio. Estas coincidencias hacen sospechar si los intrépidos navegantes de Tiro poblarían anteriormente estos países.

Ni falta alguna fundada conjetura para creer que los chinos deban contarse también entre los pobladores de la América meridional, ya por los puntos de contacto que ofrecen los caracteres de ambos, ya por

---

en las teogonías de Oriente). Nada se conoce por los anticuarios semejante á las ruinas de Tiahuanaco; estos hermosos restos permanecen hasta ahora mudos para la etnografía.

la analogía de voces que parece se encuentra entre el idioma común del Celeste Imperio y algunas tribus que aún se conservan bastante puras en el territorio peruano. Estas razas pobladoras caben todas en la América meridional, aunque en distintas épocas; el lento é indefectible trabajo de los siglos las unificó en algún modo, dejando, no obstante, tras sí el luminoso rastro de la diversidad de origen en los respectivos idiomas, de poca ó ninguna común analogía, en la variedad de las costumbres, en los grados de cultura é industria, y especialmente en la constitución física de las diversas tribus.

Hasta unos ciento treinta y cinco años antes de la conquista, no se halla cosa sólida en que estribar para la historia del Perú; lo que de ella se dice antes de la instalación de los incas, llegó á ellos, ó por tradición oral, no siempre fidedigna, ó por medios complicados é imperfectos, que merecen escaso testimonio.

Lo que menos se ignora es que, entre las diversas tribus que se repartían la tierra, era la más numerosa la de los *Collas*, que poblaban la planicie del Titicaca y los inmediatos valles hasta el Cuzco y Bolivia. Las fuentes, ríos, cerros y lagunas, eran las

principales deidades; su idioma el aimará. Entre sus tradiciones es notable la de ciertos hombres blancos y barbados que, en una de las islas del Titicaca (la mayor de ellas) habían sido exterminados por los indígenas.

Desde el nudo del Cuzco hasta el río Pachachaca se extendían, á uno y otro lado de las vertientes de la sierra, diferentes naciones, ya gobernadas por curacas, ya sin determinados jefes.

La tribu de los cuzqueños, que daba culto á Huiracocha en su antiquísimo templo, y la de los cahuinas, tenían la creencia que sus almas habían salido de un gran lago, al que volvían después de su muerte para animar de nuevo á otros cuerpos. Estos indios acostumbraban á horadarse las orejas y colgarse de ellas grandes pendientes.

La tribu de los quechuas, la más numerosa de los cuzqueños, poseyó la lengua de su nombre, rica y perfecta, y la más generalizada entre las tribus del Norte, que después sujetaron los incas.

Aspecto feroz y guerrero presentaban las tribus comprendidas desde el Pachachaca al Jauja, y desde la cordillera oriental á las cabeceras de Ica, ocupando al

Este los fértiles valles de Andahuailas, Ayacucho, Huanta y Acobamba. Sus pueblos más parecían fortificaciones que grupos de casas indefensas. Creíanse nacidos en el lago inmediato de Castro-Virreina; se establecieron en Huamanga con el nombre de *Pocras*, y en Andahuailas con el de *Chancas*. Los principales caudillos *chancas* se tenían por descendientes de un león, y se adornaban en sus fiestas con la piel de este animal.

De Huanta al nudo de Pasco vivían los huantas, ocupando las regiones de Jauja, Tarma y la mesa de Junín; no obedecían á cabeza alguna, y vivían como los chancas en casas cilíndricas. Los huantas se distinguían por el culto que daban á los cadáveres de sus antepasados; acostumbraban tenerlos en sus casas envueltos en pieles, y les dejaban descubiertas las facciones. Adoraban al Criador bajo el nombre de Ticihuiracocha.

Los indios de Cajamarca se habían agrupado bajo el gobierno de curacas independientes; no serían dados á la guerra, toda vez que así vivían. Lo más particular de estos indios era los sepulcros: bien los construyeran en las laderas de los montes, bien hacinaran grandes peñascos para socavar-

los, bien se hallaran abiertos en las paredes casi perpediculares de profundísimas quebradas, presentaban una simetría particular.

Los Chachapoyanos, blancos y robustos, adoraban al condor y la culebra; se distinguían por las grandes obras de fortificación con que en las gargantas y desfiladeros de los montes cerraban el paso á sus vecinos.

La dilatada costa del Perú revela igualmente la variedad de origen de sus pobladores. Los idiomas cauquí y puquina, que en ellos aún se usan; las diversas tradiciones que se han recogido, y las ruinas esparcidas por las playas y cabeceras de la sierra, así lo evidencian.

Los chunchos, que dominaban la parte media, contaban que en tiempos remotos habían llegado al valle de su nombre, acaudillados por un jefe muy religioso, y que, destruídos los débiles habitantes de la costa, llevaron sus armas hasta el corazón de la sierra.

Todas las tribus de la costa, y muchas del interior, veneraban en gran manera al ídolo Pachacamac, en el valle de Lurín, de soberbio templo, y al Rimac, cuyos oráculos eran de todos acatados.

Los pueblos de la costa eran éstos: los

chuquimancus, que dominaban los valles de Cañete; los cuismancu, desde Lurín á Pativilca; y el chimú, desde aquí al despoblado de Sechura; el Señor de Chincha, que, si bien de menos territorio, era mny respeta- por sus recursos. No se negaba á las mujeres su pequeña jurisdicción territorial, y se las conocía con el nombre de capullanas ó sarapullas.

La idea general que puede formarse entre tanta diversidad de creencias, costumbres, caracteres, etc., antes de la dominación incásica, es la siguiente:

1.° Se tenía idea confusa del Criador, que en la costa se adoraba con el nombre de *Pachacamac*, y en la sierra con el de Huiracocha ú otros compuestos de esta palabra. En oposición á este principio de bien, admitían otro malo, llamado *Supay* por muchas tribus. Fuera de los ídolos nacionales, los había particulares, ya para las poblaciones, como para los ganados, guerras, etc. La creencia de una vida futura, en dos lugares, uno superior para los buenos, y otro inferior para tormento de los malos, era general. Solían enterrarse con sus vestidos, víveres, riquezas, etc., y con algunas de sus mujeres, que gustosas se quitaban la vida para servirles en la otra.

2.° Antes de la dominación inca no escaseaban los sacrificios humanos, sobre todo en las tribus antropófagas, como las de los chunchos.

3.° La variedad de vestidos, y sobre todo el ornato de la cabeza, era grande. Unos traían el pelo cortado, otros lo dejaban crecer, haciéndose largas trenzas, bien á los lados, ó formando con él grandes moños, ó recogiéndolo en la coronilla. Cubríanse la cabeza con una especie de gorros de diversos tamaños, adornados con cuernos ó plumas; otros los liaban con cintas, ya anchas ya estrechas, imitando hondas ú otras cosas.

4.° La agricultura se mantenía en los lugares de la costa que carecían de riego y lluvias, con grandes excavaciones hechas hasta hallar terreno suficientemente húmedo para alimentar los árboles y plantas. Lo verdaderamente asombroso eran las campiñas artificiales, que, sobre todo en la parte del Norte no escaseaban.

Solían levantar fuertes paredones en las pendientes de las quebradas, y rellenar con tierra vegetal el hueco; así mantenían muchos sembradíos en lugares casi inaccesibles, sin que á punto fijo se sepa el por qué de ello. Quizá las frecuentes guerras lo mo-

tivaran, como medio de subsistencia entre las fragosidades de los montes.

Las artes mecánicas alcanzaron cierta perfección, sobre todo en la alfarería, platería y urdimbre, especialmente en el Chimú.

5.° Usaron de jeroglíficos para la comunicación de las ideas; pero cayeron en desuso en tiempo de los incas: quedan no pocas escrituras de esa clase, que quizá hablen con más elocuencia á las generaciones futuras que á nosotros.

PERÚ INCÁSICO

De la nación de los Collas, sin duda la más numerosa y culta de las que habitaban la región que hoy llamamos Perú, arranca la fundación, ensanche y prosperidad del antiguo imperio de los incas.

Una tradición constante hace á Manco-Capac y á su hermana y esposa Mama-Ocllo, fundadores de este vasto imperio. Dan á aquél singulares conocimientos en la agricultura y en el arte de gobernar, y á ésta gracia especial para los tejidos é hilados. Su elevación de carácter y los beneficios que parece dispensaron durante su vida á los habitantes del Cuzco, los hacían acreedores al respeto y estimación del pueblo.

No parece verosímil que intentaran hacerse reconocer por hijos del sol; lo que acaso fuera para ellos un sobrenombre glorioso (1), lo trasladaría la adulación á sus poderosos descendientes como verdadero origen de su raza.

El pequeño Estado fundado por Manco se extendía de Paucartambo al Apurimac, unas diez leguas, y del Cuzco á Quiquijama, cosa de seis. El número de pueblecitos comprendidos en esta demarcación se calculaba en más de ciento. En los once ó doce descendientes de Manco-Capac se encarnó la idea concebida por éste; todos, en general, siguieron la misma línea de conducta, logrando con ella reunir bajo sus cetros, con lazos más ó menos fuertes, casi todos los que habitaban desde Quito al Maule en los confines de Chile.

Las hoy repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia, parte de Chile y Buenos Aires, reconocían su autoridad. Los incas designaban á este conjunto de tribus y regiones tan heterogéneas con el nombre de Tihuantisuyo, es decir, los cuatro linajes juntos. A los que caían al Oriente llamaban Antisu-

(1) Llamáronle Capac (poderoso); intipchuri (hijo del sol), Huachacuchec (amante de los pobres), etc.

yos, Contisuyos á los del Occidente, Collasuyos y Chinchasuyos respectivamente á los del Norte y Mediodía.

La política de los incas fué absorbente en extremo; no permitía tribus independientes colindantes con sus dominios, ni entendimientos ni voluntades que discreparan un punto de la suya; y si su poder material se estrelló contra los indómitos Pumacaes de Chile y otras comarcas, su ambición no reconoció término. Consolidado este poder en las comarcas circunvecinas al Cuzco, fueron paulatinamente invadiendo las limítrofes, ya ofreciéndoles pacíficamente las ventajas de un gobierno que cuidadosamente ocurría á sus necesidades, ya echándoles millares de guerreros que, á sangre y fuego, talaban la comarca, hasta hacerles perder su independencia y atarlos de grado ó por fuerza al trono esplendoroso de los incas.

Tanteaban discretamente las probabilidades de éxito, y si en varias ocasiones les falló la prudencia humana, lo dilatado de sus dominios y la consistencia (si no muy grande) que dieron á su dilatado imperio, prueban ampliamente lo acertado de sus cálculos.

Eran clementes y aun deferentes para con los vencidos; su gobierno eminentemen-

te despótico, estaba templado por una paternal solicitud, por esa natural bondad y justicia que tiene todo aquel que, mirado como un dios, ve satisfechos hasta sus más insignificantes caprichos.

El pueblo era un puro autómata; perfectamente organizado, atendido en todo, carecía de vida propia; el inca era su corazón y su mente. La nación inca era un tablero de ajedrez, donde cada pieza, funcionando admirablemente, está sin movimiento propio, sometida á la mano que dirige la unidad de acción. Sólo así se explica cómo la espada de Pizarro desbaratara de un solo gólpe el harmonioso y anémico imperio de los hijos del Sol.

Constitución político-religiosa.

Religión del Imperio.—Siendo el Sol considerado como el fundador del imperio, su culto se prescribía rigurosamente donde llegaban las armas de los incas. La Luna como su esposa y hermana, Venus como su paje, y cuanto á juicio de ellos emanaba del Sol, como el rayo, el relámpago y el iris, recibían un culto particular. Las creencias anteriores á los incas no pudieron menos de quedar en parte absorbidas y en parte in-

tactas. Y así, cuanto hemos dicho relativamente á las de las generaciones primitivas, se hace en general extensivo á los hijos del Sol.

Templos.—El templo más antiguo dedicado al Sol se hallaba en una de las islas del Titicaca, de donde se decía que habían salido los fundadores del imperio; por esto se tenía á este templo singular veneración.

De la cosecha de maíz que se recogía en torno suyo, se enviaban mazorcas ó pedazos de ellas á los almacenes públicos ó personas privadas, como preciosos talismanes.

El más famoso de todos los templos era el del Cuzco, llamado *Coricancha* (lugar del oro), objeto de la prodigalidad y devoción de los incas. Era de piedra y de grande extensión, aunque de tosca arquitectura y techado de paja. El friso ó cornisa exterior estaba chapeado de oro. Tenía algunas como capillas laterales dedicadas á la luna, estrellas, rayos, etc., y á las deidades de los pueblos conquistados. En la pared del Occidente se hallaba esculpida en una plancha de oro la imagen del Sol [Ap. II], tal cual entre nosotros se personifica. Cuando trasponiendo el horizonte entraba por la gran puerta oriental del templo, reflejábase en su

imagen, y quebrantando sus límpidos rayos en la plancha de bruñido oro, comunicaba tal resplandor al santuario, que hacía prorrumpir en gritos á la muchedumbre [Ap. III]. Para la capilla de la Luna se empleabla la plata (1). Otros varios edificios dependientes del templo, aunque aislados, servían de habitaciones á las personas dedicadas á su servicio. Todos los utensilios del templo eran de oro y plata, aun los instrumentos dedicados á la labranza de los terrenos que le estaban anexos: ¡tanta es la propensión de la naturaleza humana á la majestad y magnificencia del culto! Los jardines estaban llenos de imitaciones, de oro y plata, tanto del reino animal como del vegetal [Ap. IV]. Fuera del templo del Sol había otros muchos inferiores en el mismo Cuzco. También en las provincias y ciudades principales los había consagrados al sol ú otras divinidades. Es célebre el de Pachacamac en el valle de Lurín, cerca de Lima, y también los de Vilcas, Huánuco, y algunos otros.

Personal del culto.—No solamente los hombres, sino las mujeres, tenían su parti-

(1) Muchos de estos objetos fueron enterrados ó arrojados á los ríos y lagunas para que no cayesen en poder de los conquistadores.

cipación directa en el culto. El sumo sacerdote (Villac-Umu) era generalmente tío ó hermano del inca; los demás se escogían entre la nobleza para el culto del sol, y eran los más considerados. Éstos, bien asistían al templo del Cuzco (Coricancha), ó, siendo de la familia imperial, iban de jefes del culto á los demás templos del sol que había en el imperio. El sacerdocio extraño al culto del astro del día gozaba de mucha menos consideración; con todo, el gran sacerdote de Huamachuco y otros pocos eran muy respetados. No formaban casta privilegiada, como en el pueblo hebreo; ni aun se distinguía su clase por vestido alguno. Esto no obstante, su influencia en el pueblo era de consideración, como consecuencia necesaria de su cargo. Se les consultaba con frecuencia acerca de lo porvenir, se les fiaba la dirección de las conciencias hasta cierto punto, y, en fin, eran mirados como mediadores entre el dios y los hombres.

Su número fué extraordinario; si hemos de dar crédito á los historiadores primitivos, había templos con treinta mil sacerdotes. La austeridad de su vida y los repetidos ayunos, la continencia que todos guardaban durante el tiempo designado para el ejercicio de su ministerio, y que no pocos alar-

gaban voluntariamente, atraían sobre ellos profunda veneración y respeto. Sus obligaciones estaban reducidas á oficiar en el templo cuando les tocaba su turno: su ciencia, á saber las épocas de los ayunos y festividades, y á la interpretación de supersticiones.

Las llamadas *escogidas* (acllas) se entresacaban de la nobleza y de las jóvenes más hermosas del pueblo. A templo dedicado al sol, seguía indefectiblemente casa de escogidas. Vivían en monasterios que, en el lujo y comodidades que el atraso del pueblo podía proporcionar, no cedían en nada á las habitaciones de la nobleza.

Muy variada era la suerte de estas escogidas: unas consagraban su virginidad al Sol; otras eran destinadas para concubinas del inca ó esposas de los nobles principales; otras, en fin, de las más tiernas, y no en poco número, inmoladas en honor del Sol ú otra deidad.

La casa de escogidas del Cuzco estaba ocupada sólo por princesas de la sangre real (ñustas), y á temporadas por algunas de las *escogidas* de provincia. Su ocupación favorita era la de hacer finísimos vestidos para los dioses y el inca; mantener el fuego sagrado, y disponer la bebida (chicha)

y unas tortitas de maiz (zancu) para la concurrencia selecta á las fiestas religiosas. Tenía pena de la vida quien violara la clausura. Las faltas de las *escogidas* contra la castidad se castigaban con igual pena, que de ordinario se hizo extensiva, no sólo al cómplice, sino hasta sus parientes y paisanos (1).

Para la educación de estas doncellas había en los monasterios indias graves (mama-cunas), y aún en las poblaciones se contaban venerables matronas (ocllas), que, fieles á su voto de castidad (si el inca no gustaba de ellas), se atraían la admiración y respeto del pueblo, tanto por sus virtudes como por su opulencia. Añadirémos algo más á lo dicho, tomado de Polo Ondegardo, tan diligente en adquirir datos referentes al gobierno de los incas. «Tuvieron los indios en tiempo del inca otro género de

---

(1) Pedro Pizarro y otros conquistadores no están conformes con la pretendida castidad de las *escogidas*. Quizá dieron lugar á esta aseveración fundada las revueltas en tiempos de la conquista, ó aquellas provincias donde el gobierno inca era débil. «Aquí (en el templo del Sol) vivían muchas mujeres, que decían ellas eran mujeres del sol, y fingían guardaban virginidad y ser castas, y mentían, porque también se envolvían con los criados y guardadores del sol, que eran muchos.»

contribución, á mi parecer más pesado y trabajoso que todos los otros, y era que en todas las provincias tuvieron una casa *Azllaguaca*, que quiere decir casa de escogidas, en la cual se guardaba este orden: que había gobernador *Apopanaca*, el cual tenía licencia de escoger todas las muchachas que á él parecieran de buena disposición y gesto, de ocho años para abajo, en lo cual no había límite ni número, las cuales ponía en esta casa en compañía de ciertas mamaconas y mujeres viejas que allí residían de ordinario, que asimismo eran doncellas que se quedaban allí criadas desde niñas para efecto de enseñar á estas muchachas...., de las cuales por el mes de Febrero se llevaban al Cuzco cuando eran de trece á catorce años para arriba, con gran guarda, la cual asimismo tenían después que las encerraban para que llegasen doncellas al Cuzco.»

Explica á seguida cómo de éstas tomaba el inca y daba á los demás de su familia y caciques principales, cómo destinaba otras para el servicio de los ídolos, y continúa: «y luego se apartaban otras á los sacrificios que se hacían en el discurso del año, que eran muchos, en los cuales se mataban de estas doncellas por su orden, y

tenían por requisito necesario que fuesen vírgenes; sin otros muchos sacrificios extraordinarios que se hacían.»

No obstante de todo lo dicho, la verdad es que las jóvenes de la nobleza y las más agraciadas de las del pueblo eran sepultadas en vida, de grado ó por fuerza, en las casas dichas, para satisfacer las pasiones del inca y su corte. Vastos harenes esparcidos por el imperio, repugnantes testimonios de los celos de un déspota, eran y no otra cosa las casas de las escogidas (1).

Fiestas y sacrificios.—Todos los acontecimientos de algún interés general se celebraban con fiestas más ó menos solemnes. Cada mes tenía las suyas, y éstas eran ordinarias; las extraordinarias sólo tenían lugar por graves causas, v. gr., la Capacocha (adoración real) en grandes conflictos, en el

---

(1) «Pues fuera de estas hermanas tenían estos señores todas las hijas de los caciques del reino por mancebas, y éstas servían á sus hermanas principales....; tenían asimismo todas las indias que bien les parecían, repartidas por estas sus hermanas, que eran muchas....; estas hermanas vivían en unos corrales grandes que tenían cercados con muchos aposentos y guardas y porteros, y las que no servían hasta que las venía su tiempo, no entendían sino en bailes, regocijos y borracheras.»—(P. Piz.)

nacimiento del heredero, por una gran victoria, etc.

A estas fiestas se sacaban las efigies de los incas ya fenecidos: eran de piedra, y salían muy adornadas. De las ordinarias, las principales eran las que se hacían al Sol en los dos equinoccios y en los dos solsticios. La más solemne de éstas era la de Junio, llamada *Intip-Raimi.* En la llamada Citua, del género expiatorio, tenía especial intervención la Luna. Las estrellas, el rayo, etc., tenían también las suyas.

Para las fiestas particulares de familia, raza, etc., había su tiempo señalado. Los ídolos más generales á determinadas tribus se llamaban *huacas,* y los individuales *conopas.* Las fiestas eran precedidas de ayuno riguroso, que duraba de uno á tres días. Para la fiesta del Intip-Raimi acudía al Cuzco toda la nobleza del imperio.

Al amanecer del día solsticial de Junio, la plaza mayor del Cuzco estaba ocupada por el inca y toda la familia real; los nobles ocupaban otra llamada Cusipata, y ¡todas las avenidas el vulgo. No bien los primeros rayos del sol iluminaban los sitios elevados, una inmensa gritería se alzaba para saludarlo: cuando aparecía el cuerpo luminoso del astro, poníase en cuclillas todo el pue-

blo, incluso el inca, en señal de adoración. A poco se alzaba el inca, teniendo en cada mano un grande vaso de oro lleno de *chicha;* derramaba el de la derecha sobre un recipiente también de oro; el líquido iba hasta el Coricancha por canales subterráneos. Del vaso de la izquierda bebía él un poco, y daba á beber á la familia real; los nobles y el pueblo imitaban el ejemplo, y terminada la libación, se organizaba al Coricancha una procesión solemne. El pueblo se descalzaba doscientos pasos antes de llegar al templo; la familia imperial lo hacía en él.

Tras breve oración ante la imagen del dios del Imperio, y algunas ofrendas, volvíase á la plaza para el sacrificio. Consistía éste en inmolar animales, y á veces seres humanos, ofrecer simientes, joyas y resinas de olor. Los agoreros observaban las entrañas y pulmones de las víctimas para predecir lo futuro.

Terminado el holocausto, se mataban muchas llamas, cuya carne se distribuía al pueblo, que sólo la comía en estas ocasiones; repartíase en abundancia la chicha y el zancu preparado por las escogidas para la nobleza, y por otras doncellas para el común del pueblo: alegres danzas coronaban la fiesta. En los meses de Julio y Agosto

tenían lugar las propias para que no faltara el agua, y para ahuyentar las enfermedades.

Groseras supersticiones se abrazaban sin hesitación alguna, y prácticas ridículas, como taparse con tierra las narices para impedir que el arco iris entrara en el cuerpo, etc., eran y serán el término á donde va el hombre indefectiblemente sin la antorcha de la revelación y de la fe.

No deja de ser extraña la analogía que se observa en algunas ceremonias del culto inca y en las de algunos otros pueblos con las del cristianismo. La fiesta del Citua recuerda la expiación judáica, hacia el equinoccio de Septiembre; el fuego sacro nos recuerda el confiado á las vestales romanas, y á los augures, los vaticinios. La inmolación de las esposas á la muerte del marido trae á la mente las viudas de la India, etc. El oráculo decía que Pachacamac y el Dios de los cristianos eran uno mismo. El ídolo Tangatanga (tres en uno) y las tres estatuas del sol (señor sol, hijo sol, hermano sol), y una cruz eran muy veneradas en el Cuzco.

Escupían al suelo siempre que pronunciaban el nombre de Scipas (diablo), de cuya acción maléfica no dudaban. El lavatorio de los recién nacidos parece una degeneración del Bautismo; la designación

de la pubertad, la elevación al sacerdocio, los conjuros que se decían al moribundo, son como sombras respectivas del Orden y Extremaunción. La confesión de los indios y la distribución de la chicha y el zancu en las fiestas religiosas, hace pensar que, acaso en tiempos anteriores, no fué el cristianismo desconocido en esta parte de la América [Ap. V].

Constitución político-civil.

Jerarquía.—Los incas, por su pretendido origen, por el esplendor de que supieron rodearse, por el solícito cuidado del pueblo que regían, y algunos de ellos por sus virtudes, fueron reverenciados, acatados y temidos de sus súbditos como no hay ejemplo en la historia del mundo. A ellos pudiera aplicarse plenamente la célebre frase del semidéspota francés: «El estado soy yo».

Dueños absolutos de vidas y haciendas, sin más ley que su voluntad ciegamente acatada, supieron fabricar su imperio de tan maravillosa estructura cuanto de caediza y deleznable materia. El dejar reducidos todos sus súbditos á simples cosas, fué su

norte constante: nobles y plebeyos residían, vivían, y á veces morían, según la voluntad del soberano.

Para que la sagrada estirpe de los incas no degenerara, debían aquellos tomar por esposa principal (coya) á una de sus hermanas; el fruto de esta unión debía ser el heredero del imperio.

Cuanto se rozaba con la persona del inca, v. gr., vestidos, muebles, etc., quedaba relegado á cierta veneración y aislamiento para su destrucción, ó cuando más se aplicaba á la familia imperial (1). Nadie se atrevía á mirarlo sin su consentimiento, y cuantos iban á su presencia lo hacían descalzos, y llevando á las espaldas una pequeña carga en señal de sumisión. Una india noble recibía sus esputos en la palma de la mano, cuidando de no tocarle en lo más mínimo. Si salía de palacio, recibía los más profundos homenajes de los transeuntes, y cuando se dignaba visitar las provincias para enterarse por sí mismo de su adminis-

(1) En uno de los pueblos del Norte en que tocaron los conquistadores, un soldado español peleaba con un indio para tomarle unos sacos que éste defendía con empeño. Abiertos, estaban llenos de los huesos que el Inca había roído.

tración y estado, ó para oir las quejas de sus súbditos, se agolpaba la muchedumbre á su tránsito, vitoreándole con tal entusiasmo, que Cieza de León asegura que las aves caían del aire aturdidas con el estruendo.

Los atavíos del inca deslumbraban: telas finísimas, primorosamente matizadas de varios colores; el collar y brazaletes cuajados de pedrería; los adornos de oro que, taladrándole el cartílago de la oreja, se las alargaban desmesuradamente; las dos plumas blanqui-negras del misterioso Curanquenque, la borla roja á la frente, y el *llauto* que les ceñía las sienes; una especie de patena de oro al pecho y el hacha del mismo metal en la mano á guisa de cetro, todo daba al inca un aspecto majestuoso é imponente. Su servidumbre se contaba por millares.

El inca hacía por sí mismo algunas ceremonias públicas, de que hablarémos al tratar de ellas. No es difícil traslucir el abuso á que se prestaba la ilimitada autoridad del inca. Si en los pueblos que tienen conciencia de su dignidad, y en los que la religión verdadera es tan grande freno para contener al poderoso en los límites de la honestidad y de la justicia, se han visto, se

ven y se verán tantas infracciones contra estas virtudes, ¿cuáles no se cometerían donde el gobernante era la ley viva universal, y sin cortapisa de ningún género á la viciada naturaleza humana?

Familia imperial.—La coya ó reina madre, el heredero del trono, las concubinas de la misma raza que el inca, las que él escogía de las otras, los hijos que en todas tuviera y las familias de los demás incas que le habían precedido, formaban la familia imperial. Era, pues, muy numerosa (1), y puede decirse que casi consumía los re-

---

(1) «Era ver la gente que en este Cuzco había que ponía admiración....: la más servía á estos muertos como tengo dicho, que cada día los sacaban á la plaza á todos, sentándolos en ringlera cada uno según su antigüedad; y allí comían y bebían los criados y criadas, y para los muertos hacíales unas lumbres delante de ellos de una leña que tenían labrada y cortada muy igual y muy seca. Encendida ésta, quemaban aquí todo aquello que al muerto le habían puesto delante para que comiese de todo lo que ellos comían, y aquí en este fuego lo consumían. Tenían también delante de estos muertos unos cangilones grandes, que ellos llamaban *verquis*, de oro, de plata ó de barro, cada uno como quería, y aquí echaban la chicha que al muerto le daban, mostrándosela; convidándose unos muertos á otros, y los muertos á los vivos, y los vivos á los muertos.» (P. Piz.).

cursos del imperio (1). Vivían en la mayor abundancia y esplendidez, y poseían las cuantiosas riquezas que les legaban los incas sus ascendientes, porque uno de los rasgos característicos de esta raza era el que los herederos del trono sucedían á su padre en éste, mas no en los bienes.

Cada inca se labraba su palacio y se proporcionaba todo lo correspondiente á su dignidad; y aunque una parte considerable de sus riquezas los acompañaba al sepulcro, quedaban sus descendientes con tales, que sostenían bien el explendor de sus progenitores. De esta familia imperial salían los más caracterizados jefes religiosos, políticos y militares.

Nobleza.—Llamáronse incas de privilegio los que inmediatamente ayudaron á Manco-Capac á la fundación del imperio; los descendientes de aquéllos conservaron el mismo nombre, y eran tenidos en grande acatamiento. Había otra nobleza, adquirida por los méritos personales, en la que el inca debía tener gran confianza, y la que acaso desempeñaba el papel más activo en el imperio. La de los curacas ó jefes de las tribus

(1) Garcilaso dice que hubo inca que dejó trescientos hijos.

sometidas, gozaba de gran consideración, sobre todo en los propios estados; eran muy vigilados, pues no todos llevaban con paciencia la subordinación al jefe superior del departamento y provincia (1).

No obstante de la gran sumisión que se tenía al inca, no faltaron en el imperio sangrientas revoluciones; los vencidos sufrían castigos indecibles, según nos han trasmitido los historiadores que recogieron estas noticias de los indios viejos que alcanzaron á los conquistadores.

Pueblo.—Cualquier persona no comprendida en alguna de las clasificaciones anteriores ó el sacerdocio, pertenecía á la gran colectividad que se designa con el nombre de pueblo.

División territorial.—Toda la nación estaba dividida en grupos de á diez, cincuenta, cien, quinientos y mil hombres, mandados cada uno por sus jefes respectivos. Cada grupo de diez mil formaba un departamento, gobernado por algún noble, al que estaban sometidos los curacas. En las cua-

(1) El Inca solía conceder de vez en cuando á los curacas más poderosos y otros nobles la mano de alguna ñusta ó doncella de la familia imperial, lo cual era prueba de gran estimación.

tro grandes provincias presididas por los incas de la familia imperial, estaban embebidos todos los departamentos.

Repartición del trabajo.—La ociosidad estaba absolutamente desterrada del imperio; hasta los niños, cojos, ciegos, mancos y ancianos, trabajaban según sus fuerzas y posibilidad. La agricultura, las obras públicas de beneficencia y otras, como caminos, puentes y fortificaciones; la minería, el pastoreo, las artes fabriles, la alfarería y platería; los correos, milicia, etc.; todo se hallaba servido por designación de la autoridad, que descendía hasta nombrar los individuos que en estos quehaceres debían ocuparse. Parece que en lo general se consultaba la inclinación de los que debían desempeñarlos.

Las mujeres no estaban exentas totalmente de las faenas públicas. El peruano, dice Prescott, trabajando toda su vida para otros, podía compararse al presidiario que todos los días desempeña la misma tarea penosa y triste, sabiendo que por útiles que sean al Estado sus esfuerzos, á él nada le producen.

Leyes agrarias.—Las tierras productivas se dividían en cuatro partes: la del Sol, la del inca, la del pueblo, y la de los curacas.

Las proporciones de estos terrenos debían ser necesariamente varias, según las localidades. Los productos de las tierras pertenecientes al Sol se destinaban al sostén del culto. Las del inca se distribuían, parte en sostener sus muchos gastos, y parte en atender á las necesidades generales. Si había sobrante, se atendía con él á las calamidades públicas, que en tan dilatado imperio no podían faltar. Las del pueblo se repartían entre las familias.

Dábase á cada cabeza de familia una extensión de tierra como de 3,200 metros cuadrados (4,000 varas cuadradas); otro tanto para cada hijo varón, y la mitad para las hembras. Las posesiones de los curacas variaban en más ó en menos, según su rango. Las primeras tierras en beneficiarse eran las del Sol; seguían las asignadas á los huérfanos, viudas, etc.; después las de los particulares, y se terminaba por las del inca.

Las sementeras y el cosechar se hacía entre cánticos y chicha. Para los trabajos que correspondían á los que estaban fuera, se había establecido la *mita*, que consistía en el turno de servicios en mayor ó menor escala. La distribución del agua para el regadío de los terrenos, y el lugar de donde se había de tomar el guano para abonar las

tierras de la costa, estaban minuciosamente determinados. El cultivo se reducía al maíz, quinua, yucas, papas, camotes y otras raíces indíjenas. No se podía enajenar terreno alguno bajo ningún pretexto.

Ganadería y caza.—Llegó en este ramo á establecerse una división parecida á la de los campos. Los grandes rebaños de llamas, alpacas y vicuñas pertenecían al Sol y al inca; los pueblos sólo poseían un corto número de cabezas; algunos curacas, por especial distinción del inca, recibieron algún ganado. Los particulares que por privilegio tenían algunas cabezas, no podían matarlas; su dominio terminaba en el esquileo. Sólo se permitía cazar alguna volatería, y esto para los nobles; lo restante de la caza estaba reservado al inca.

Minería.—Fuera de algún metal cuya extracción se permitía á ciertos curacas, cuanta plata, oro y piedras preciosas se hallaba en el Perú, era posesión del soberano.

Estadística.—Residía en el Cuzco un número de personas que tenían bien conocidos los recursos y necesidades de los diferentes departamentos, y el carácter de los habitantes. A esta porción de empleados tocaba señalar, con la precisión posible, la

naturaleza y extensión de los servicios con que cada provincia había de contribuir á todas las cargas. Ayudaba á este acierto el examen detenido que del país hacían bajo todos aspectos los comisionados *ad hoc.* Cada año se remitía al Cuzco el censo de la población, con una exactitud como no han logrado aún la mayor parte ó ninguna de las naciones más adelantadas.

Tributos.—Además del trabajo que se imponía al pueblo en el cultivo de las tierras pertenecientes al Sol, al inca, á los huérfanos, viudas, desvalidos, etc., tenía el de proveer al ejército de vestuarios y armas, y el de turnarse en las obras públicas. Cargas tan pesadas agobiaban á los indios hasta el punto de enfermarse muchos para poder satisfacerlas. De trabajos tan excesivos, sólo percibía el indio el sustento y vestido necesario.

Comunicaciones.—Dejando los caminos militares, de que hablaremos en particular, los demás no eran sino sendas más ó menos trilladas. Para llevar ó traer noticias, había indios llamados *chasqui*, que con gran velocidad recorrían el trayecto que se les había señalado; comunicábanse así las noticias ó los objetos de poco peso con mucha celeridad. En el Cuzco se comía pescado fresco

trasladado de este modo. Lo demás que tenía que trasladarse de una parte á otra, se hacía á cuestas, pues los llamas rarísimas veces se cargaban.

Matrimonios.—Ningún indio se podía casar antes de los veinticinco años, ni con mujer de menos de diez y ocho. Los enlaces habían de ser precisamente entre la familia, y muy de ordinario, ó siempre, á gusto de la autoridad. La gente del pueblo no tenía más que una mujer; los nobles vivían en la poligamia, habiendo llegado á tener el inca Huaina-Capac hasta setecientas.

Todos los matrimonios se celebraban en un mismo día del año. Presidía el inca los de la familia imperial, el cual, tomando de la mano á los contrayentes, los declaraba casados. Esto tenía lugar también en las plazas de las ciudades, donde las autoridades repetían la misma ceremonia. Seguían fiestas generales por algunos días.

A cada matrimonio se le labraba una casa por cuenta del gobierno, y se le designaba el terreno que la ley mandaba dar á los casados.

Habitaciones, ajuar, comidas, etc.—Las casas del común del pueblo eran pequeñas, de uno ó dos departamentos, poco ventiladas, y sucias. El ajuar de la casa se reducía

á cortezas de calabaza para platos, alguna olla de barro, una estera ó piel por cama, el huso y la rueca para el hilado, espejos de pirita y peines hechos de espinas. Comían dos veces al día muy parcamente; una por la mañana, y otra al ponerse el sol. La papa, el maíz y otros vegetales, constituían el alimento principal, según los climas. En la costa, el pescado. La chicha de jora, á discreción en todo el imperio. Algunas veces comían la carne de llama conservada (charquí), y era regalo no pequeño. El *cui*, animal casero y algo parecido al conejo, podía comerse sin permiso. Para la nobleza no había restricciones.

Entierros.—Las *huacas* ó cementerios forman, por lo común, un altonazo; millares de cadáveres se encuentran enterrados en ellas con vasos, platos, y otros utensilios análogos. Están los cadáveres sentados en cuclillas, con los brazos cruzados ante el pecho, y metidos dentro de un cono truncado, dejando fuera el rostro y la extremidad de los piés. Cómo los indios embalsamaran los cadáveres de los incas, no ha podido averiguarse. Al cabo de muchos años, se encontraron estas momias con el cutis suave y casi sin pérdida de carnes. Sobre la tumba del inca se inmolaban mu-

chas de las mujeres y criados, y á proporción en los funerales de la nobleza y pueblo.

Vigilancia.—Esta era suma en el imperio. Una vez hecha en el Cuzco la tasación de los trabajos, se repartían á las familias, que eran visitadas con frecuencia, no sólo para que el trabajo se ejecutase en todo, sino también en la debida forma. El súbdito del inca debía hacer sus comidas á puerta abierta, para que la autoridad lo visitase en estos actos. De esto se puede deducir la que habría en todo lo demás.

Al indio le estaba prohibido el oro, plata, piedras preciosas, otro vestido distinto del que le mandaban usar, mudar de domicilio, etc., como también las comidas extraordinarias y los banquetes privados. Dos ó tres veces al mes debían comer en público, delante de los curacas, donde se les permitía alguna expansión. Y para que, so pretexto de alojar á los peregrinos ó extranjeros no se relajara este rigor, había hospederías públicas, donde éstos eran recibidos y asistidos gratuitamente en cuanto necesitaban.

Instrucción.—Atribúyese le erección de escuelas para la nobleza á Inca-Roca; y de Pachacutec afirma Garcilaso que edificó su palacio junto á ellas, y aun que se dignó dar algunas lecciones orales. Difícil es saber

hasta dónde se extendía la instrucción de la nobleza inca; siendo las leyes pocas, ningunos los conocimientos especulativos y abstractos, y las fiestas y placeres enervantes en abundancia, de creer es que los cursos académicos serían pocos y breves. La inteligencia de los *quipus* ó cuerdas con nudos para consignar las fechas y hechos principales, sería el mayor y más engorroso de los aprendizajes.

El pueblo no recibía instrucción de ninguna clase. De la astronomía no había más conocimientos que el necesario para señalar el tiempo de sus fiestas; quizá el respeto que les infundían el sol, la luna y estrellas les vedaba ocuparse en estos estudios. El eclipse de sol se tomaba por enojo de este astro, y las manchas de la luna provenían del abrazo que le dió una zorra prendada de su hermosura.

Tuvieron el sistema decimal para la numeración, como se veía en las divisiones del pueblo y otras. De la geometría práctica no ignoraban los rudimentos necesarios para la nivelación de los terrenos, medidas de superficies de corta extensión, aplomo de paredes, etc. El conocimiento aproximativo de la figura de algunos lugares lo tuvieron, asegura Garcilaso, por una especie de

mapas de relieve toscamente construidos, que él mismo vió.

Para los cálculos y conservación de hechos notables se valían de los *quipus*, ya que hasta los jeroglíficos habían desaparecido. El *quipus* consistía en unos cordones llenos de nudos, ya simples, ya dobles, ó cuádruplos, según expresaran las unidades, decenas, centenas, etc. La variedad de colores recordaba, no sólo la variedad de cosas materiales y concretas, sino aun las de otras abstractas, relacionadas en algún modo con las anteriores, v. gr., el color blanco significaba juntamente la plata y la paz. Las circunstancias particulares se designaban con hilitos accesorios. La tradicción venía en auxilio de los *quipus*, que llegaron á ser los verdaderos anales del imperio.

Bien se deja entender que enmarañado un *quipus*, no tenía casi más significación que la numérica abstracta, y que, por consiguiente, poco ó nada fidedigno puede transmitirnos cuanto se encuentre en ellos (1).

La medicina estaba reducida al uso de algunas hierbas medicinales, y sus aplica-

(1) El pueblo sacaba su cuenta con unas piedrecitas ó granos de maíz que ponía en rueda, y era muy práctico en esto.

ciones más participaban de hechicerías y supersticiones que de ayudas de la naturaleza. Asegúrase haberse encontrado cráneos en los que se reconoce la operación quirúrgica del trépano. Se sangraban en el entrecejo, y se daban fricciones en todo el cuerpo ó en los miembros doloridos.

Poesía, Música y Baile.—Los poetas *(haravies)*, si bien aprisionados en el círculo de hierro que imponía el modo de ser del imperio, no dejaron de cantar las hazañas de los incas, ni de expresar los afectos del corazón. El indio, dotado (como el gallego de España) de una sensibilidad exquisita, era mucho más apto para las canciones dulces y melancólicas que para las del género opuesto. Los *yaravíes* indígenas agradaron mucho á los españoles, no desdeñándose éstos de incorporarlos, algo modificados, al inagotable repertorio de la poesía y música popular de España (1). El baile *(taqui)*, aunque variado y hasta airoso cuando se trataba de dar muestras de agilidad y soltura, se resentía del carácter tristón y flemático del país.

(1) Se han conservado dos tragedias de origen indio, pero muy alteradas en la forma por los conquistadores. Del fondo de ellas se deduce que todas las escenas y episodios tenían lugar á vista del pueblo.

Pintura y Escultura.—Poco ó nada hay que decir de la primera de estas dos artes, pues lo que de ella conocían los peruanos más se refiere á la industria en los tejidos, que á la expresión de las figuras. Había, con todo, algunos mosaicos hechos de piedrecillas, y en los utensilios de barro *(huacos)* no faltaban figuras pintadas con algún cuidado. La escultura presenta un poco más de vida en la parte jocosa. Casi toda estaba ceñida á los objetos de culto, sin expresión y monstruosas.

Arquitectura.—Fué en el Perú, como en todas partes, la expresión más significativa de la época. Los palacios, templos, casas de escogidas y depósitos, debían fomentarla. Tres propiedades necesarias hubo en ella que son el reflejo del imperio de los incas: «Sencillez, simetría y solidez». Los techos eran de paja, las ventanas raras, las puertas chicas, las habitaciones sin comunicación entre sí. Nada de columnas, ni arcos, ni empalmes; las maderas se unían atándolas unas á otras. Las piedras de los edificios eran toscas; sólo en las junturas había una labor, tan delicada que casi no se echaban de ver.

Industria y comercio.—Siendo la agricultura el sostén principal del imperio, debía

ser lo atendido de preferencia. Nada se escaseó para ella. Una red de canalizos llevaba á la costa el agua necesaria para el regadío; con esta acertada distribución del agua, y con el abono del guano particularmente, se habían transformado las estériles quebradas de la costa en terrenos productivos.

De algunos habitantes de la sierra, anteriores á los incas, es seguro que éstos tomaron los terraplenes de que anteriormente hicimos mención; teníanlos bien cultivados, aun en lugares escabrosos, formando contrastes muy variados y amenos con la dureza de las rocas que los rodeaban. Para el arado de la tierra se servían de una estaca puntiaguda, á la que fijaban perpendicularmente un travesaño, también de madera; puesto el pie en la cruz, y tirando otros del palo horizontal, lograban remover la tierra. La conservación del ganado se conseguía haciéndolo trashumar según las estaciones. Para contarlo ó separar los machos (únicos que podían matarse), lo ojeaban algunas leguas á la redonda. Seguía el esquileo y la separación de las diversas lanas para repartirlas entre las mujeres encargadas del hilado y tejido.

En este ramo eran muy diestras, como también en el tinte tan duradero y raro que

sabían dar á sus artefactos. Si la variedad en los dibujos no era mucha, la suavidad de la trama por ambas caras en los tejidos finos llamó la atención en Europa, y los Reyes de España usaron los hechos por las princesas indias.

En la pesca y caza no pasaron de lo que de ordinario se halló en todo el resto de la América (1). No sabían adobar las pieles; conocían poco el laboreo de las minas, aunque la de Porco estaba medianamente trabajada; contentábanse, en general, con recoger los metales preciosos que hallaban casi en la superficie de la tierra, ó á poca profundidad. El oro de los lavaderos fué el que proporcionó en su mayor parte los adornos de los templos y las riquezas de los incas. Las esmeraldas abundaban al Norte del río Santiago (hoy provincia de Manaví, en el Ecuador), y sabían tallarlas (2).

Desconocían los hornos para las fundi-

---

(1) No dejó de ser particular la caza de perdices por la noche en sus propios nidos, deslumbrándolas con hachones.

(2) Las muchas que los conquistadores hallaron en Puerto Viejo, indican claramente que la acción gubernativa de los incas no estaba muy afianzada en los límites del imperio.

ciones; hacían éstas echando el metal sobre ascuas para que se derritiera en las alturas donde soplaba el viento, ó bien se reunían muchos indios á soplar con cañas para avivar el fuego. Las obras de fundición eran necesariamente muy pequeñas. No usaban el hierro, de que había mucha abundancia, aunque de calidad inferior, quizá por no poderlo forjar, en atención á los muchos grados de calor que pide esta operación. Trabajaban con algún primor la plata, el oro, el estaño y el cobre.

En la alfarería estaban más adelantados. Conocían los pesos, al parecer, para cantidades no muy grandes. Las herramientas que usaban en sus trabajos eran, ó de piedra ó de una mezcla compuesta de noventa y cuatro partes de cobre, seis de estaño, y una pequeña fracción de sílice. De las abundantes minas de azogue de Huancavelica apenas sacaban una pequeña cantidad.

El corto número de artífices que se dedicaban á las artes mecánicas, trabajaban, no para mejorar en situación, sino para cumplir la tarea que se les había impuesto. Faltaba el aliciente principal para el adelanto y la industria.

El comercio debió ser necesariamente nulo, pues el imperio de los incas, aun en su

apogeo, no fué sino casi el de Manco-Capac en punto mayor, sobre todo en lo relativo á movimiento comercial. Sólo los de la costa se lanzaban de vez en cuando en caballitos de totora, balsas, ú otra cosa análoga, á comerciar ligeramente con los costeños de la América Central.

A juzgar por la descripción que de los caminos imperiales hace Cieza de León en muchas partes de su crónica (1), debieron ser de gran trabajo, bien por las dimensiones, como el del Cuzco hasta Quito, bien por las dificultades que la naturaleza les presentaba, de ríos, montes y quebradas.

Los puentes se echaban sobre los ríos, levantando en las orillas de éstos sólidos pilares, á los que se aseguraban fuertes ma-

(1) Hay muchas y disculpables exageraciones en los historiadores primitivos en este y otros puntos. Es natural que tales parecieran los caminos á los que venían, v. gr., del Darién, Cuba ó Jamaica. Con frecuencia se ven en los mismos historiadores contradicciones evidentes. En el desfiladero en que, no lejos del Cuzco, estuvo Hernando de Soto próximo á perecer, se dice que el camino (del inca) era estrecho y lleno de escalones tales, que los caballos no podían ir adelante; en otros lugares se dice casi lo mismo. Y si en las proximidades de la corte esto había, podemos fundadamente creer que el resto iría sabe Dios cómo.

romas de mimbres; sobre éstas se echaba la tablazón, ramas pequeñas de árboles y alguna tierra: eran fuertes, y les renovaban los materiales con frecuencia. En otros sitios se veían grandes paredones para contener las aguas, ó quebradas rellenas de piedras y tierra, para que no se interrumpiera el camino. El inca viajaba por ellos con toda confianza, llevado en su litera; delante iban varios indios quitando hasta las piedrecillas más pequeñas y menudas.

Hidráulica.—Este era el verdadero fuerte de los indios del Perú; siendo la agricultura el alma de la nación, debía ser el riego un objeto de preferencia; el entendimiento humano debió aplicar á él toda su actividad, y los resultados fueron tan asombrosos, que, cuando se considera á qué alturas llevaron las aguas, parece que las leyes generales á que obedecen los fluidos sufrieran grandes excepciones en el Perú.

Constitución política y judicial.

Tribunales.—Dícese que cada pueblo, mayor ó menor, tenía su tribunal de justicia, con la jurisdicción ordinaria para delitos comunes. Los de más entidad parece se sometían á magistrados de mayor carác-

ter, que solían ser los gobernadores de los departamentos. El inca ponía ó removía las autoridades judiciales.

Toda causa debía necesariamente ser fallada en el término de cinco días; no había apelación ni costas. Los tribunales inferiores daban mensualmente parte de sus actos á los superiores, y éstos á los jefes de provincia. De vez en cuando se nombraban visitadores que recorrieran las provincias y velaran por la recta administración de la justicia. Un pueblo sin comercio ni propiedad no tendría necesidad de muchos trámites judiciales. Lo más probable es que los curacas y otros jefes inferiores sentenciaran por sí, y brevemente, muchas causas comunes.

Castigos.—Se castigaban con pena de muerte las blasfemias y maldiciones contra el Sol ó el inca, el quemar los puentes, el homicidio, adulterio y otros delitos, admitiéndose en éstos circunstancias atenuantes; la ciudad, pueblo ó distrito que se sublevaba, era arrasado y exterminados sus habitantes.

Para otras faltas había castigos proporcionados, v. gr., ser azotado en las piernas ó brazos, puesto preso, etc. Ha admirado á algunos, y con razón, el suave castigo de

llevar una piedra á la espalda, dirigido á excitar la vergüenza en el delincuente (1).

La pena de muerte se daba enterrando vivo al culpado, ó echándole á las fieras, ó apedreándolo. Solía también morir decapitado, estrangulado ó precipitado. Tupac-Inca-Yupanqui estableció tres suertes de cárceles: una horrible, otra perpetua y la tercera de pura detención.

Acaso el mejicano Sr. Núñez Ortega, considerando estos castigos y el mucho trabajo que tenían los indios, se movió á estampar en sus *Memorias sobre las relac. dip.*, Méjico, 1878, que «quizá vinieran á Méjico algunos quichuas fugitivos, buscando un asilo contra el extraordinario despotismo de los hijos del sol.»

(1) Quizá los que vean en esto un signo de sensibilidad é ilustración, no den este epiteto á los sambenitos del Santo Tribunal, que tenían el mismo objeto, y pesaban menos. Pero volviendo á la piedra, diré que no todos tenían de ella tal prueba de blandura. Los indios más ancianos y principales de la provincia de Vilcas-Huamán, declararon en la pregunta correspondiente, «que los castigos que se daban á los transgresores de los mandamientos de los incas, eran de todo punto intolerables, porque les ahorcaban por los piés, vivos, y así los dejaban colgados hasta que muriesen; y por delitos comunes les daban con *una piedra en las espaldas*, de lo cual quedaban los más de ellos muy quebrantados.»

Constitución político-militar

Conquistas.—Agotados los recursos pacíficos para someter algún territorio, reunía el inca en persona, ó uno de su familia, el ejército, y emprendían la conquista. Su línea de conducta no fué, en general, exterminadora; al punto que se daban por vencidos eran recibidos benévolamente, y se empezaba la radical absorción del terreno conquistado.

El jefe ó jefes principales eran llevados al Cuzco, donde recibiendo pruebas de la real benevolencia, se les separaba de sus súbditos y se les iba informando de las costumbres cortesanas.

El culto del sol quedaba inmediatamente establecido, edificándole templo si la importancia de la conquista lo merecía, y destinándole el número de sacerdotes, escogidas, etc., que se juzgara oportuno. Mas no por esto quedaba abolido el culto peculiar del vencido. Procedíase luego al estudio del terreno y á la división de él, según la ley general, procurando no lastimar en lo posible á los nuevos súbditos. Si estos eran de carácter belicoso y altivo, se saca-

ba un buen número de ellos, y se les distribuía en otros distritos de fidelidad probada; los de éstos iban á reemplazar el sitio de aquellos, extinguiéndose de esta manera, ó neutralizando al menos, toda rebelión, é introduciendo el dialecto *quechua* en el país conquistado. De esto cuidaron mucho los incas, prohibiendo que los cargos públicos recayesen en quienes lo ignorasen.

El uso general del quechua en un imperio tan dilatado y poco homogéneo, fué quizá la mayor de las conquistas de los hijos del sol. Si los curacas vencidos daban pruebas de sumisión, quedaban al frente de sus súbditos; mas, por lo general, se les exigían sus hijos en rehenes.

Ejército.—Una división análoga á la del pueblo estaba vigente en el ejército; cada cuerpo tenía su enseña particular. La del inca era el iris. El soldado estaba alimentado, vestido y armado por cuenta del soberano. No hacían daño alguno por donde pasaban, y no eran molestos á los pueblos. A las distancias convenientes, y sobre los caminos militares, había almacenes bien provistos de ropas, armas y comestibles.

No conocían táctica alguna, sino que se lanzaban en pelotones sobre el enemigo. Llevaban los soldados los trajes peculiares

á sus provincias, adornándose con una especie de turbante. Los jefes usaban cascos de varios metales, muchos de oro y plata, adornados con vistosas plumas.

Armas.—Las ofensivas eran las piedras, que arrojaban con honda; la flecha, la lanza, el hacha, porras erizadas de puntas, etc. Las defensivas el casco, celada, escudo y peto, que consistía en jubones rellenos de algodón. Entre los metales figuraban el cobre, oro y plata; entre las maderas la llamada chonta y el guayacán, por duras.

Educación militar.—El heredero del trono se educaba en las armas, á una con la juventud de la nobleza. Pasaban por algunas pruebas antes de recibir la vestidura del huaraco, ceremonia muy semejante al armarse caballero en la Edad Media.

Durante la luna de Noviembre á Diciembre dormían en el suelo, comían mal, y ayunaban con gran rigor los seis últimos días. Repuestos un tanto de estas fatigas, hacían simulacros de guerra, para probar su destreza en las armas.

El soberano ó alguno de su familia les dirigía la palabra, recordándoles las hazañas de sus antepasados, y sobre todo la obligación especial de los hijos del sol, que era la continua conquista. Se les coronaba de

guirnaldas, y terminaba la ceremonia con reconocer de rodillas toda la familia imperial al joven príncipe como heredero inmediato al trono.

Esto tenía lugar en la fiesta del Raymi, la mayor de todas, y cuando el príncipe entraba en la edad viril. Salía después á campaña, para practicar lo que había teóricamente aprendido. Como el imperio estaba en continua guerra, y la sumisión más absoluta era el distintivo del súbdito inca, contaban éstos con un excelente ejército, sobrio é instruido. (En los últimos tiempos se calculó—creo que exageradamente—en 200,000 soldados.)

Cuando no eran llamados al servicio de las armas, bien porque les tocaba el turno del descanso, bien por algún interregno de paz, los ejercicios militares se hacían dos ó tres veces al mes.

Triunfo.—Parecido en un todo al de los romanos, y con el mismo fin, solemnizaban espléndidamente los triunfos sobre el enemigo. Cubríase de flores el camino, y algunas veces de arcos triunfales. Los rendidos marchaban al centro, rodeados de las tropas vencedoras y de la muchedumbre, que entonaba cánticos para celebrar el valor y brío de los hijos del sol. Si la victoria había

sido de grandes consecuencias, había fiesta de primera clase.

Conclusión.—La singular constitución del imperio incásico ofrece rasgos muy característicos, que han dejado en sus súbditos huellas indelebles. La natural melancolía del indio se desarrolló todo lo posible en medio de una casi fiesta no interrumpida, y de una embriaguez casi continua.

Los afectos del corazón estaban concentrados en unos, ó extinguidos en los más. La ley no permitía otro desahogo á los sensibles sino el de las lágrimas, ó el de hacer prorrumpir á su *quena* en sentidos ayes. De aquí que la mayor parte de ellos vivían en el estoicismo; nada en torno suyo les excitaba á poner en juego el gran caudal de la actividad humana; el indio moría como había vivido, sin cuidados, sin apego al pueblo en que nació, sin haber sentido la dulce satisfacción de crearse necesidades á que consagrar sus desvelos y cuidados. De esta inercia de espíritu provenía, en gran parte, la extraordinaria docilidad que le era característica.

Semejante al peón, que, seguro de su jornal, echa indiferente por tierra preciosidades arquitectónicas, ó levanta esbeltos y atrevidos cimborrios, así el indio, seguro

del alimento y del vestido, y sin solicitud para el día siguiente, vegetaba más bien que vivía bajo el cetro socialista de los incas.

La pobreza no se conocía desde que el Estado se encargaba de proveer á todos de lo necesario para pasar la vida. Si el indio del pueblo tenía la puerta cerrada para los honores, no lo había tan plebeyo que no tuviera asiento ante su curaca en las fiestas mensuales. Un poco de maiz y escasa carne de la que el pueblo apetecía; algunas hortalizas, modesta ropa y la bebida (chicha) que les proporcionaba el maiz fermentado en agua, hacía más tolerable la vida material del súbdito inca que la de los proletarios de Europa (1).

Las fuentes del progreso intelectual estaban cerradas, como hemos visto; la monarquía india no hizo más que tomar con el tiempo mayores proporciones; diversas máquinas, que diferían en solo el tamaño de sus piezas, sin una mejora, sin un adelanto

---

(1) Sabido es que en la culta Inglaterra se mueren no pocos de hambre. A los niños de poca edad se les ponen botas de hoja de lata para obligarlos á trabajar en pié más tiempo del que su edad permite. (Margotti: *Roma y Londres.)*

de consideración. El imperio subsistió siempre tal como Manco-Capac lo había ideado.

Su alma, el inca, era lo único capaz de hacerlo progresar; pero los incas, ávidos de conquistas, y dados á placeres sensuales, estaban imposibilitados de iniciar reforma alguna de consideración, que pudiera mejorar la condición del indio. Cuando estos vieron atónitos el cuadro de las creencias, civilización, industria, etc., de los españoles, el Perú empezó á despertar de un profundo sueño; conoció el indio su dignidad de hombre; conoció que había sido juguete de sus reyes; conoció en la raza invasora el brazo fuerte que Dios le deparó, para que, levantándolo de la abyección, lo subiera y colocara junto á sí, y le devolviera los derechos de hombre y redimido.

Cuando estudiemos las leyes que los españoles dieron, y lo que el clero, los magistrados y letrados hicieron para civilizar el Perú, hallarémos el por qué los indios se apresuraron á echar abajo con sus propias manos el imperio de los supuestos hijos del sol [Ap. VI].

Breve noticia biográfica de los Incas.

Manco-Capac.—Fundador de la dinastía incásica. No obstante los defectos de que necesariamente adolecía su política, fué un gran bienhechor de los hombres, por lo que hizo, y porque dejó la simiente que, desarrollada en el transcurso del tiempo, produjo benéficos resultados.

Con justicia suma coloca el abate Hableу á este inca entre los primeros legisladores del mundo. Rodeó la autoridad de cierto esplendor, tan útil como necesario, dejando consignado en este hecho, que el aparato externo que rodea á la autoridad brota espontáneamente de ella, como medio adecuado para conservar el prestigio que necesita. Sus principales insignias eran el *llautu*, cinta de unos dos ó tres centímetros de ancho, con fleco rojo ó borla, que le daba tres ó cuatro vueltas á la cabeza, y llamaban *mascaypacha;* unas planchas elípticas de oro á guisa de orejeras, que después fueron reemplazadas por unos grandes cilindros de oro, que, horadando el cartílago de la oreja, se las ponían desmesuradas; una manta cuadrada de dos piernas

de tejido fino llamado *iucolla,* y terciada al lado izquierdo; la *chuspa* ó bolsa para la coca, hierba del exclusivo uso del inca, y por cetro, finalmente, una segur de oro ó piedra.

Sinchi-Roca.—Organizó el culto, señalando días fijos á las fiestas del sol, luna, etc. Convocó á los principales curacas para reiterarles las máximas que habían oído de Manco, y dejó en su mujer Mama-Cora-Chimpo muchos hijos.

Lloque-Yupanqui.—Visitó personalmente sus dominios, y echó no sólo los cimientos del régimen militar del imperio, sino los de la enseñanza de la juventud; cosa mucho de loar en este inca, porque era muy aficionado á las armas.

Mayta-Capac.—Visitó, como su padre, el imperio, y heredó también su ánimo belicoso. Distinguióse por las obras públicas que hizo, como el puente de mimbres sobre el Apurimac, y desecación de un pantano, á través del cual trazó un camino.

Capac-Yupanqui.—Dos años empleó en visitar sus dominios; echó otro puente sobre el Apurimac, y amojonó los linderos de dos pueblos que sometió, y que de muy atrás traían continuas guerras á causa de los pastos; instituyó la ceremonia del *triun-*

fo, y la de armar caballeros á los vástagos de la sangre real y de la nobleza. Se le atribuyó también la organización del trabajo en la busca del oro y plata, y mandó fabricar ídolos de estos metales. Las acequias y la ley de enterrar los muertos con lo que poseyeran en vida, fueron, se dice, obra de este inca.

Inca-Roca.—La visita del reino llevó tres años á este príncipe, que fué muy guerrero, sin descuidar la instrucción, sobre todo lo perteneciente á la cuenta de los quipus, que debía ser muy dificultosa por lo abstracta. Parece que instituyó escuelas para que los hijos de los caciques incorporados al imperio aprendieran la lengua quechua, que era la que se hablaba en todas partes, sin omitir la propia de cada pueblo. Algunos autores dicen que dejó seiscientos hijos, de los que era servido y acompañado cuando iba á la guerra.

Yahuar-Huaca.—O el que llora sangre: nombre que debió á una mancha roja que tenía en la cara, cerca de los ojos. Los agoreros veían en esto un vaticinio funesto, idea que se fué poco á poco apoderando del ánimo de este inca, hasta sumergirlo en una profunda tristeza.

Su primogénito, Inca Ripac, le disgustó

mucho, quizá por algunos rasgos de ferocidad y altanería. Desterróle cuando tenía diez y nueve años, y ocupó su destierro en pastorear los ganados del sol.

Contó el príncipe que, dedicado á este ejercicio, se le apareció un hombre de otra raza, que le dijo ser hermano de Manco-Capac, y llamarse Huiracocha Inca; que venía de parte del sol á avisar á su padre Yahuar, cómo muchas provincias del Norte se le habían rebelado, y que con gran ejército marchaban sobre el Cuzco; mas que él protegería al príncipe. No fué creído, sino tenido por visionario, hasta que el evento comprobó su dicho.

Sorprendido Yahuar, y sin tener reunida fuerza de consideración, desamparó la capital, y se retiró hacia el Sur para mayor seguridad. Sintió mucho el príncipe este abandono de la capital; marchó á ella, y al frente de las tropas que pudo reunir precipitadamente, presentó la batalla á los alzados, obteniendo sobre ellos, tras ocho horas de lucha, un brillante triunfo. Abdicó su padre en él, y subió al trono con el nombre de

Huiracocha.—En este cambió su nombre de Inca-Ripac, para que aquél sirviera de patrón á la aparición que tuvo. En honor

del aparecido, hizo fabricar el templo de Caccha, distante diez y seis leguas del Cuzno. Mereciόle la agricultura particular predilección, y de él se dice que hizo buenas obras públicas, como acequias de diez á doce piés de profundidad y ciento cincuenta leguas de largo, las cuales hizo abrir para regar los pastos en Otoño. No olvidó la visita de sus pueblos.

De este inca se asegura que tuvo noticia del único verdadero Dios, y que quiso destruir la idolatría; mas que no lo ejecutó por estar dado á las pasiones de la carne.

La tradición que los españoles hallaron al conquistar este imperio, de que, «una gente jamás vista despojaría á los incas de sus dominios», arranca del tiempo de este inca, la cual, dicen, mandó conservar secreta. Los españoles fueron llamados *viracochas*, por alusión á la representación de que este inca habló á su padre, representando con barbas y del todo vestido al que se le apareció cuando pastoreaba los rebaños del sol.

Pachacutec.—Llamado en su nacimiento Titu-Manco-Capac, cambióle este nombre su padre por el de Pachacutec, que significa «el que de nuevo da sér al mundo», aludiendo á que él había salvado ó dado nuevo

sér al imperio; fué muy amigo de conquistas, y las hizo principalmente en la costa hasta el Chimú (Trujillo). Este inca fué muy amparador de la industria, y llevó de la costa artífices que trabajaban la plata, para que enseñasen á los de la sierra.

Inca-Yupanqui.—Visitó varias veces sus dominios, y se esmeró en que no faltara el riego á los campos, para lo que hizo abrir otras acequias. Trabajó también en la fortaleza del Cuzco, y por los templos que mandó construir mereció el ser llamado *Piadoso.*

Tupac-Yupanqui.—Tuvo un brillantísimo reinado, por lo mucho que extendió sus conquistas, lo cual entraba como esencial en la política de los incas. Su principal empresa fué la de acometer las tierras de Quito, que durante cinco años se defendieron valerosamente: dejó á su hijo y sucesor el mando de las tropas para que terminara la conquista, y se retiró al Cuzco, donde murió.

Huaina-Capac.—No teniendo descendencia legítima en sus dos únicas hermanas, tomó por mujer á su prima hermana Mama Runtu, en la que tuvo á Huáscar, llamado así por haberse celebrado su nacimiento con una fiesta pública, en la que, para hon-

rar al recién nacido, bailó en rueda toda la nobleza en la plaza del Cuzco, asida á una cadena de oro que para este fin mandó hacer el inca. En una india del Quito tuvo á Atahualpa, cuya madre suponen algunos era hija del último Sciri (1).

Este inca llevó el imperio á su apogeo. Desdeñóse de mandar en los habitantes de Manta, hasta donde por el Norte había extendido sus conquistas, diciendo que una gente que no reconocía ni hijos ni mujeres propias no merecía tenerlo por Señor. Mandó ejecutar castigos muy fuertes en algunos pueblos conquistados, y usó de benevolencia inusitada con los chachapoyas que se le habían sublevado. Dícese que hizo llevar á Quito á Huáscar, y que, con su consenti-

---

(1) De los Sciris ya hemos dicho que no hay más noticias, sino las que da el P. Juan de Velasco. Cieza de León dice que conoció á la madre de Atahualpa, y de sus palabras aparece con bastante claridad que la madre de Atahualpa no era la que dice el P. Velasco. «Más adelante están los aposentos de Caranque, adonde algunos quisieron decir que nació Atabaliba (Atahualpa), hijo de Guayna-Capac, aunque su madre era natural de este pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré *con gran diligencia*, y nació en el Cuzco Atabaliba, y lo demás es burla.» (Cap. XXXVII.)

miento, dió á Atahualpa la parte, para que reinara en ella, lo cual es inadmisible, según el testimonio de Cieza. Poco antes de morir tuvo noticia de las exploraciones que se hicieron en la costa del Norte por gentes extrañas, lo cual le preocupó mucho, teniendo por cierto el pronóstico de Huiracocha; á saber: «pasados doce reyes, el Perú será subyugado.»

Huáscar.—Su propio nombre era Inti-Cusi-Hualpa, ó sol de alegría; no tuvo hijos. Como de este inca y de su hermano Atahualpa hemos de hablar con alguna detención en el siguiente libro, sólo diremos aquí que reinó poco tiempo en paz. Los generales quiteños Quisquis y Chalcuchima lo depusieron del trono, quedando de hecho el Perú sometido á Atahualpa. Temiendo éste que los españoles ampararan á Huáscar, que se hallaba preso y custodiado por tropas de Quito, lo mandó matar y arrojar su cadáver á un río, lo cual junto con su origen y anteriores crueldades, le acarreó gran aborrecimiento por parte de los indios del Perú.

Para complemento de cuanto acerca del imperio incásico acaba de decirse, va á continuación el nombre, año del fallecimiento, etc., de cada uno de los incas que figuran

en la serie de ellos, advirtiendo que á todo le damos poco valor, y principalmente á los incas comprendidos entre Capac-Yupanqui y Huiracocha, y mucho menos á los años de su muerte. Según dichos números, debió durar el imperio cuatrocientos setenta y siete años. Y como los incas, hasta Atahualpa exclusive, parece sean trece, y de ellos uno, Huáscar, sólo reinó siete años, resulta un reinado de casi cuarenta años para cada inca, lo que da una longevidad muy improbable, pues no empezaron todos á reinar desde pequeños.

El nombre de inca quiere decir «hombre de sangre real»; aplicado al reinante, significa rey, emperador.

Los nombres que van con asterisco no tienen significado, según Garcilaso, en la lengua general del Perú.

Ya que he nombrado á Garcilaso, recordaré que cada día va en mayor descrédito lo que en sus «Comentarios Reales» escribió acerca de la organización del imperio incásico; dió mucho lustre á lo que efectivamente había, y puso lo que no había. El lo escribe como oído á un tío viejo suyo, hermano de su madre, que era india.

NOMBRES.	SIGNIFICADO.	REINÓ	MURIÓ.	TUVO POR MUJER Á
Manco*-Capac...	Rico en virtudes...		1107	Mama-Ocllo-Huaco.
Sinchi-Roca*....	Valiente.....	30	1136	Mama-Cora-Chimpo.
Lloque-Yupanqui.	Zurdo memorable..	35	1171	Mama-Cahuana.
Mayta*-Capac...	Rico en virtudes...	40	1211	Mama-Cuca.
Capac-Yupanqui..	Rico en virtudes memorables.....	41	1252	Mama-Cury-Hilip..
Inca-Roca.*.....	Señor.....	51	1303	Mama-Micay-Chimpo.
Yahuar-Huaca...	Que llora sangre...			Mama-Chicya.
Huiracocha.*....	.....	.....	1373	Mama-Runtu.
Pachacutec.....	Que da nuevo ser..	50	1423	Mama-Anahuarque.
Inca-Yupanqui...	Señor memorable..	30	1453	Mama-Chimpu-Ocllo.
Tupac-Yupanqui..	Resplandeciente...	30	1483	Mama-Ocllo.
Huayna-Capac...	Mozo Rico.....	40	1523	Mama-Rava-Ocllo.
Huascar.....	Soga ó cadena....	7	1532	«

Población del Perú al empezar la conquista.

Descrito y analizado el imperio incásico en sus partes más esenciales, quédanos todavía por analizar algo que, si en sí mismo considerado pertenezca quizá á un orden secundario, es de tal modo primario con respecto á la dominación española, que de ello han hecho sus enemigos arma de fino temple para herirla de muerte, dándola como destructora de la población indígena y de cuantas preciosidades existían en el Perú antes de empezarse la conquista.

Si, como hemos dicho, no nos merecen entera confianza los pormenores biográficos de algunos incas, lo que aquí se dice de ellos sólo ha de tomarse como verdadero en cuanto á la *idea general* de las costumbres y de las conquistas hechas por los hijos del sol, con sus necesarias calamidades de sangre y exterminio.

Las probabilidades apoyadas en fundamentos suficientemente sólidos, si bien no excluyen por completo el temor de que la verdad milite en la parte opuesta, tienen en su favor el poder ser prudentemente segui-

dos, para dilucidar en lo posible muchas cuestiones que, por su índole ó por falta de datos suficientes, no han llegado todavía á producir en los hombres el anhelado grado de certeza.

Uno de los puntos que es preciso examinar á la sola luz de las probabilidades, es el número de pobladores que en el Perú había antes de su conquista por los españoles. Y entenderemos por Perú en este examen el territorio sujeto á Huáscar por herencia paterna.

Forman el Perú una cadena de cerros áridos y fragosos hacia el interior, y una costa, vasto y continuado arenal interrumpido de vez en cuando por quebradas fértiles y amenas, por lo general de no mucha extensión. La abundancia de mineral ha esterilizado el terreno próximo á ellos, y la rigidez del clima de las punas obliga indefectiblemente á la población á circunscribirse, en la sierra, á los valles y faldas de las profundas quebradas, y á las cañadas, la arena muerta de la costa. Esto supuesto, queda por averiguar: 1.° Si la población que en estos lugares se contenía era ó no numerosa antes que los incas la subyugaran.—2.° Si bajo el mando de éstos pudo crecer hasta dar la cifra que algunos histo-

riadores le asignan. Cuanto á lo primero, usaremos de un argumento de inducción, para probar la negativa. Para lo segundo, examinaremos las causas que hubo en contra.

La vida del salvaje es la misma en todas partes; podrán algunas tribus carecer de un vicio que en otra abunde; pero la lascivia hasta el incesto, la embriaguez y la guerra continua, más ó menos implacables, son comunes á todas. Elementos tales, más son para exterminar que para aumentar la raza humana.

Las naciones ó tribus salvajes que los misioneros franciscanos hallaron á orillas del Huállaga, del Ucayali y Pachitea, ¿qué eran sino la confirmación de lo que acaba de decirse? Partiendo de los verídicos datos comunicados por los misioneros dichos, nos describen los sibipos, v. gr., viviendo en chozas, y tan esparcidos, que, no siendo sino mil, ocupaban una extensión de ciento veinte leguas cuadradas, y tan guerreros, que habían casi aniquilado á sus vecinos los setebos. Píntannos á los «Cholones é Hibitos» entregados á la piratería, asaltando y destruyendo los pueblos comarcanos», y, en general, á las cuarenta y dos naciones que descubrieron, diciendo de ellos que «viven esparcidos por sus bosques y flores-

tas, congregándose en pequeñas tribus, bajo la dirección de uno ó dos caciques, de las cuales cada una se reputa nación distinta y enemiga de la otra».

Estas noticias, no conjeturadas, sino tomadas de irrefragables testimonios, no sólo nos dan idea exacta de lo que eran las tribus independientes dichas, sino que, apoyados en fundamento tan sólido, podemos asegurar que el resto del Perú, antes de los incas, estaba vaciado en el mismo molde, pues las mismas causas, y en iguales circunstancias, deben producir iguales efectos. Veámoslo al punto.

Por las relaciones que los indios del Cuzco dieron á los conquistadores y á los primitivos historiadores del Perú, se colige «que había antiguamente gran desorden en todas las provincias de este reino, que nosotros llamamos Perú, y que los naturales eran de tan poca razón y entendimiento, que es de no creer; porque dicen que eran muy bestiales y que muchos comían carne humana, y otros tomaban á sus hijas y madres por mujeres, cometiendo sin esto otros pecados mayores y más graves; por causas muy livianas salían á darse guerra, y se mataban y capturaban todos los más que podían».[6]

Concretando estos datos generales á varias de las naciones ó tribus, veremos á los de *Puná* «que, confiados en la fortaleza de su isla, eran muy molestos á los comarcanos; comían carne humana, tocaban en el pecado nefando, y los hermanos no se abstenían de las hermanas».[7]

Los *yungas* «gastaban muchos días y noches en sus banquetes y bebidas; es mucha la chicha que beben, pues nunca dejan de tener el vaso en la mano».[8]

El mismo autor nos dice de los de Huancabamba que «en los tiempos pasados tenían estos indios guerras y contiendas, y por cosas livianas se mataban, tomándose las mujeres», y aun afirma que «algunos de ellos comían carne humana».

Poblaron los *Huancas* el valle de Jauja y la larga quebrada de Tayacaja, «gastando su actividad en luchas intestinas».[9] Los que vivían en las hermosas campiñas de Huánuco, valientes y robustos, antes que los incas los señoreasen, «se dieron muchas y muy crueles batallas; tenían los pueblos derramados y tan desviados, que los unos no sabían por entero de los otros....; se daban guerras los unos á los otros por causas muy livianas».[10]

Este mismo aislamiento se sabe de los

huancayos y *huamalíes;* pues «aunque esforzados y de buen sentido, vivían dispersos y casi sin saber unos de otros; reuníanse raras veces».[11] Sobresalían por sus continuas discordias los *Blumpos,* que, «no abundando en subsistencias, hacían vida más atormentada y precaria con las no interrumpidas contiendas; en ellas se destrozaban sin piedad.[12]

Parécenos inútil seguir con esta relación, demasiado fácil de aumentar, sobre todo porque al tratar de las conquistas de los reyes incas nos será forzoso decir algo siquiera del lastimoso estado en que se hallaban no pocos de los pueblos que sometieron.

Quede, pues, sentado que la población diseminada en el vasto territorio del Perú no podía ser crecida, porque entrañaba los vicios y calamidades que aniquilan la raza humana, y porque buena parte de él estaba casi despoblado, como afirma el inca Garcilaso de la Vega,[13] donde dice: «Los incas, yendo conquistando, hallaban algunas provincias fértiles, pero mal pobladas y mal cultivadas por falta de moradores.» Y hablando de parte de la costa, dice en el mismo capítulo: «Había grandes valles fertilísimos, los cuales antes de los incas no se

habitaban, porque los indios no se habían dado maña para sacar acequias y regar los campos». Vino el imperio inca, y con él «los principios de unidad y orden que reemplazaron las matanzas y la obscuridad en que vivían multitud de naciones, sin poder entenderse, y sin ideas de moral ni humanidad».[11]

Queda, pues, probada la imposibilidad física que en el Perú había para sustentar crecida población antes de que lo señorearan los descendientes de Manco-Capac.

Pasemos ahora á los incas, y admitamos como cierto que el pequeño estado fundado por Manco y su esposa Mama-Ocllo tuviera diez leguas por seis, ó sean sesenta cuadradas; la población que á este territorio puede asignarse á lo sumo es de treinta mil almas, puesto que fué necesario reunir *pacíficamente* varias tribus, darles policía y cultura, sujetarlas á un trabajo nada ligero, y á unas leyes en muy poca consonancia con la vida agreste é independiente del salvaje.

Muchas serían, sin duda, las habilidades de Mama-Ocllo, grande el don de gobierno de Manco; pero formar pueblos numerosos como por ensalmo, y con tribus que tenían que desnudarse en buena parte de sus

creencias y costumbres, agrupando á sus moradores en torno de dulzuras para ellos desconocidas, más son conquistas que debemos relegar á los tiempos de Apolo y Pan, embelesos de poetas, que á los obscuros y antropofágicos de la celestial pareja y sus claros descendientes.

Remo, capitán de bandidos, aunque hijo de Marte, fundó á Roma; y Roma creció subyugando con las armas todos los pueblos comarcanos. Este modo de crecer es el que nos enseña la historia cuando no se atraviesa causa particular que modifique esta ley universalmente seguida (1). Dejémonos, pues, de utopías, y convengamos en que si el primer estado inca se fundó por sólo la *persuasión*, sus habitantes no serían en mucho número.

Ni se nos diga que el hombre abraza

---

(1) Sirva de ejemplo el Perú, que se pobló bien pronto de españoles; las riquezas de Atahualpa primero; las minas de Porco después, y la débil acción de la autoridad siempre, fueron el mejor reclamo de gente. California, sumidero un tiempo de la hez de todas las naciones, creció rápidamente en población por lo abundante y productivo de sus minas, y por la ausencia de autoridad que castigara los crímenes. Pero ¿estaban en estas circunstancias los pueblos absorbidos por los incas?

fácilmente aquel estado que conoce como más conforme á su naturaleza, y que este fué el gran resorte que los incas pusieron en juego; porque también la historia habla elocuentemente contra este abrazar tan fácil y espontáneo.

A los salvajes del mundo todo se les han propuesto métodos de vida perfectamente conformes con su naturaleza racional, presentándoles al entendimiento la verdad, que es su propio objeto, y el bien á la voluntad, para que se determine á abrazarlo. Los resultados, en comparación del trabajo empleado, han sido muy escasos.

La paciencia, la abnegación y el celo heroico de los misioneros de todas las Ordenes religiosas, su caridad y dulzura, la novedad de las artes mecánicas que han desplegado á los ojos de los salvajes; los plantíos y cultivos de semillas desconocidas para ellos, y aun á veces los más patentes milagros, han recogido exiguo fruto, y se han necesitado muchos años de constancia y sacrificio para reducir siquiera á vida social algunas tribus salvajes, ¡y eso que la sociedad es tan connatural al hombre!

Ni Manco, ni los continuadores de su política, pudieron descoger ante los ojos de las naciones absorbidas por la persuasión,

un lienzo que tuviera dibujadas las maravillas encerradas en los diez preceptos del Decálogo.

De aquí nace un reparo, y nace con toda la inflexible fuerza de la lógica. Si las naciones atraídas *dulcemente* por los incas han sido tantas como las historias nos cuentan, la civilización inca estaba muy lejos de ser como la han pintado, y el juicio de M. Carrey es profundamente exacto. Pero si las conquistas *pacíficas* de los hijos del sol se hacían apoyando las insinuaciones con las armas, no hay para qué alabarlas como hijas de una mentida espontaneidad, ni dar á la *dulce persuasión* lo que ni es ni pudo ser suyo.

Se ha querido herir á la Iglesia y á los españoles por los medios empleados en la conquista, y era necesario para ello hacer resaltar un extremo para deprimir al otro. No negaremos que algunas tribus, como la de los cañaris, resignaron su independencia sin dificultad en manos de los incas; pero aseguraremos sin hesitación alguna, que en estos casos más se trataba de huir un mal mayor, que de ceder espontáneamente á la *persuasión y á la dulzura*. Los cañaris, v. gr., serían conquistados ó por los incas ó por los caciques de Quito; optaron por

los primeros para evadirse de los segundos.

Enumeremos ya las más señaladas conquistas de los principales incas, y veamos si las noticias de mayor crédito que de ellas tenemos dan pie para sospechar fundadamente de la escasez de población en muchas de las provincias conquistadas, y de la merma que tuvieron que sufrir por medio de las armas los súbditos del inca.

Lloque-Yupanqui, el tercer inca, peleó con los de Ayaviri y Pucará, que, resueltos á morir independientes, se sometieron después de una lucha desigual, *habiendo perecido* cuantos pudieron empuñar las armas.

Maita-Capac, famoso entre los hijos del sol, domó á los de Cayaviri, que sufrieron un *estrago horrible*. En la campaña contra los Collas, que, celosos de su independencia le aguardaban junto al río de Huaychay, peleó todo el día sin visible ventaja; mas cuando por la noche contaron los Collas sus muertos, la *inmensa pérdida* los sumió en el más profundo abatimiento. Ganó, no sin sangre, la provincia de Moquegua, la que limpió de *envenenadores;* fundó en ella uno que otro pueblo, por ser *escasa la población* Cuchumas. Los de Huaicho tuvieron una *acción muy reñida* con las tropas del inca,

y los de Acllo *esforzaron la resistencia* de los pasos fragosos de la cordillera. Extendió sus dominios hasta el fértil valle de Arequipa, que pobló, pues esta región *estaba sin habitantes.*

El quinto inca, llamado Capac-Yupanqui, tuvo ya un ejército de veinte mil hombres; con él redujo á los Aimaraes de *inveteradas discordias:* los quechuas se sometieron para librarse de los *fieros chancas,* y tuvo la gloria de ser el árbitro de las *antiguas diferencias* de los caciques Cari y Chiparra.

Inca-Roca, sucesor del anterior, se estrelló contra los Antris; en cambio se posesionó de los *chaves*, que, temiendo un *exterminio de parte de los quechuas,* con los que *tenían una larga cuenta de agravios,* aceptaron el yugo de los incas.

Yahuar-Huacar se presenta en la historia incásica como un príncipe tímido y poco afecto á las conquistas; aprovechó esta índole el esforzado Anca Huallo, jefe de una crecida tribu de Huamanga, y comunicando á otras comarcas el recelo de que perdieran su libertad á manos de los incas si coaligados entre sí no desbarataban entonces el creciente poderío de estos monarcas, púsose al frente de los suyos, de los pocras y huancas, y reforzadas estas huestes con los chan-

cas, que de mala gana sufrían el yugo de los incas, se precipitaron en crecido número (30,000) sobre el Cuzco.

El encuentro con las tropas incas fué rudo; la victoria estuvo mucho tiempo indecisa; al fin se declaró por los incas, que, en recuerdo de la *mucha sangre vertida*, llamaron Yahuar Pampa, ó llanura de sangre, el lugar donde se dió.

Por esta brevísima reseña referente á nuestro propósito de ahora, parécenos que, sin temeridad alguna, podemos adoptar la opinión de que la poca población salvaje que hallaron los primeros incas en sus conquistas, no tuvo motivos de crecer mucho cuando pasó á su dominio.

Siguiéronse á estos incas otros, grandes guerreros y conquistadores, que rompieron con la pujanza de sus tropas las vallas del imperio; las nuevas adquisiciones no se lograron, como era natural, sin efusión de sangre. Huiracocha, según en su lugar dijímos, llegó al trono entre los vaivenes de la guerra civil. Anco Huallo, no queriendo señores donde él lo había sido, se *desterró de sus dominios con los valientes* que quisieron seguirle; no debieron ser pocos, pues no paró hasta la apartada Moyobamba, debelando á su paso cuantas tribus cruzó.[15]

Los pocras, por haber asesinado á los tenientes de Huiracocha, fueron de orden de éste *exterminados.*

Pachacutec daba sér y unión al imperio desde el Cuzco, mientras su hermano y el heredero del trono hacían nuevas adquisiciones.

Los huancas y conchucos, olvidando *antiguas querellas, defendían con furor los malos pasos.* Los cajamarquinos *combatían valerosamente*, ya en campo abierto, ya en los desfiladeros. En la costa hubo serias resistencias; para someter á los de Chincha fué necesario *talar los campos y renovar el ejército imperial.* La importante posición de Lunahuaná fué *defendida por un mes valientemente*, y el señor de Chuquimancu obligó á los invasores á *renovar cuatro veces* sus ejércitos. Para conquistar los dominios del Gran Chimú se contaba con la alianza de Chuquimancu y Chismancu, *antiguos enemigos del señor del Norte* por causa de los pastos y *por capturar á sus vecinos;* con todo, fué tan viril la resistencia, que defendieron su territorio *posición por posición y valle por valle.* Sobre esto échese el número de víctimas que el clima de la costa hace en los serranos.

Tupac-Yupanqui llevaba á mal que su

imperio se limitara á veintiseis leguas del Cuzco por el lado de los Andes: armó diez mil guerreros para pelear con los chunchos, pero *murió el mayor número* de ellos, más por la acción del clima que á manos de los enemigos.

Resuelta la conquista de los chiriguanas («gente sin ley ni buenas costumbres, que comían carne humana, sin perdonar á sus difuntos, y aun bebían la sangre de los que degollaban, y tenían ayuntamientos carnales con las hijas, madres y hermanas») [16] se hallaban tantos tropiezos para ella, y fué tal el pánico que se apoderó de las tropas del Cuzco, que se abandonó esta expedición.

Volviéronse los ojos hacia el Sur, y se trató de pasar el Atacama, para enseñorearse del país de Chile. Los promaucas y otras tribus aliadas resistieron con denuedo á las tropas del inca, el cual, viendo *fuera de combate su mayor número*, suspendió las conquistas. La ocupación de Chachapoyas fué también difícil, pues los guerreros del imperio *compraban cara la ocupación* de las posiciones del enemigo. Los Pacamoros, en fin, se libraron del yugo de los incas, cuyas tropas hicieron retroceder probablemente escarmentadas.

Huaina-Capac peleó con los de Puná; ahogó á los que habían ahogado algunos de sus principales jefes; salió mal parado del Chocó, y dirigió las fuerzas de su imperio á las tierras de Quito; conseguida por medios pacíficos la alianza de los cañaris, llevó sus tropas hasta los arenales de Tiocaja, donde se trabó una *sangrienta batalla, que se renovó en Atuntaqui.* Los carenques, *rebeldes al del Cuzco, fueron exterminados.*

Con la división del imperio estalló la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa. Dos terribles batallas, la de Tomebamba y y la de Ambato, *quitaron del mundo miles de soldados* de ambas partes, y como consecuencia de la segunda *se exterminó* á cuantos cañaris eran capaces de llevar las armas. Nada diré de las acciones de guerra que siguieron, porque sólo fueron dos, y á lo que parece no corrió en ella mucha sangre.

Es evidente que la anexión de tantas tribus y naciones, desde Huiracocha hasta la muerte de Huaina-Capac, costó la vida á no pocos soldados del imperio, ya la dieran en el campo de batalla, ya la perdieran á los rigores é influencia del clima de la costa. Añadamos las bajas ocasionadas en los partidarios de Huáscar por la guerra civil

de su hermano (más de ciento cincuenta mil)[17], y pesando detenidamente las conquistas de los hijos del sol, hallaremos que, no obstante las muchas tribus que sin esgrimir sus armas pasaron á incorporarse al imperio, las adquisiciones fueron costosas á los incas, por los muchos soldados que al hacerlas perdieron, y por los muchos nuevos súbditos de que necesariamente se privaron en los campos de batalla, que fueron cuantos prefirieron la muerte á la dominación incásica.

A estos motivos de despoblación síguense otros que no son para omitidos. Es el primero, que conociendo los incas lo mal avenidos que estaban los señores de la costa con la nueva sujeción, tratarían, según costumbre, de introducir buen número de mitimaes de la sierra en las nuevas adquisiciones, medida que, si aseguraba la subordinación, acarrearía no pocas muertes á los trasladados, por la maléfica acción del clima.

La costumbre universalmente admitida de enterrar alguna ó algunas mujeres vivas para ir á servir á sus maridos difuntos, da también ocasión á creer que los estragos de la guerra se extenderían no pocas veces aun á las esposas de los que en ella pere-

cieron (1). El autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*, el inca D. Calixto Bustamante (*a*) Concolorcobo, añade otra razón en su libro, ya muy raro, y es ésta, con sus mismas palabras: «Los incas, caciques y demás señores, reservaban para sí una gran multitud de mujeres, de lo que resultaba que el común del pueblo no tenía el suficiente para propagarse, por lo que era muy común el pecado nefando y bestial, que hallaron muy propagado los españoles, y que casi extinguieron con el buen orden y establecimiento de los casamientos á tiempo oportuno» (2).

---

(1) Ninguno que fallecía, como fuese hombre de quien se hiciese opinión, le dejaban de matar servicio que llevase consigo; lo cual no se hacía con la gente común y con los demás, como cada uno tenía la estimación, porque no se podía tampoco hacer sin licencia del inca ó de su gobernador....; pero en caciques principales era grande la exorbitancia, porque se daban las licencias más largas, y en gobernadores, mucho mayores.» (Polo Ondegardo.)

(2) El bibliógrafo colombiano (neo granadino) Sr. Samper, á la página 20 de su *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, da la razón del por qué los conquistadores se apoderaron tan pronto del imperio inca, y es por la paz y la inocencia que en él reinaba. «Cosa singular, que comprueba que la verdadera civilización es esencialmente inocente y pa-

Si del número de guerreros puestos en pie por Huaina-Capac y Huáscar, queremos conjeturar la población del imperio, hallaremos un nuevo dato para convencernos de lo no elevado de su cifra.

Supongamos, pues, que por cada cien habitantes de ambos sexos se sacaran sólo cuatro para el servicio activo de la guerra; esto da la cifra de cuatro millones de almas por 170,000 soldados. Seguramente que el número de combatientes de los incas no llegaría nunca á esta cifra. Sólo hemos puesto el 4 por 100 como término medio; pues aunque conocemos que de las provincias que formaban el meollo del imperio se sacaría por lo menos el 10 por 100, como de mayor confianza, de las otras irían muchos menos.

Ni debe parecer esta proporción del cuatro exagerada ni muy parca, en un país que tenía á trechos almacenes provistos de todo, y en el que las mujeres podían sem-

---

cífica.» Será necesario entender aquí por paz la interior del reino, y ésta la había, en efecto, tan grande como puede concebirse entre gente que tiene cubiertas á ración las primeras necesidades de la vida, y no puede aspirar á otra. La inocencia la dejaron trazada el indio Concolocorbo, Cieza de León, Herrera y otros.

brar y recoger el maiz y las hortalizas (únicos cereales y comestibles) con tanta facilidad como los hombres.

En apoyo de la cifra de cuatro millones (á lo sumo) que damos al imperio inca, tenemos un dato valioso, y es el del inca Don Calixto Bustamante, que en su citada obra *El Lazarillo de ciegos caminantes*, dice que, en su concepto, tendría el Perú cuando la conquista, *á lo más*, siete millones de almas. Es claro que por Perú entendía él desde el Angasmayo al Maule. Confirma su opinión diciendo: «que no hay vestigios de población y de campos cultivados, con los cuales pudiera sostenerse la opinión de que existía mayor número de habitantes.»

Cuando con la detención debida estudiemos «si la población de América en general y la del Perú en particular, aumentó ó disminuyó con la conquista,» volveremos sobre este asunto, á nuestro juicio suficientemente dilucidado para nuestro presente objeto.

Resumiendo, vemos que las naciones diseminadas en lo que Huáscar heredó de su padre, eran, en general, de poca población; antes de los incas caminaban á su destrucción por sus vicios y continuas guerras: que bajo el dominio de los incas, no obs-

tante que se puso un cierto dique á los sacrificios humanos y guerras intestinas, con todo, los vicios degradantes, las guerras que sostuvieron y sus consecuencias, no dejaron crecer la población.

Terminaremos este asunto, ya demasiado largo, suplicando al lector que no dé á nuestras apreciaciones más valor que una mera probabilidad, que, si no nos parece destituída de sólido fundamento, no queremos tampoco olvidar el dicho del barón de Humboldt, á saber: «Hablar de la población que había en América antes de la conquista, es lo propio que hablar de la población que tenía en lo antiguo el Egipto ó la Persia, la Grecia ó el Lacio.»

Caminos, palacios, tambos, etc.

Continuando nuestro análisis, veamos qué serían en realidad las obras de los incas: es decir, qué juicio debemos formar de sus templos, fortalezas, palacios, acueductos y caminos.

Donde quiera que el hombre ha posado su planta por algún tiempo, allí ha dejado impreso un signo de sus creencias y cultura. Las generaciones anteriores á los incas,

mucho más adelantadas que éstos, nos han dejado monumentos tales cuales se hallan bosquejados en el apéndice primero. Raro es lo grandioso que el tiempo ó el hombre no hayan respetado siquiera algunos siglos. Testigos, no sólo los monumentos á que acabamos de referirnos, sino testigos en Méjico la gran pirámide de Cholula (de base casi dupla de la de Cheops), y el monumento de Xochicalco.

Pero no solamente estos grandiosos monumentos han existido á través de los siglos y de las generaciones, sino también otros de menores proporciones, y que, por su mayor delicadeza, están más expuestos á perecer, ó por la mano airada del hombre, ó por la acción lenta, pero destructora, de los siglos. De esta especie son las obras que los romanos dejaron en sus posesiones. Los circos, caminos, puentes, acueductos, etc., ó permanecen casi intactos, ó en sus ruinas se lee la grandeza que siglos antes ostentaron.

Vino la invasión de los bárbaros del Norte, á manera de torrente devastador, sobre el Mediodía de Europa; los suevos, vándalos, alanos, godos y visigodos, se repartieron el imperio romano de Occidente cual les plugo, y las obras del hijo del Lacio

permanecieron intactas entre aquellos conquistadores que avasallaron cuanto hollaron.

Atila, con sus hordas de hunos, cruzó la Europa del Oriente al Poniente; marchó por las calzadas de los Césares, pasó con innumerables legiones por los puentes romanos, abrevaron sus miles de caballos en los acueductos con que los procónsules satisficieron primarias necesidades de los pueblos confiados á su gobierno, y puentes, calzadas y acueductos vieron desaparecer las formidables huestes del azote de Dios, sin mella alguna de su solidez y majestad.

Tarik, con el Corán en una mano y esgrimiendo con la otra el alfanje del Profeta, pasa de Africa en España; desbarata en Guadalete las tropas de D. Rodrigo, y poseído el corazón de la morisma del entusiasmo propio de su para ella religiosa conquista, vuelan sus escuadrones victoriosos hasta las fragosidades de Covadonga, sin que puedan los cristianos apercibirse para detener al invasor.

Pasan los califas el Pirineo; recházalos el robusto brazo de Carlos Martel, y, siglo tras siglo, hasta llegar casi á enumerar los ocho, van perdiendo palmo á palmo sus conquistas de otro tiempo. Y en esta guerra sin tregua y encarnizada, no sólo perseveran los

ya seculares monumentos romanos, sino se levantan otros nuevos, tan bellos como delicados, por manos de los árabes. Cúbrese gran parte del suelo andaluz de canales y acequias, y, no obstante los trastornos y las guerras con ellos, á pesar de la francesada con sus 600.000 soldados vomitados sobre España del año ocho al catorce, á pesar de la alianza inglesa, los monumentos romanos y moriscos subsisten casi todos, y subsisten de modo que predican la magnificencia de sus constructores.

Ahora bien: ¿qué queda en el Perú de las decantadas obras de los incas? ¿Por qué trastornos ha pasado para que de raiz, puede decirse, hayan desaparecido? ¿Qué ejércitos han cruzado sus millares de leguas cuadradas, y qué guerras ha habido desde la conquista hasta el presente, que puedan influir en la destrucción total de los estupendos caminos, palacios, templos y acueductos de los incas?

Lo poco que de sólido hicieron, hecho se está; lo que sobre algunas ruinas de incierto origen ha querido fabricar la imaginación, no se hallará. Necesario es, además, convencerse que los primeros conquistadores vieron en el Perú muchas cosas que nunca hubo; y era natural. Venidos de las

selvas de Panamá, la Antigua y Nombre de Dios; habitantes de los manglares de la costa del Norte por largo tiempo, al ver algo de cultura, campos labrados, gente vestida, chozas cercanas unas de otras, caminos que siquiera guiaban; al ver hilados y tejidos, beneficiar la plata y acomodarla á alguna industria, era natural, repetimos, que el contraste fuera rudo, y que mejoraran mucho en el aprecio las maravillas por los descubridores encontradas.

De igual ó parecido achaque que Colón, y por las mismas causas, adolecieron en este punto los primeros españoles que visitaron las tierras de los hijos del sol. Y, á la verdad, ¿qué inmensos caminos caben en una extensión tan vasta como la que tuvo el imperio de Huaina-Capac, si no hay causa muy urgente que obligue á ello?

Compele á las comunicaciones el cambio de los respectivos productos de unos pueblos con otros; la necesidad de los viajes, los centros de población é industria, etc.; pero nada de esto existía en el Perú. No había en él más ciudad que el Cuzco, según el testimonio de Cieza de León, uno de los españoles más admiradores de los incas, que al capítulo XCII de su obra se expresa así: «Y en ninguna parte de este reino del

Perú se halló forma de ciudad con notable ornamento, si no fué este Cuzco..... Y sin esto las más provincias de los indios son *poblachones*. Y si hay algunos pueblos, no tienen traza, ni orden, ni cosa política que se haya de loar.»

Y Herrera, hablando asimismo del Cuzco, asegura: «Que en ninguna otra parte del reino se halló pueblo que pareciese ciudad, sino éste, porque todos los demás son *lugarazos sin ornamento político*».[18] Y posteriormente, D. Antonio de Ulloa, en el entretenimiento vigésimo de sus *Noticias americanas,* describiendo la capacidad de los pueblos de indios que pudo reconocer como anteriores á la conquista, les asigna de trescientos á seiscientos pasos de largo á los mayores, y de ochenta á ciento el ancho. Gusto de confirmar estos datos con autoridades del país. «Las poblaciones fueron limitadas y estrechas, conforme á la natural inacción de los indios, sin forma de calles, y sus casas reducidas á la figura de horno», dice el Dr. D. Francisco Javier de Echeverría y Morales, natural de Tarapacá (1), en

(1) Este departamento, en el que están todas las grandes salitreras, pasó á ser posesión chilena como consecuencia de la guerra de 1878.

su *Memoria de la Santa Iglesia de Arequipa* (1).

La única necesidad que había de un camino, era la de comunicar el Cuzco con Quito, y se llenó, y hasta Huina-Capac no hubo tal camino, porque hasta entonces no se sintió tal necesidad. ¿Pero á qué se reducía este camino, fuera el de la sierra, fuera el de la costa? Fuera de haber terraplenado algunas hondonadas y hecho algunos escalones en los desfiladeros; fuera de haber aprovechado los incas las planicies artificiales que se encontraron hechas en muchos de los territorios que conquistaron, sus caminos eran de quince piés de ancho, y en muchos sitios carecían de toda solidez; caminos que el viajero perdía con frecuencia; pues ó los señalaban hileras de árboles ó postes de madera, ó, si corría agua, la grama que nacía al amor de ella.

La cuesta de Vilcacunca, donde Soto tuvo con Quizquiz una de las refriegas más apuradas de la conquista, nos da una idea de lo que eran los caminos de la sierra. «Subían los españoles trabajosamente los

(1) Bajo tan modesto título se oculta una preciosísima descripción de las siete subdelegaciones de la intendencia de Arequipa, tanto en lo eclesiástico como en lo civil.

escalones abiertos en el camino», dice Prescott. Y bien considerado, ¿de qué más necesitaban los incas?

En la proporción debida ha de tomarse igualmente lo que hace á palacios, templos, acueductos, etc. Del palacio que los incas tenían en Cajamarca, dice D. Antonio Alcedo: «Era un edificio ordinario de tapias, pero de mucha extensión». Y Cajamarca era, si así puede decirse, la segunda ciudad del imperio. ¿Qué diremos de los famosos acueductos? Pues que no eran sino acequias bien dispuestas, por las que admirablemente iba el agua adonde difícilmente la llevarían hoy los mejores hidráulicos. Con la conquista y la anarquía que ella inevitablemente produjo entre los mismos indios, se cegaron los tales acueductos, porque no eran, en su gran generalidad, sino sencillas excavaciones como las de regadío en nuestras huertas, y con algunas partes cubiertas de grandes losas, que á trechos iban también en el fondo (1).

Los tambos se reducían á grandes caserones cubiertos de paja, los cuales, como

---

(1) Los españoles han conservado algunos de los acuedutos ó canales construidos en el tiempo de los incas, y han hecho otros nuevos. (*Robertson.*)

los palacios y templos, carecían de ventanas. No negaremos que las habitaciones destinadas al inca abundaran en metales preciosos; que los vasos para beber la chicha serían de valor, como también los utensilios para las viandas, aunque éstas fueran, como eran, la carne y el pescado crudos.

Concluyamos, pues, que la imaginación por una parte, y la malicia por otra, han trabajado de consuno en el engrandecimiento del imperio de los incas. (Ap. VII.)

APÉNDICES

I

Los estudios arqueológicos hallarán siempre aficionados: á la sombra de muros derruidos ó solitarios, entre las excavaciones de antiquísimos cimientos, el hombre, como saliendo de la edad en que vive y desnudándose de todo afecto y sentimiento propio, se traslada á remotos siglos, y en comunicación inmediata con los objetos que fueron testigos de la vida de apartadas generaciones, pregunta á aquellos cuáles fueron los usos, creencias, conocimientos y costumbres de los que por tantos siglos le precedieron en la carrera de la vida.

Esta nobilísima tarea jamás perecerá entre los hombres; el estruendo de las armas podrá suspenderla; cesando aquél, se anudarán los estudios arqueológicos, porque son los caracteres más claros para escribir la historia, y la historia durará cuanto el mundo dure.

Reservándonos para su lugar oportuno la parte que cupo á los españoles en este estudio, vamos á bosquejar la civilización que alcanzó el Perú antes de la dominación de los incas. Los monumentos más célebres que en él existen, pertenecen sin duda alguna á tiempos extraños á esta raza, aunque no en todos es fácil de distinguir qué parte tuvieron

estos monarcas en lo que queda de aquellos, pues al conquistar los países en que estaban construídos, los utilizaron, como era natural, en provecho propio, reformándolos, componiéndolos, etc. Así, v. gr., los grandes andenes para las campiñas artificiales se hicieron antes de los incas, y éstos los aprovecharon para sus caminos.

Entre las antigüedades más célebres de toda la América, y la que más cultura demuestra, citaremos las ruínas de Tiahuanaco, así llamadas de un pueblecito próximo. Y no obstante que han suministrado material para algunos edificios, y que han estado siglos expuestas á la acción de los tiempos, y que se han removido en parte para buscar tesoros, todavía hay en ellas abundante materia de admiración y estudio. Desjardins, siguiendo á Angrand, hace una descripción bastante pormenorizada de ellas. De este autor principalmente son los datos que aquí damos.

No admite duda, dice, que estas ruinas se remontan á una época anterior á la de la dinastía peruana. Por su aspecto se viene en conocimiento de que antes de los incas hubo una cultura muy superior á la de éstos, y que los hijos del sol vivieron en una época de decadencia, como los Aztecas en Méjico. Los incas, no sólo conservaron estas ruinas, sino que, á consecuencia del nuevo culto que introdujeron, las abandonaron, de modo que á la llegada de los españoles flaqueaban sobremanera.

Tres partes distintas tiene este monumento. La fortaleza, el llamado palacio del inca, y el templo. La fortaleza es un grandioso túmulo de tierra en forma de pirámide truncada, á tres terrazas ó escalones, sostenida por muros de piedra. La base es

casi paralelográmica; tiene sus cuatro lados bien orientados, y la longitud de ellos es de 200 y 150 metros respectivamente. Los muros que sostenían los escalones dichos, los formaban grandes piedras colocadas verticalmente, las cuales en sus costados tienen ranuras para que en ellas encajaran otras más pequeñas, que, superpuestas en tongas, presentaban al exterior un relieve arqueado. Este muro, en su parte superior, formaba una especie de camino. Tschudy añade que en las inmediaciones de la terraza que hay hacia la parte de Oriente, y que no alcanza sino á la mitad de la altura de la fortaleza, halló cavernas, en las que el aire sofocante le impidió la entrada. La cima ha sido hondamente cavada, sin duda buscando tesoros. El nombre de fortaleza con que se denomina este túmulo no le cuadra, pues es muy probable que el sitio llano donde se encuentra le diera otro empleo.

Al N. E. de esta pretendida fortaleza está el llamado templo: es una terraza de forma cuadrada, según Angrand, que le da 122 metros de lado y como dos de alto; está cercado con muro de piedra sin labrar. Tiene este terraplén un recinto bien descubierto, y marcado con piedras enormes que penetran mucho en el terreno, y con todo sobresalen de cinco á seis metros; están labradas. Los monolitos de los ángulos, que forman las aristas del edificio, están cortados á escuadra; en el sentido de su espesor llevan también ranuras: parece que este monumento no debió cubrirse, pues no se ve en el interior de él cosa que indique punto de apoyo de una cubierta, que debía tener 122 metros de lado.

En la fachada occidental hay una especie de pórtico de diez piedras enormes, cuyo ancho varía

de $0^m,82$ á dos metros, y todas casi de la misma altura, labradas en la parte superior, lo que parece indicar que sostenían algo. Cerca del ángulo que mira al N. O., está la famosa puerta monolítica. Está rota por la parte superior en dos pedazos; sus dimensiones, en largo, cuatro metros, y $2^m,30$ en ancho. En el frontis hay cuatro líneas de escultura en bajo relieve. Las tres superiores constan de ocho cuadrados cada una, interrumpidas en el centro por una figura de alto relieve, que ocupa un espacio de $8^m,4$ y $0^m,55$ de ancho: tiene esta figura los miembros muy desproporcionados; la cabeza iguala en longitud á todo lo restante del cuerpo; los brazos, extendidos en cruz, y tan largos, que si se imaginaran caidos, pararían casi en la mitad de los piés. La línea inferior es una repetición de la figura de que acabamos de hablar.

Es digna de atención la cabeza, de donde salen líneas rectas rematadas en círculos, cabezas de tigre ó de condor; en cada mano tiene dos cetros como serpientes enroscadas, acabando el de la derecha en cabeza de tigre por arriba y de condor por abajo, de manera que diagonalmente se corresponden con las del cetro de la izquierda. Las figuras laterales son de hombre en el tronco, piés y manos, y llevan alas; las de la línea del medio, cabezas de tigre ó de condor; las otras, de hombres con coronas: todas manifiestan en su postura que están como adorando á la del centro; tienen una rodilla en tierra, y dirigen el cetro de la mano al cetro respectivo de la figura del centro.

Por último, hay hombres en actitud de tocar una especie de trompeta; éstos llevan unos gorros con plumas, y ocupan los últimos cuadradillos de

la línea inferior. En la cara occidental hay dos nichos al nivel del suelo, y otros dos sobre el friso que á la altura de la puerta rodea todo el monumento á manera de cordón.

El tercer edificio de Tiahuanaco, llamado el palacio del inca, está á 300 metros de la fortaleza: consta de un terraplén de 173 metros por 153 de ancho, escalonado, aunque sólo de 6 metros de altura. Precedíale un pórtico y terminaba en una vasta explanada. El estar las piedras dispuestas como en el templo, y la magnitud de ellas, parece causa suficiente para creer que esta parte sea también anterior á los incas. En los nichos que hay formados en algunas de estas piedras, se ven arcos bien hechos, casi los únicos del Nuevo Mundo anteriores á la conquista. Algunos fragmentos de los indicados edificios se conservaron por los alrededores. Las estatuas debieron ser numerosas; se conservan ocho: cinco en el pueblo de Tiahuanaco, dos en la Paz, y otra rota sobre el camino que une estos dos puntos (1). Los tres edificios de Tiahuanaco,

---

(1) «La historia de la conquista del Perú..... nos presenta un prurito de destruir todo aquello que pudiera ilustrar las generaciones venideras.» Así dice el peruano Sr. Rivero en sus *Antigüedades peruanas*. Y en sus *Memorias científicas* se expresa así, contemplando las ruinas de Chavin-Huantar: «Levanté mis lánguidos ojos hacia las ruinas de este silencioso sitio, y vi las tristes imágenes de los destrozos cometidos por nuestros antiguos opresores.» Desenlanguidézcase el Sr. Rivero y Ustáriz. Ya hacía veintidos años que no había antiguos opresores, cuando, como él no ignora, se llevaron parte de las suntuosas piedras de éste el más hermoso monumento de la América, á..... para muelas de chocolate.

esencialmente distintos, no arrojan suficiente luz acerca de su destino.

La provincia de Huari (Dep. de Ancash. al N. del Perú) conserva ruinas de importancia. El castillo de Chavín Huantar es lo más digno de conocerse. Sacaré su descripción de la *Historia de la civilización peruana*, del Sr. Lorente:

«En verdad, no podría resolverse si fué una simple fortaleza, ó si también sirvió de prisión y santuario: al exterior dos terraplenes, que están cerca del río, parecen obras avanzadas de fortificación, y el mismo carácter ostenta una pared, aún en pié, especie de ala lateral de un paralelógramo que hubo de estar abierto por el frente. Una abertura de media vara escasa conduce á un laberinto de galerías subterráneas que se cruzan en ángulos rectos, teniendo aproximadamente un metro de ancho y $1^{m},80$ de alto, presentando en el espesor de sus paredes canales cuadrados de 40 á 45 centímetros, conduciendo á veces á cuartos de una sola entrada, largos de 4 á 5 metros, por casi 2 de ancho, y hallándose bajo de ellos otros estrechos socavones que, según la creencia del país, pasaban debajo del río; casi en la parte central del edificio, en el crucero de dos galerías, hay una especie de columna granítica en forma de prisma triangular, con dibujos muy caprichosos, entre ellos de ojos y bocas con grandes colmillos.

»Se sacó del mismo castillo una piedra de granito en forma rectangular, de $1^{m},88$ de largo, $0^{m},73$ de ancho y $0^{m},15$ de grueso: hoy se halla en la Exposición, y no obstante de lo deteriorado del dibujo, se admira, junto con la labor artificial, simétrica y delicada, una figura grotesca de hombre tridáctilo,

que lleva en las manos serpientes enroscadas formando un cetro, y sobre la cabeza un adorno complicado con otras culebras y bocas de grandes colmillos.» Al Sr. Raimondi se debe el descubrimiento de estas galerías y esculturas, como en la citada obra se dice.

La fortaleza de Ollantaytambo, en las inmediaciones del Cuzco, las ruinas que aún se conservan en las islas del lago de Titicaca, las de Huánuco el Viejo, las del palacio del Gran Chimú, las de Pachacamac, etc., todas evidentemente anteriores á los incas, no sólo dan idea de mayor adelanto preincásico en la arquitectura, sino que la forma de las murallas que en mucho se nota, da pie á creer que los incas no tuvieron necesidad de hacer nada nuevo en este ramo, pues los países que sucesivamente iban conquistando hacia el Oeste y costa se hallaban con estas obras suficientemente defendidos.

La revista titulada *Scientific American*, en su número de 1.º de Marzo de 1879, da interesantes pormenores acerca de antigüedades preincásicas, que no dudamos insertar en este apéndice, para instrucción de los lectores, y para con ello corroborar lo que dejamos dicho anteriormente. La traducción, fielmente reproducida, es del peruano D. Simón Camacho.

«El Dr. E. R. Heat nos da en este particular suma tal de pormenores, que aun sorprenderá á los mismos que se hallan familiarizados con el hecho de que el Perú estuvo en otro tiempo densamente poblado por gente dada á esas empresas de cíclopes.

»Pocas de ellas únicamente podemos citar aquí; pero sobran para comprobar que nada en los tiem-

pos modernos, ni aun siquiera los millares de millas de ferrocarriles y canales, pueden, en manera alguna, rivalizar con los portentos de aquel misterioso pueblo, que ya es ido, y de cuya grandeza y poder quedan tan sólo, para marcar su huella, esos monumentos de gigantes.

»Esparcidas en toda la línea de la costa peruana se encuentran ruinas, y algunas de enorme extensión, por espacio de 1,235 millas, mientras que en cada colina, y sobre cada estribo de las montañas, se contempla la silenciosa reliquia de los tiempos que pasaron; no hay quebrada que desde el mar penetre la tierra adentro, donde no haya ruinas de muros, de fortalezas y ciudades, cementerios, y millas de millas de jardines suspendidos, y riegos y corrientes llevadas por el arte.

»En la gran mesa de los Andes, y sobre sus recuestos orientales, en medio del bosque no explorado y casi impenetrable, también se las encuentra, como testigos mudos de imperios que se alzaron, florecieron y cayeron en donde ahora no hay más que soledad y desierto.

«Acaso más imponentes son todavía los vestigios de la humana riqueza y poderío allá sobre las montañas, donde la altura y lo recio del clima parecen impedir la existencia de poblados, y hay majestuosas construcciones de granito, de pórfiro y otras rocas, que ni á la desintegración del tiempo se han rendido, ni á las transformaciones geológicas, ni al sacudimiento de los terremotos, ni á la mano sacrílega del buscador de tesoros.

«Sin mezcla de ninguna clase, dice el Dr. Heath, se sostiene aquella mampostería en murallas, templos, casas, torres, fortalezas, fuentes y sepulcros,

mantenidos á plomo por la inclinación del muro y la cabal adaptación de cada piedra á su sitio, siendo la piedra de seis y muchas más faces, tan pulidas y acomodadas una con otra sus caras, que ni la hoja más delgada de una cuchilla pudiera penetrar en sus junturas, ya en las más centrales que están ocultas, ó ya en las superficies exteriores. Estas piedras, escogidas sin reparar su forma ó tamaño, varían desde el de medio pie cúbico hasta el de 1,500 de masa continua y sólida; por manera que, si dos piedras se encontrasen que calzaran por sus dimensiones en un millón de ellas, obra sería de pura casualidad tan solamente. Hay en el centro de la fortaleza del Cuzco piedras de 13 piés de alto por 15 de largo y 8 de espesor, siendo de notar que todas fueron sacadas en canteras distantes de aquel sitio muchas leguas.

»En Tiahuanaco, que demora al Sur del lago Titicaca, las hay en forma de columnas, trabajadas en parte solamente y colocadas en línea, á distancia unas de otras, alzándose todas de la tierra como á 18 y 20 piés de altura. Forma parte de éstas un monolito que sirvió de puerta, y está roto, el cual mide 10 piés de elevación por 13 de ancho, abriendo espacio de 7 piés y 4 pulgadas para el alto de la puerta, con un ancho de tres piés y 2 pulgadas. Todo su frente está grabado, y á su lado hay otro monolito, curioso también, si más pequeño, ambos á dos de pórfido durísimo y muy diferente de la roca que se encuentra en los contornos de aquellos lugares.

»De fecha bien reciente son las exploraciones de Quelab, donde se ha encontrado una muralla de piedra escoplada, con 500 piés de ancho, 150 de alto

y 3.660 de largo, siendo la base completamente sólida. Por encima de este se levanta otro muro, de las mismas dimensiones que el primero, menos el largo, que sólo alcanza á 600 piés; y coronando el conjunto se alzan nichos de 3 piés de largo por uno y medio de ancho y de alto, en los que descansan los muertos de aquellos tiempos, encueros los unos, y cubiertos con mantas de algodón pintadas de colores que se matizan, y muchas de ellas bordadas. Tienen los esqueletos doblado el espinazo, de suerte que con la barba se tocan las rodillas y con los brazos se abarcan las piernas.

»En la muralla hay tres puertas sin hojas que las cierren, siendo de advertir que un lado de ellas forma círculo, al paso que el otro es de un ángulo completo. De la base se va subiendo por un plano de tan suave declive, que casi no se siente, y á medio camino se encuentra una garita hecha de piedra. Sobre la cúspide se ve un escondrijo muy ingenioso, con su disfrazado ventanillo, desde el cual se domina gran parte de la provincia.

»Metiéndose por las entradas del muro superpuesto, encuéntranse otros sepulcros á manera de hornos, con 6 pies de altura y 24 de circunferencia, en cuyo suelo hay lajas sobre las que descansan los muertos.

»En el lado perpendicular y peñascoso del Norte se levanta una pared de ladrillo con ventanas abiertas, á 600 piés de altura; ni se sabe para qué servían éstas, ni hay ahora manera de llegar á ellas. La esmerada construcción de los utensilios de oro y plata encontrados en la muralla, y la habilidad y solidez de su peregrina fábrica, son indicios de que pertenece á una época preincásica.

»Mas por imponentes que sean de suyo estas construcciones, muy secundario interés ofrecen si se las compara con los trabajos de la industria de los antiguos peruanos. Lo denso de la población y la naturaleza del terreno—sin meter en cuenta la probable desecación consiguiente á los cambios geológicos—hicieron indispensable formar azoteas ó *andenes* en los recuestos de las montañas y en los costados de las quebradas.

»Calculando 500 de éstos en 1.200 millas del Perú y 10 millas de azoteas de 50 hileras por lado, se encontrarán 250.000 millas de murallas de piedra, con 3 ó 4 piés de altura, ó sea para darle vuelta diez veces al mundo; y aunque semejante resultado es más que sorprendente, el Dr. Death asegura que, si se fuese á medir estos postizos, resultaría su extensión más del doble, puesto que las quebradas varían de 30 á 100 millas de largo y 10 millas de postizos es bien poco para cada quebrada.

»En San Mateo, pueblo comarcano del Rimac, que dista 77 millas de la costa, y donde las montañas miden 1.500 y 2.000 piés de elevación, contó 200 jardines, ninguno de los cuales mide menos de 4 ni más de 6 millas.

»Los que hayan leido á Prescott harán memoria de la expléndida descripción que el escritor americano hace de los antiguos caminos de los incas, comparadas con los cuales las portentosas obras que en materia de ferrocarriles dejó Enrique Meiggs, no son sino juguetes de niños.

»¿Quienes fueron esos trabajadores incansables que el Dr. Heath elocuentemente describe como un pueblo capaz de cortar 60 millas de granito, transportar peñones de duro pórfido tamaños como los de

Baalbec, millas y millas distantes de la cantera donde los sacaron, por valles de miles de piés de profundidad, sobre montañas, por llanuras, sin dejar huella de á donde los llevaron ni de donde los trajeron; pueblos que desconocían el uso del hierro, sin más acémila que la débil llama; pueblos que, después de amontonar esos peñascos, los labraban, los pulían, los tornaban en muros con la exactitud de un mosaico, y formaban azoteas para sus siembras por millas de millas, y levantaban colinas de adobe y tierra y construían grandes ciudades, y hacían labores de barro, de piedra, cobre, plata y oro, y bordados cuyos rivales mal pudieran encontrarse en nuestros días; pueblos que parecían tener las riquezas de Dives, las fuerzas y energía de Hércules, y la industria y el tesón de la hormiga y de la abeja?

«¿Quién de nuestros estudiosos investigadores resolverá estos problemas?» Hasta aquí la traducción.

Pero estas ruínas, y muchas otras, sólo son testigos de la ambición, crueldad ó idolatría. En las llamadas *huacas* se halla una multitud de objetos pequeños, retratos verdaderos de la vida social y de la industria anterior á la conquista de los incas. En la sierra hay muy poco que estudiar, sea porque aún no se ha descubierto, sea porque los que la poblaron vivían muy atrasados, ó, como algunos quieren, porque cayeron en destructor abandono bajo la dominación absorbente de los incas.

La costa, y en especial el Gran Chimú, encierra lo más variado que hay en este particular. La materia de los dichos objetos es también muy variada; los hay de piedra, oro, plata, cobre, algodón, hueso, madera, pluma, pieles, lana, etc., y aun de la ali-

gación del cobre con el estaño. De entre éstos, la madera es la de menor aplicación, por la falta de instrumentos aptos para labrarla; en cambio, los artefactos de algodón y lana abundan en toda clase de tejidos, y poco los de pluma y pieles.

La principal riqueza de estas antigüedades está en la cerámica. Los huacos ó vasijas de barro varían mucho en sus formas, imitando casi cuanto la naturaleza les ofrecía en el reino animal. Se hallan huacos tan ingeniosos, que al salir el líquido imitan con su ruido al grito del animal que en él está esculpido. Las soldaduras llaman la atención por su consistencia. Las obras de platería, abundantes aunque pequeñas, no estaban mal trabajadas; otro tanto debe decirse de las de piedra, notándose gran atraso en las de madera, no sólo en lo tosco del labrado, sino más aún en lo disforme de las proporciones (1).

Que esta civilización de la costa no era conocida de los incas, pruébalo el haber llevado Pachacutec al Cuzco plateros de Chanchán para enseñar á sus indios (2). Los símbolos jeroglíficos podían haber arrojado mucha luz sobre la historia antigua del Perú, si los incas no los hubieran hecho caer en desuso; no sólo se han hallado esculpidos en pie-

---

(1) Pueden verse las láminas de las *Antigüedades peruanas* de los Sres. Rivero y Tschudy.

(2) Las piezas que se conservan en el Real Gabinete de Madrid, son más admiradas por razón de la habilidad que se necesita para ejecutarlas con instrumentos imperfectos, que por su elegancia y delicadeza efectiva; y las artes, aunque más adelantadas que en las demás partes de América, estaban aún en la infancia.

dras, sino en tejidos y huacos, como el que tenía estampado una especie de velo mortuorio sacado del inmenso cementerio de Ancón (pueblecito de la costa inmediato á Lima). También se hallaron en la provincia de Santa, esculpidos sobre piedras dioríticas, revelando el color rojizo de las inscripciones que fueron hechas muy anteriormente á los incas (1).

Lo dicho nos parece suficiente para dar una idea aproximada del estado de cultura en los tiempos preincásicos, y para robustecer lo que hoy admiten todos los arqueólogos, á saber: el estado de decadencia en que se hallaba en general el Perú á la llegada de los conquistadores. Si fué el gobierno de los hijos del sol el que paralizó y aun hizo olvidar buena parte de lo sabido, ó si ya se había llegado en la costa desde Chincha al Norte al dicho estado de decadencia cuando esta región fué conquistada por los monarcas del Cuzco, asunto es sobre el que fallarán el tiempo y el estudio de las antigüedades peruanas.

II

Esta imagen del Sol cupo á Mancio Sierra de Leguízamo, y no valía más que dos mil pesos de oro, como él declara en su testamento, cláusula 12.ª:

(1) El Sr. Raimondi ha probado esto valiéndose de la naturaleza de la piedra dorítica, que, de color verdoso, se va poco á poco transformando en rojiza por la acción química del aire atmosférico; así, los jeroglíficos, tallados en la piedra verdosa, ya están del color rojo, cambio que necesita de siglos.

«Y yo hube la figura del Sol que tenían hecha de oro los ingas en la casa del Sol, que agora es convento de Santo Domingo, donde hacían sus idolatrías; que me parece que valdría hasta dos mil pesos de oro.»

Según he visto en varios autores, y muy especialmente en la nota que corresponde á la pág. 5 del primer tomo de las *Relaciones Geográficas del Perú*, el peso de oro ó castellano valía entonces 485 maravedises. Como el real de vellón tenía 34 maravedises, resulta para el peso de oro el valor de 14 reales vellón, y una fracción insignificante de maravedises; de modo que á 28,000 reales, ó sean 7,000 pesetas, ascendió solamente la imagen del Sol.

Generoso en verdad estuvo el Sr. D. José Rosendo Gutiérrez (americano) al asignarle á los dos mil pesos de oro el valor de 150,000 pesetas. Dice, pues, este escritor en sus lucubraciones acerca del conquistador Mancio Sierra: «Todavía recibió una rica presa de inestimable valor moral, y cuyo valor material apreciaba el mismo interesado en 2,600 pesos de oro, ó sean, aproximadamente, treinta mil pesos fuertes [ó sean las 150,000 pesetas] de nuestra moneda actual. Era la imagen del Sol, etc.» *(Rev. Per.*, tomo II, pág. 30. Lima, 1879.)

Como esta liquidación que hemos hecho quedara expuesta á la desconfianza, y á engendrar cierta sospecha de que los españoles queremos rebajar los tesoros de que se hicieron los conquistadores, presentaremos un documento que nos abone una vez más acerca del valor de los 485 maravedises que dimos al peso de oro ó castellano. Sea, pues, la «Relación del oro, plata y piedras preciosas que se fundieron, marcaron é quintaron en la fundición del

Cuzco, desde 20 de Mayo de 1535 hasta el último de Julio del mismo año.» Dice, pues, una de las muchas partidas que en ella constan: «En 8 de Julio, el adelantado D. Diego de Almagro, metió á fundir nueve mil cuarenta y siete pesos de oro, de que sacó fundidos ocho mil é setecientos pesos de oro de diversas leyes, que, reducidos, valieron dos cuentos é novecientos é ocho mil é setecientos é veinte maravedis.» Lo que da al peso de oro algo más de 340 maravedises.

Tomemos al azar otro asiento cualquiera: «Rodrigo de Herrera fundió é quintó seiscientos é veinte pesos de oro de diversos quilates, que, reducidos, valieron ciento é noventa y un mil é ochocientos é cuarenta maravedis». Hecha la división, sólo alcanza á 309 maravedises el valor del peso de oro.

Veamos el oro sacado de las minas. «Pedro Sancho metió á fundir ciento é cuarenta pesos de oro de minas, de que sacó fundidos ciento é treinta y seis pesos de oro, que, reducidos por la ley que tuvieron, montaron cuarenta y siete mil é ducientos é cuarenta maravedis.» Como de mejor ley este oro que los anteriores, dió el peso de oro trescientos cuarenta maravedises. (Cf. *Colección de Torres de Mendoza*, tomo VI, pág. 503 y siguientes.)

Si Mancio Sierra hubiera fundido la lámina, probablemente no hubiera sacado de ella ni las siete mil pesetas.

III

En el convento de Jerónimos de Lisboa, llamado Nuestra Señora de Belén, hubo otra suerte de Coricancha, cuya memoria es ocasión de refrescar. Pon-

dré á la letra lo que reza la crónica de la Orden: «Vese aquí dos veces al año una cosa hermosísima, que por estar la casa bien puesta al Mediodía, y se alarga de Oriente á Poniente, entra el sol cuando se va á poner por el corredor que dije que está al fin del dormitorio, y pasa seiscientos piés que tiene de largo, y por el antecoro que tiene treinta, y por el mismo coro por debajo del facistol, y va á dar á la misma custodia del Santísimo Sacramento, que son más de novecientos piés de edificio, como quien antes de irse á poner y acostarse va á reconocer su Criador y á adorarle.»

IV

«Parte del aposento donde dormía el sol (era un bulto pequeño tapado que lo traían y llevaban del templo á la plaza, y viceversa), tenían hecho un cuerpo pequeño, que sería como una era grande donde sembraban á su tiempo maiz: regábanlo á mano con agua que traían á cuestas para el sol; y el tiempo que celebraban sus fiestas, que era en el año tres veces, cuando sembraban las sementeras, y cuando las cogían, y cuando hacían orejones (es decir, cuando taladraban el cartílago de la oreja á los jóvenes de la nobleza), henchían este huerto de cañas de maiz hechas de oro, con sus mazorcas y hojas al natural como de maiz, todo de oro muy fino, las cuales tenían guardadas para poner en estos tiempos.» (Pedro Pizarro). Este cronista vino al Perú cuando D. Francisco Pizarro volvió de España con sus otros hermanos. Solo tenía quince años, y venía como paje del Marqués. Era natural de Tole-

do, oriundo de Extremadura, y deudo de los Pizarro. Intervino, por consiguiente, en toda la conquista, y á los diez y ocho años tuvo su primer hecho de armas en Cajamarca. Se halló en el sitio del Cuzco, y en las batallas de las Salinas y Chupas. Avecindado en Arequipa, no quiso seguir el partido de Gonzalo Pizarro, el cual lo desterró á los Charcas. Su crónica alcanza hasta la rebelión que en el Cuzco fraguó Hernández Girón. Fuera de alguna parcialidad que muestra por los suyos en los asuntos de Almagro, puede seguírsele con confianza. Tiene datos muy curiosos acerca del gobierno de los incas y de algunos conquistadores, y todo lo que narra lo hace como testigo de vista, como él mismo lo asegura. Parece que escribió su crónica en 1571, ó al menos que la acabó en esta fecha.

V

De la venida del Apóstol Santo Tomás. Medallas, etc.

«Aportó por las costas que hoy llamamos de la »Nasca, Ica, Pisco, Cañete, Calango y Pachacamac, »costa seguida desde Chile, Arica y Arequipa; que »lo que hoy es ciudad de Lima nunca fué población, »aunque á media legua, y á una y á dos, hubo al»gunos indios que servían á las huacas, que hoy »muestran haber sido grandes y suntuosos edificios, »el gran adoratorio y corte fué el de Pachacamac, »de que diremos adelante mucho, y ahora algo.

»Donde hay hoy viva memoria y señales de este »Santo es en Calango. De las huellas, peña y letras

»tratan algunos autores, pero poco y no de todo. »Yo, viendo que está cerca de esta ciudad, he he- »cho cuidadosa diligencia, informándome de perso- »nas antiguas de crédito y autoridad, y del que ma- »yor copia hallé, por haber continuado muchos »años con atención, diligencia y curiosidad las no- »ticias y tradiciones de estas piedras de Calango, »fué del P. Juan Vázquez, de la Compañía de Jesús, »Rector que conocí dos veces en el Colegio del »Cuzco, y pocos años ha que lo fué de la casa prin- »cipal de Lima, poco después de su vuelta de Roma, »adonde fué por Procurador general de esta provin- »cia, y ahora es Rector del pueblo de Santiago, en »el cercado de Lima, eminente lenguaraz y gran »predicador de indios: está en el Perú desde el año »de 1570, en que ha ganado méritos, ánimos y re- »putación. Este religioso ha examinado varias veces »diferentes indios, ya naturales de Calango, ya con- »vecinos, y muchos comarcanos, y en todos dice »haber hallado igual relación y concernientes no- »ticias.»

Convienen todos en que, en los antiquísimos tiempos, anduvo un hombre blanco, alto y barbudo, por todos estos valles y tierras, predicando una ley que enseñaba el camino del cielo y prohibía los vi- cios, que arrojaban las gentes al infierno; quitó las borracheras, adulterios y el casarse con muchas mujeres; dormía y echábase á reposar un poco de la noche en una piedra que está en el valle arriba, donde estampó todo su cuerpo por la espalda, cere- bro y pantorrillas; y en otra losa, junto al pueblo, se subía á predicar contra los ídolos, por haber en aquellos contornos innumerables, y ser la sentina de los hechiceros y donde los demonios daban or-

dinarias respuestas y continuos oráculos; desde que una vez los mandó callar este hombre, nunca más hablaron y para siempre enmudecieron. En esta piedra dejó una vez señalada la huella del pie izquierdo y unas letras que pintó con el dedo.

La otra huella dejó en otra piedra grande de la banda del río, donde predicaba á la multitud. Es pantaba el ver las maravillas que hacía y el señalar sus huellas cuando pisaba; enseñóles lo que habían de hablar con Dios. A éste persiguieron, y él los dejó, yéndose á otras tierras. Venerábanse mucho estas tres losas, como lugares donde habitaba aquel gran Señor; por allí cerca hay adoratorios y muchos idólatras.

«Hasta aquí el P. Juan Vázquez. Informándome »también de muchos religiosos de la Orden de San- »to Domingo (cuya ha sido aquella doctrina muchos »años, aunque ya es de clérigos desde el año 616), »un religioso, que fué doctrinante de Calango mu- »chos años, y supe era el que más había trabajado »en su antigüedad y tradiciones, me dió la relación »en esta manera: está Calango á quince leguas de »Lima y diez de Pachacamac, hacia la sierra, tres »de Mala; fué pueblo grande antiguamente, y ahora »de cincuenta indios tributarios, siempre muy idó- »latras, y ahora no todos muy católicos. Está una »peña grande de más de doce piés de largo, en un »altillo de ladería sobre unos andenes como gran- »des pasos de escalera, junto á la iglesia vieja y casa »antigua de los padres; es esta peña blanca, y muy »lisa y bruñida, diferente de las otras que hay por »allí, que cuando le da el sol ó la luna, hace visos »como si fuera de plata; tiene una huella de catorce »puntos, en ella hundida, como si fuera en blanda

»cera, y á una parte muchas letras en renglones, »unas griegas y otras hebreas.

«En el carácter griego sólo conocí la X y la Y »(porque las Xps y Didymus tienen estas letras). »Yo, deseoso de saber lo que contenían, las envié, »siendo doctrinante de Calango, el año de 1615, á »esta ciudad de Lima, entintando el hueco de las »letras, y estampándolas en papel. Lleváronse los »caracteres por todos los conventos, y ninguno supo »griego, ni hebreo, si bien conocían que eran letras »hebreas y griegas, y alguno que sabía, no las de- »claró por estar no muy señaladas algunas letras y »confusos algunos puntos. Otra de la misma forma »me dijeron los caciques, estaba de la otra parte »del río; no la vi, porque venía el río muy grande, »y dejando el verla para después de las aguas, salí »antes de la doctrina. Pero lleváronme los indios »doce ó catorce cuadras del pueblo, á ver otra peña »y piedra llana del tamaño de la referida; está el va- »lle arriba, en un llano donde los indios siembran »coca, en la cual vi, hundida en la piedra, una señal »y figura de uno como cuerpo grande que está »amortajado, porque tenía juntos los piés, y señala- »ba sólo los calcañares, las pantorrillas, los muslos, »las espaldas, los codos, pescuezo y cabeza.

«Lo que del gobernador, cacique é indios viejos »averigüé, con buenas prevenciones, fué que en los »tiempos antiquísimos predicó por aquellas tierras »un hombre alto, blanco y de ojos azules; que se »echaba á dormir sobre aquella peña, mirando al »cielo, y dejó, para memoria, figurado allí su cuer- »po; y la una huella la estampó predicando, y la »otra al tiempo de irse á otras muchas tierras, y que »las letras las escribió con el dedo, dándoles á en-

»tender y para comprobar que el Dios á quien él »predicaba era poderoso, y su ley verdadera. Los »prelados mandaron que se hiciesen ramadas sobre »estas tres losas, debiéndoseles mayor veneración. »El año de 1625, me dicen que el licenciado Duarte »Fernández, visitador del Arzobispo, mandó picar »las letras; no puedo creer cosa tan mala.»—Hasta aquí es del dicho Padre.

«Trabajando yo en averiguar las formas y las figu»ras de esta piedra, de que tantas cosas se dicen, ya »por estar á quince leguas solas de esta ciudad de »Lima, y que he pasado yo dos leguas de la piedra, »y ya porque, borradas las letras, pisada y figura, »se borraría la memoria de esta antigüedad, he ave»riguado lo siguiente: esta piedra fué tenida de »tiempos inmemorables en suma veneración, como »cosa en que dejó aquel miraculoso hombre sus »vestigios.

»Continuando mis diligencias, me dió las averi»guaciones que hizo y la forma y figuras de la pie»dra, que tengo en mi poder, que sacó antes de pi»carla el licenciado Duarte Fernández, docto en »derechos y gran abogado, antes de clérigo, muy »entendido en letras humanas, y curioso en letras »divinas, persona recogida y autorizada; envióle por »visitador de estos llanos el Arzobispo D. Gonzalo »de Ocampo, y llegando al pueblo de Calango, mar»tes, á 2 de Diciembre 1625, hizo averiguaciones de »aquella piedra, que á la letra saqué de su diario. »Dicen así:

»En este pueblo (junto á Calango) está y fuí á ver »á un indio, que por raro quise conocer, quien dijo »tenía ciento cuarenta y siete años; por su aspecto »parecía muy viejo: movíase sobre un palo y arras-

»trándose; era ya cuando entraron los españoles in-»dio grande, que corría los chasquis. Entramos en »Calango por entre sierras peladas, y en partes por »entre un cañaveral de un callejón tan angosto, »desmontaron los indios de Calango el camino y pa-»samos el vado; algunos indios é indias tienen aquí »las caras oberas, de manchas azules.

»Tienen tradición que un huaca de los que des-»cubrió el doctor Avila, se las ponía así; de que ha-»llé noticia en el libro de la visita que hizo el año de »1611. Es lástima ver la doctrina donde falta cura, »un pueblo de cincuenta casas de adobes, está por »una parte arrimado á la sierra y por otra al río que »sube al Este, tiene muchas y regaladas frutas y »apetitosos pescados; junto adonde estaba la iglesia »vieja, está la piedra de que tantas antigüedades »dicen las tradiciones, de un mármol azul y blanco »luciente. Está dos varas y cuarta más levantada »por la una cabeza, seis varas y media tiene de lar-»go, y de ancho cuatro y media; está figurada é im-»presa una planta del pie izquierdo de más de doce »puntos, y por encima unas señales ó letras á XX, »como pondré en la figura; más abajo están unos »círculos y otras como llaves: no quisieron decir los »indios su origen. Están en este pueblecillo, que es »todo idólatra, los sacerdotes de los ídolos y los »maestros de la hechicería; en treinta y siete ado-»ratorios se pusieron treinta y siete cruces el año »de 1611; era cacique en Calango D. Juan Pachao, »y este y otro indio viejo declararon, y después de »algunas diligencias, confesaron ser tradición de sus »antepasados, que en la lengua general se llamaba »aquella piedra *coyllor sayana*, que quiere decir »*piedra donde se paraba la estrella*, y en la lengua

»materna se llamaba, entre los de la parcialidad, »*Yumisca Lantacavra*, que significa la *vestidura ó pe-*»*llejo de la estrella:* este nombre tuvo desde que, ha-»biéndose subido sobre la piedra un indio y una »india al acto venéreo, y estando él mirando al cie-»lo, cayó una estrella y los confundió á entrambos, »y por esto no se atrevía ningún indio á ofender á »la piedra, ni á intentar en tales actos á mirar las »estrellas, y aquellos cercos junto al pie era el *can-*»*laucaro*, que era figura de aquella estrella, para »memoria de aquel castigo, como aquel hombre que »allí dejó la huella predicando ley nueva daba rayos »de sí como estrella, y porque castigó con estrella y »fuego á los dos sensuales que, sin respeto, ofendieron »á Dios sobre la pisada del Santo, la llamaban pie-»dra donde se paró la estrella, y la estrella llamaban »vestidura del Santo; de que se prueba que al que »dejó allí la huella, llamaban los indios estrella del »cielo; las letras y la figura de la piedra eran és-»tas (1).

»Las dos llaves, una mayor que otra, no las co-»nocieron ni usaron los indios en sus casas, ni has-»ta que vinieron españoles vieron anclas, ni supie-»ron de caracteres ni de letras: el áncora fué en las »naciones hebreas y latinas símbolo de la esperan-»za, como la llamó San Pablo en el capítulo VI de la »epístola á los hebreos. Si acaso, quiso significar

(1) El croquis que se ve en el manuscrito no permite sacar de ese jeroglífico la copia impresa que habríamos deseado ofrecer á nuestros lectores, motivo por el cual nos limitaremos á indicarles que la prolija descripción contenida en el texto dispensa de agregar la copia misma del jeroglífico. (*Nota del P. Calancha*).

»que le esperasen, que en los venideros tiempos »entrarían las llaves de San Pedro en estas tierras, »donde él dejó sus pisadas y no pudo introducirse »su fe.

»Viendo el visitador Duarte Fernández que todos »los contornos de la piedra, en larga distancia, es- »taban cercados de colcas, que son unos sótanos »donde había entierros, y algunos con cuerpos »frescos de menos de un año, temiendo que indios »tan idólatras, donde hay sucupos, adoraban su- »persticiosamente aquella piedra, le hizo picar las »figuras, y las picó un fulano de Segura que le »acompañaba en la visita, poniendo á la cabecera »de la piedra una cruz.

»Esto bastará para quitar cualquiera superstí- »ción, y no hizo bien en borrar una huella tan digna »de veneración; pero quizá fué impulso del cielo; »las otras están hoy vivas, de la otra parte del río »de Calango. He querido poner todo esto, porque »cuantos han deseado saber de esta piedra, hallen »verdaderas noticias de lo que tuvo y sepan el es- »tado que hoy tiene.

»El Dr. Hernando de Avendaño, catedrático de »Teología en esta universidad de Lima, canónigo de »su catedral, visitando la idolatría por comisión d el »virrey príncipe de Esquilache, y del arzobispo »Lobo Guerrero, hizo exacta diligencia y gran in- »formación de las noticias, tradición y antigüeda- »des de la piedra, que hasta hoy conserva el nom- »bre del que predicó, apóstol en este Perú. Y en »breve lo que sacó de todos los indios, es lo siguien- »te, que él mismo me entregó. En la collana de »Lampas, que es pueblo del corregimiento de Ca- »jatambo, nueve jornadas al Este de Lima, en el

»campo, en una apacible llanada, está la piedra tan »nombrada en aquellos países: es una peña del »tamaño de una mesa; en ella están dos huellas de »piés, izquierdo y derecho, impresas al modo de un »hombre que está plantado, y cerca del un pie el »hoyo de un bordón; es asentada tradición, y anti»güedad heredada en todos los indios de la collana »de Lampas y de sus contornos, que en los antiquí»simos tiempos predicó un hombre que se llamaba »apóstol, y les dijo el camino del cielo; predicaba »subido en aquella piedra, en que dejó sus huellas »estampadas y su bordón, y allí concurría, de todos »los valles, la multitud.» (De la *Crónica Agustiniana del Perú*, del M. Rdo. P. M. Fray Antonio de la Calancha, lib. III, cap. II.)

Otros autores han tratado de esta piedra y de sus caracteres; y para que los aficionados á arqueología puedan tener más datos acerca del asunto que nos ocupa, trasladaré parte del artículo XXII de las *Memorias de la América Meridional*, que dejó inéditas el Sr. D. José Eusebio de Llano Zapata, natural de Lima, admiración de su tiempo, y del que daremos circunstanciadas noticias en el tomo correspondiente á los americanos que sobresalieron por su ciencia durante la dominación española. Dice, pues, así:

«Examinemos los caracteres y signos que nos representa la lámina grabada en la piedra. Los caracteres son ocho letras, que tienen toda la apariencia de griegas, aunque mal formadas. Los signos demuestran la impresión de un pie entre dos que parecen llaves. Cerca de la una, que es más pequeña, en línea casi paralela, se ve una ancla distintamente expresada, vecina á la huella; con

sólo la división de una línea, que corta el diámetro, se expresa una órbita que, en figura espiral, se divide en tres círculos que, en disminución, terminan en uno más pequeño, estando colocado el todo así como se representa en esta lámina, que es la misma que nos da el citado M. Calancha. Vamos por partes, y averigüemos qué significan las letras.

Si ellas son legítimamente griegas, como se pretende, dan en la interpretación el año 4330. Esto significan las cuatro χ, las tres H, y la *lambda* mal grabada que nos ofrece la lámina, aunque no guardan método en la numeración. Allí se leen 2000, 2000, 30, 300, que hacen los 4330, que se ajustan colocando los números según el orden aritmético. Parecerá esto voluntariedad, pero no lo es, si se reducen los caracteres al valor que tienen las letras en la numeración griega, donde la χ vale 1000, la H 100, la λ 30 (1), y repitiéndose cuatro veces la χ, tres la H, y una λ, se hallará el año que hemos ajustado. Hasta ahora (no?) se ha dicho otro tanto de estos caracteres, aun habiéndose consultado en Lima todos los que se contemplaron al tiempo de su hallazgo, más inteligentes en las antigüedades y lenguas. Examinado el año que nos dan los números, se sigue que la inscripción no fué obra de alguno de los Apóstoles.

---

(1) Esta letra no la tengo por el *Ypsilón* de los griegos: si fuese tal el carácter, no tiene valor de número. La coma que se halla inversa como medio círculo é inmediata á su línea, hace ver esta λ mal grabada, que entre los griegos es lo mismo que 30, y cuando sea Ypsilón poco importa á nuestra cuenta, lo que no tiene lugar en la numeración griega.

»El año de 4330, que es la época que señala, ya no existían en el mundo, habiéndose coronado casi dos siglos antes con el laurel del martirio. Y aunque se quisiera hacer autor de aquellas letras á San Juan Evangelista, que sobrevivió á Cristo sesenta y ocho años y murió en Efeso (1), siendo emperador Trajano, á los noventa y nueve de su edad y ciento uno de la Era Cristiana, no se ajusta el tiempo con el de la inscripción, que excede al nacimiento de este Santo en doscientos treinta y nueve años, y á la muerte en casi siglo y medio. Esto que digo es siguiendo el cómputo de Genebrando, que da la venida de Cristo por los años de 4089 (2). No es esta opinión la más recibida.

»El exceso de treinta y siete años sobre la más común la hace preferible á toda otra en el cotejo de esta inscripción; pero como para su probabilidad se necesita de más de siglo y medio, que no se encuentra en la más extendida cronología de aquellos tiempos, no se debe mirar la inscripción como monumento de la predicación de San Juan en aquellos países, ni menos de otro Apóstol, habiéndoles sobrevivido más de medio siglo. Si en la inscripción se

---

(1) El *Menologio de los Griegos* pone la muerte de este Santo Evangelista el día 6 antes de las Calendas de Octubre. Policrates, obispo de Efeso, afirma lo mismo en una carta al Pontífice Víctor; Eusebio y San Juan Crisóstomo hacen memoria de sus reliquias y sepulcro.

(2) La opinión más común de la venida de Nuestro Señor Jesucristo es la del año de 4052, á los 753 de la fundación de Roma y 42 del tiempo de Augusto, siendo cónsules Cornelio Léntulo y Calpurnio Pisón, en el cuarto año de la Olimpiada 149.

suprimiesen dos caracteres, esto es, la H y la λ, que hacen ciento treinta años, ó si constase que en algún tiempo fué tierra firme con nuestras Indias el Estrecho de Anián, que las separa del Asia, sería probable que el Santo Evangelista que ilustró aquella parte del mundo con su predicación, preparó ésta también, no habiéndola especificado en sus escritos por juzgarla un continente, como lo sería si se probase lo segundo.

»Pero obstando á lo uno la cronología y á lo otro el defecto de noticia, se debe creer que esta inscripción es supuesta, y de ningún modo obra de San Juan ni de otro Apóstol alguno, como pretenden que sea de San Bartolomé ó Santo Tomás, que murieron más de medio siglo antes que el citado Evangelista.

»Siendo, pues, estos caracteres supuestos, deben serlo igualmente los demás signos y figuras que les acompañan. Ya se deja entender que con las llaves y el ancla, en que se simbolizan la sujeción y esperanza, quiso significar el que las grabó la conversión y obediencia que manifestaron aquellas gentes á los primeros anuncios del Evangelio. Fué ésta, sin duda alguna, industriosa inventiva de alguno de los operarios, que al principio de la conquista instruyó á los indios en los rudimentos de la fe. Querría hacer muy sensibles las verdades que les proponía, dándoselas á entender en la predicación, que en signos representativos les avisaba su futura redención. Hace ver esta artificiosa idea la fábrica moderna de los instrumentos que allí se representan. No eran así las llaves ó anclas que usaban los antiguos.

Las que nos da la lámina son las mismas que

los nuestros trasportaron á aquellas tierras, y que hasta hoy, con corta diferencia, se practican iguales. Además, que el desorden de los caracteres, su impropiedad y confusión son pruebas manifiestas que carecía de toda instrucción griega el autor de aquellas letras, que apenas las supo figurar ni formar sentido de dicción, repitiendo unas mismas confusamente en la inscripción.

Por lo que hace á que los indios adorasen á la piedra, dándole el nombre de estrella, no es otra cosa que atribuir ellos á la virtud de la piedra lo que era reflexión de algún astro, y de aquí la superticiosa veneración á la losa, que dió motivo á la industria del primero que grabó las letras, signos y figuras, para convencerles en su misma idolatría de la verdad que debían creer como prevenida en la piedra que adoraban.

»Con la impresión del pie se ha pretendido significar que el pretendido apóstol la dejó estampada en la piedra como testimonio de quien huía de la dureza de aquellas gentes. Esta huella, si no la grabaron los indios, la figuró el mismo que inventó los caracteres y puso los símbolos. Yo estoy á lo primero, por hallarse otras muchas en varias partes de nuestro continente. Así, la interpretación es más arbitaria que simbólica.

Pero como para convencer á hombres rudos y faltos de instrucción, como lo eran los indios en su gentilismo, suelen tener más poder las trazas ingeniosas que la fuerza de la verdad, buscó en ellos el industrioso operario toda la virtud y energía de la persuasión, valiéndose de la vana creencia de los indios para asegurarles la fe que les proponía. Esto tuvo feliz efecto en aquellos hombres. Apenas que-

dó uno (hablo de los indios de la costa del Perú) que no abrazase el Evangelio. Y hoy son tan industriosos en la religión católica, que no se encuentran en ellos noticias ni reliquias de sus pasadas idolatrías, habiendo olvidado hasta su antiguo idioma, que sólo se habla en las sierras y montañas.

De manera que son tan españoles en la religión y el idioma, que, á no distinguirles el color, poco les diferencian las costumbres, rito é inclinaciones, como lo advertirán los que con alguna observación comunicasen con los indios de los valles y costas del Perú, donde son felices los progresos de la corona española.»

Por lo que repecta á las medallas encontradas en excavaciones, á los tesoros sepultados en los días de la conquista y á la famosa *piedra cansada*, creemos que el lector verá con gusto lo que sobre estos particulares nos dice el mismo autor en el capítulo citado:

»Medallas no han sido muchas, ni aun llegan á dos las que se han descubierto en nuestras Indias. Fué una de cobre, la que se encontró trabajándose una mina de oro en el reino de Tierra firme. Tenía unos caracteres que expresaban en abreviatura el nombre de César Augusto, y también representaba su rostro. Bastó esto para que Lucio Marineo y otros intentasen despojar á los españoles del glorioso y feliz descubrimiento de estas tierras, atribuyendo á los romanos el conocimiento de ellas. Pero esto fué una patraña de algún italiano, (1) flamenco ó alemán que, entrando á la mina, sepultó la medalla en el

(1) Pasaron en tiempo del Sr. Carlos V y Felipe II, su hijo, muchos de estas naciones á las Indias, donde tuvieron

sitio que consideró más cómodo para su hallazgo, como sucedió á pocos golpes que se dieron en una veta, que haría quizá, y sin quizá, trabajar la industriosa malicia del que maquinaba estas mentiras.

Casi lo mismo siente el Sr. Solórzano, cuya autoridad es de gran peso para refutar esta quimera. Son estas sus palabras: «Lo de la moneda ó medalla de Augusto, que dice Lucio Marineo Sículo haberse hallado en las minas de oro de Panamá, de que toman argumento de que habían ya llegado allí los romanos, es cosa sin substancia y falaz, y que se puede fingir echando allí aquella medalla para obscurecer ó disminuir con este pretexto algo de la gloria de España, como aún lo reconocen los autores que siguen la contraria opinión.

Y no es nuevo hacer en razón de estas medallas semejantes, como, trayendo algunos ejemplos, lo demuestra bien Tubias Hallero, en la oración que escribió contra los anticuarios. Y fué célebre el de un portugués, llamado Itemochardo, que escribió unos versos latinos en una piedra, imitando caracteres antiguos, que contenían, como en profecía, el descubrimiento que en el tiempo de D. Manuel se había de hacer por los portugueses de la India Oriental en este sentido.

«Volveránse las piedras, y estas letras
Se leerán por su orden cuando veas
In el Poniente el rico de Levante
El Gange, el Indio, el Tajo en uno juntos,
Cosa que, al verse, causa maravilla,
Trocaran entre sí sus mercantías.»

---

y trabajaron varias minas que hasta hoy en lo más interior del Perú retienen una que otra el nombre de la patria de su poseedor.

» Y la encerró en el promontorio que llaman *Roca de Sintra*, y después dió traza que se descubriese, como que allí cavaban y que la hallaron acaso, y leídos los versos y traídos al rey, los tuvieron por sibilinos, y aunque se descubrió la impostura, hay todavía quien trate de creerla ó acreditarla.»

Próximamente doscientos años antes que el señor Llano Zapata disertara, como acabamos de oir, acerca de este remedo de numismática, escribía el licenciado D. Tomás López Medel en su tratado *De los tres elementos, aire, agua y tierra*, una de las preciosidades ocultas aún en nuestros archivos nacionales (1): «Pues lo que se dice de las monedas romanas que fueron halladas en Panamá, etc., es cosa muy cierta y averiguada haber sido invención de dos ó tres italianos chocarreros, que hicieron caedizas por allí dos ó tres antiguas monedas romanas estando ellos allá en el descubrimiento de aquella tierra, por dar á entender que de su nación fué poseído aquel Nuevo Mundo, ó descubierto en tiempos pasados. Y esto haber sido trato y chocarrería de

(1) D. Tomás López Medel fué oidor de S. M. muchos años en Indias, y electo Arzobispo de Méjico ó Guatemala, cargo que no aceptó por no otorgársele las condiciones que ponía para desempeñarlo. Proveyó en él S. M. el cargo de provisor y administrador del hospital de Villafranca de Montes de Oca, oficio de más honra y calidad que provecho. Murió en dicho punto siendo ya muy viejo, y mandóse enterrar en el cortijo ó cementerio de la iglesia parroquial de Santiago, á vueltas de los pobres y peregrinos que se entierran allí. Trasladó sus restos un sobrino suyo, religioso Jerónimo, de quien tomamos esta breve reseña biográfica, que sirve como de prólogo á la obra.

aquéllos, averiguó un fulano de Angulo evidentísimamente.» [19]

Describiendo los subterráneos de la fortaleza del Cuzco, escribe el citado D. Eusebio Llano Zapata:

«No eran de bóveda; eran unas piedras largas, cortadas á manera de vigas, que, estribando sobre canes de piedra, se extendían de parte á parte y dejaban en hueco el pavimento del edificio.

«Es tradición muy recibida que en estas viviendas subterráneas se ocultaban muy grandes tesoros. No dificulto su creencia respecto de haber sido el Cuzco en tiempo de los incas el emporio de las riquezas del Perú. Fuera de que tenemos una noticia que hace presumible la verdad de este depósito, pondré á la letra la relación del hecho que escribe Felipe de Pomares, y cita así el Sr. Pinelo:

«Es cosa muy averiguada y recibida por verdadera, que en esta fortaleza está una casa secreta, donde hay un grandísimo tesoro, por estar en ella todas las estatuas de los incas hechas de oro, y el día de hoy es viva una señora que ha estado dentro de esta casa, llamada Doña María de Esquivel, mujer del último inca que ha habido en esta ciudad, á quien yo le he oído decir cómo fué llevada á verla, y fué en esta manera: Que esta señora se casó con D. Carlos Inca, el cual no hacía ostentación de tan gran señor como era, y Doña María le deshonraba algunas veces, y le decía que había sido engañada en casarse con un indio pobre debajo de título de señor y de inca, y tantas veces dijo esto, que D. Carlos una noche la dijo: Señora, ¿queréis ver si soy pobre ó no? Pues vos veréis el tesoro que tengo, que no le tiene mayor rey ni señor en el mundo. Y tapándole los ojos con un pañuelo, le dió

dos ó tres vueltas en torno, y luego, tomándola de la mano, la llevó no mucho compás de tierra, y la destapó los ojos, y lo vió, y quedó espantada, porque, dice, no anduvo doscientos pasos, y que bajó por unos escalones, que no fueron muchos, y que cuando la destaparon se halló en una sala grande cuadrada, y que en unos potros arrimados á las paredes estaban todas estas figuras de los incas, tan grandes como un muchacho de doce años, y que eran muchas, y todas de oro macizo, y había asimismo muchas vasijas de oro y de plata, como son cántaros, ollas, morteros y cubiletes, platos y escudillas, y *mutcas*, que son unos vasos llanos á modo de cazuelas, donde les daban la salva, que es hecha de pimientos, á los incas. Finalmente, ella dice que es uno de los mayores tesoros del mundo.»

Esta relación no es presumible la fingiese un autor del carácter y juicio de Felipe de Pomares, ni menos es creible hiciese tal impostura á una señora de calidad y virtud conocida, como lo fué Doña María Esquivel. Yo no soy fácil en creer noticias de esta naturaleza; pero acompañando á su tradición fundamentos de hechos verídicos, es preciso sujetar la creencia á una más que posible credulidad, como lo es, que D. Carlos Inca, príncipe de la estirpe de los monarcas del Perú, heredó de sus mayores la noticia de la boca de estos sótanos, y juntamente supo de las riquezas que se guardan en esta plaza, que, sin duda alguna, fué el gazofilacio de los antiguos dominantes del Perú, y por este medio tuvo también noticia de ellas Doña María de Esquivel, su consorte, que comunicó el hecho á Felipe de Pomares, según se ha visto del expresado pasaje.

«En lo llano y más bajo de esta fortaleza se ve una piedra desmedida, que los indios llaman *Rumi Sayco*, que se interpreta «piedra cansada». Fingen los naturales que cansada es la piedra hasta llegar á aquel sitio, no pudiendo repechar la cumbre donde estaba el edificio para que se había cortado y conducía, lloró sangre, volviéndola inmoble las fatigas y el cansancio.

Ella es cuadrada y de un pedernal tosco. Su mayor parte es sepultada bajo de la tierra. En una esquina está taladrada por dos partes. Estos taladros, que son unos agujeros artificiosos, son para los indios los ojos por donde pretenden lloró sangre este desmedido resto de la montaña.

Felipe de Pomares nos da su medida y el país de su producción: «Una piedra hay en esta era, en esta fortaleza, llamada Rumi Sayco, que fué llevada al Cuzco para poner en los edificios del palacio del Inca, que tiene sesenta piés de largo, tres y medio de grueso y cinco de ancho, que fué llevada desde la provincia de los Cañares, junto á Quito, quinientas y más leguas de camino: lleváronla cuatro indios con artificio; y es fama que, cuando la pusieron en el lugar lloró sangre.

Esta, que parece ficción, fué una máxima muy advertida y política muy fina de los indios del Perú: atribuyendo ellos á la piedra las fatigas y sudores que les costó su conducción, quisieron dar á entender á sus monarcas que no debían imponer á los vasallos leyes duras que repugnasen á las de la naturaleza y equidad, sino las más suaves, que hiciesen felices su dominación é imperio».

VI

Si pareciera al lector que este juicio acerca del estado del Perú es demasiado severo, íntegro estaba cuando la casualidad puso en mis manos la historia de Carrey, que en la página 185, y acerca de la monarquía inca, se expresa así: «Or, cela seul suffirait à mon sens, pour degoûter des incas et de leur civilisation si vantée. Je ne sais rien de plus hideux que cette sauvagerie féroce..... Telle était sous les aspects principaux qui nous intéressent, cette civilisation étrange dont on à fait une merveille paradisienne, égarée sur la côte américaine du Pacifique. Je l'ai expliqué longuement..... Loin d'être une merveille, ce n'était, à mon sens, qu'une ébauche de société, dont l'état quasi-bestial répugne bien plutót qu'il n'attire. Pour trouver à la vanter il à fallu un de ces interêts de parti qui font tout voir et montrer par un prisme.» No suscribimos á este juicio, aunque estemos convencidos que se ha exagerado mucho la civilización de los incas. Así, v. gr., lo ha hecho el escritor americano José Rosendo Gutiérrez, que ha llamado al imperio inca «algo como el idilio de la historia y de las sociedades humanas.» (Tomo II, pág. 183 de la *Revista peruana*, 1879.)

VII

«Los tambos, ú hosterías reales, eran edificios sin el menor arte arquitectónico, fabricados de piedras brutas ó adobes, y formaban un cuadro ó rec-

tángulo, cercando una plaza bastante grande, en cuyo medio había una atalaya que superaba al edificio en poco más de un estado. En el contorno había compartimientos muy grandes para alojar á los soldados, y aposentos pequeños para el inca y los señores de su séquito. Los tambos tenían de veinte á treinta piés de ancho, y de largo 600 ú 800. Las casas de juego no se distinguían por su arquitectura, sino por su extensión. Eran edificios de sólo cuatro muros con un techo, destinados á celebrar en ellos las fiestas cuando llovía.» (Rivero y Tschudy, *Ant. per.*)

«Si l'on en croyait les premiers historiens de ce pays, on serait tenté de supposer que les Péruviens étaient aussi habiles que les Romains dans l'art de la construction des routes. Mais les assertions de ces écrivains sont évidemment exagérées, et leur enthousiasme s'est échauffé à peu de frais. Dans un pays oú il n'existait d'autre animal domestique que le llama, qui n'était pas même employé comme bête de trait, et qui ne peut porter que des charges légères; dans un pays oú d'ailleurs, les chemins montueux n'étaient fréquentés que par les hommes, on n'avait certainement pas pu perfectionner le systèdes voies de communication,» etc. (M. Lacroix, *L'Univers Pittoresque*, 4.)

M. Desjardins, de incuestionable autoridad en antigüedades peruanas, se expresa en estos términos: «Les deux historiens que nous venons de citer (Zárate y Cieza de León) ont déjà exagéré l'importance de ces travaux. Dans les endroits difficiles, le chemin n'est ni taillé ni aplani. Des jalons indiquent simplement la direction que l'on doit suivre pour éviter les pasages dangereux ou impossibles.

Cette direction est le plus souvent rectiligne. Dans les terrains les moins difficiles des chemins de la Cordillère, la route est tracée par deux lignes de pierres brutes dressées en regard l'une de l'autre à la distance de vingt cinq pieds. Dans les declivetés du sol on a construit des marches soutenues seulement par une rangée de petites pierres. Ce ne sont point des escaliers propres à faciliter l'ascension, mais de simples remblais placés de distance en distance, pour empêcher les terres de s'ébouler. La pente n'est jamais adoucie par des travaux de terrassements. (Desjardins, *Le Perou avant la conquête espagnole*, VIII, pág. 165.)

Raynal, nada escaso en dicterios contra los españoles, al hablar de las grandezas de los incas lo hace de este modo: «Es preciso dejar entre las fábulas esa prodigiosa cantidad de ciudades fabricadas con tanto cuidado y gastos; esos majestuosos palacios destinados á alojar á los incas en los lugares de su resistencia y en los viajes; esas fortalezas....., esos acueductos y arcadas....., esos soberbios caminos....., esos puentes tan ponderados..... (*Historia filosóf. y polít.*, desde la página 310 á la 315.)

Sacaremos, por último, á Robertson, que en el libro VII de su *Historia de América*, se ríe de la credulidad de algunos «auxiliada por las pomposas descripciones de los escritores modernos que se han empeñado por sistema en celebrar las cosas de los americanos.»

Incompleto quedaría este apéndice si no hiciéramos observar que las pomposas descripciones están basadas principalmente en Garcilaso de la Vega, inca, del que dice Prescott en una de las notas del capítulo II, libro III: «La situación de este escritor

leabría la fuente de todas las noticias más exactas, ventaja equilibrada con exceso por los defectos de su carácter, por su infantil curiosidad, y por su deseo de abultar todo lo relativo á su clase y aun á su nación. Su obra es el origen de casi todos los hechos, y también de casi todas las mentiras que han circulado en el mundo sobre los peruanos antiguos». Y en otra del capítulo siguiente, añade: «No puede dejarse de sospechar que el tío viejo (un inca, hermano de la madre de Garcilaso) se burlaba á expensas de su sobrino, y, como después se ha visto, á expensas de casi todos los lectores, que reciben como si fueran hechos históricos los cuentos de hadas del inca».

Pero la verdad se manifesta cada día más pura y tersa; los disculpables entusiasmos de los conquistadores y el afán de los hombres de la independencia de América por deslustrar y mancillar la dominación española, van cayendo por su propio peso. Los hijos de las repúblicas hispano-americanas han empezado á trabajar loablemente para que se devuelvan á la verdad los fueros que le arrebató el entusiasmo de 1532 y la pasión del primer cuarto de este siglo.

Copiamos, pues, con gusto del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, parte del resumen que en él se hace del trabajo que el Dr. Canónigo de Quito D. Federico González Suárez remitió á dicha Academia:

«En el análisis de los grandes monumentos, mejor dicho, de los únicos grandes de Tomebamba, y de los fragmentos de la calzada ó vía real tan encomiados, piensa discretamente el Sr. González que pudieran muy bien el palacio de *Inga-pirca* y cual-

quiera de los otros edificios, haber sido muy ricos por las planchas de oro y plata con que se cubrieran en aquellos tiempos las paredes, pero que los materiales existentes no ofrecen indicio de suntuosidad ó magnificencia en el arte arquitectónico.

Visto el estado actual de los mismos, que describe el Sr. González Suárez, parécenle un tanto exageradas las relaciones que sucesivamente hicieron Zárate, el Barón de Humboldt y D. Antonio de Ulloa, llevados sin duda por impresiones de momento.» (Tomo XV, cuadernos I y II, Julio y Septiembre de 1889).

VIII

Del espiritismo en tiempo de los incas.

Uno de los primeros religiosos que la Compañía de Jesús tuvo en el Perú, fué el P. José de Acosta, que, por su vasta erudición, buen juicio y asiduidades, no sólo contado entre los mejores historiadores de Indias, sino con empeño consultado por cuantos tratan de historia americana. El haber cruzado el Alto y Bajo Perú en distintas dirrecciones predicando, enseñando y confesando á los indios; el haber contribuido al arreglo de catecismos, vocabularios, artes de confesar, etc., tanto en quechua como en aymará; el haber sido consultor del Santo Oficio y de los virreyes Toledo y Enríquez, hace que las noticias insertadas en su *Historia natural y moral* gocen, en general, de plena autoridad, testimonio de lo cual le han dado las muchas ediciones y traducciones que de dicha obra se han hecho, y que pueden verse en los escritos del Sr. Torres Salda-

mando (*Los antiguos Jenuítas del Perú*: Lima, 1882, P. José de Acosta). De este padre y de las crónicas de las Ordenes religiosas tomaré cuanto aquí diga acerca del espiritismo de los indios, pues los misioneros son los que pueden proporcionarnos datos más abundantes y verídicos.

Entre las muchas cosas que el demonio hacía por medio de algunos indios, que con él comunicaban, eran, fuera de hablarles y llevarlos por el aire en breve tiempo á mucha distancia, decirles lo que pasaba en lugares muy remotos, como ha sucedido después de la llegada de los españoles, que en distancia de 200 á 300 leguas se ha sabido de los motines, de las batallas y alzamientos, muertes, etc., el mismo día y tiempo en que tales cosas sucedieron, ó al siguiente (lo cual entonces no podía saberse tan pronto). Para hacer estas adivinaciones se meten en una casa cerrada por dentro, y se emborrachan hasta perder el juicio, y después, al cabo de un día dicen lo que se les pregunta. Y del famoso templo de Pachacamac, cuatro leguas de Lima, hay relación cierta que hablaba visiblemente el demonio en él, y que ha tiempo se veía una culebra muy pintada; y esto de hablar y responder el demonio en estos falsos santuarios, es cosa muy común y averiguada. Y el nombre de Lima, corrupción de Rimac, ó el que habla, lo testifica, pues en este valle daba el ídolo que en él había muchas respuestas. El modo que tenían en las consultas era como el demonio les enseñaba; ordinariamente de noche, andando hacia atrás, con las espaldas vueltas al ídolo, doblando el cuerpo é inclinando la cabeza. La respuesta solía ser de una manera de silbo temeroso, ó con un chillido que les ponía horror.

Cosas análogas se leen en las crónicas religiosas, como hemos dicho. Ahora bien: ¿quién ignora que en estos tiempos se han repetido cosas muy parecidas, si no siempre cuanto al modo, al menos cuanto á los efectos? La magia, órgano de Satanás, se encarna donde no está Dios. El moderno espiritismo hace grandes empeños en segregarse de la magia, para que así, con la novedad, pueda engañar más fácilmente á los incautos. El autor espiritista M. Potet ha dicho: «Todos los principales caracteres de la magia se hallan impresos en los fenómenos actualmente producidos por el espiritismo»; y por si alguno duda de la verdad de estas palabras, añade: «La magia estaba fundada en la existencia de un mundo de espíritus muertos (es decir, con cierta subsistencia semi-material), errantes en torno nuestro, con los cuales, según ellos, podemos comunicarnos por medio de ciertos procedimientos prácticos». Que es, ni más ni menos, la doctrina espiritista del día, como se expone en las soporíferas lucubraciones de Allan Kardec. En la magia de los indios, como en el espiritismo del día, no todos eran aptos para la comunicación con los espíritus; entonces, como ahora, se requería un intermediario, que, comunicando directamente con el espíritu, transfiriera á los demás el resultado de la mutua comunicación. Considerando, pues, que el demonio, ángel caído, conserva su naturaleza angélica, puede efectivamente hacer lo que nos cuentan los historiadores antiguos, y mucho más. Puede vaticinar lo que depende de causas físicas necesarias, v. gr., el choque de dos astros, y *conjeturando*, puede también vaticinar lo que depende de causas libres, como es la voluntad del hombre, v. gr., si

tal ó cuál persona se defenderá ó no si la atacan, aunque en tales conjeturas puede engañarse. Puede decir á los que se comunique lo que está sucediendo á miles de leguas, pues no conoce distancia en sus operaciones; puede, en fin, hacer muchas cosas extraordinarias, donde reina la incredulidad, y de hecho las hace, como consta de probadísimos testimonios.

De lo dicho se pueden sacar dos consecuencias. Primera: que no es prudente blasonar de despreocupado, riéndose de lo que nos enseñan nuestros mayores, como de gente poco ilustrada y demasiado sencilla. Segunda: que en el siglo XIX se alardea de estar, en lo tocante á espiritismo, á la altura de los indios antes de la conquista.

IX

En la descripción que del repartimiento de los rucanas antamarcas, jurisdicción de Huamanga, hizo en 1586 su corregidor D. Luis Monzón, se lee, en contestación á la pregunta veintiuna de las instrucciones: «Respóndese al capítulo veintiuno, que junto al pueblo de *La Vera Cruz de Cauana* está un pueblo derribado, al parecer, antiquísima cosa. Tiene paredes de piedra labrada, aunque la obra tosca; las portadas de las casas, algunas de ellas algo más de dos varas en alto, y los lumbrales labrados de piedras muy grandes; y hay señales de calles. Dicen los indios viejos, que tienen noticia de sus antepasados, de oídas, que en tiempos antiquísimos, antes que los ingas los señoreasen, vino á esta tierra otra gente, á quien llamaron *viracochas*,

y no mucha cantidad, y que á éstos los seguían los indios, viniendo tras ellos oyendo su palabra, y dicen ahora los indios que debían de ser santos. A estos les hacían caminos, que hoy día son vistos, tan anchos como una calle y de una parte y de otra paredes bajas, y en las dormidas les hacían casas que hasta (hoy) hay memoria dellas, y para esta gente dicen que se hizo este pueblo dicho; y algunos indios se acuerdan de haber visto en este pueblo antiguo algunas sepulturas con huesos, hechas de losas de piedra cuadradas y enlucidas por de dentro con tierra blanca, y al presente no parece hueso ni calavera destos.» Igual noticia se da en los *Entretenimientos americanos*, y acerca de ella trasladaremos aquí la nota que el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada pone en el primer tomo de sus *Relaciones Geográficas del Perú*. «A cual más interesantes son las noticias contenidas en la anterior respuesta, y no es necesario ponderárselas al que conozca de antigüedades del *Perú*. Para mí, la que se refiere á las sepulturas es la primera que llegó á Europa sobre los dólmenes americanos, ilustrada además con la notabilísima particularidad del revestimiento ó enlucido de su interior; y en cuanto á la tradición de los *viracochas*, es la más razonable, la más humana, la más admisible que en mi concepto existe acerca de esos personajes divinizados unas veces, otras transformados en mitos, y aquí reducidos pura y simplemente á un elemento etnológico, que entra ya en la jurisdicción de la ciencia por el camino de la historia. Y este pueblo,—que sepultaba todavía sus cadáveres en dólmenes,—trazaba ya calles, abría caminos y establecía dormidas ó tambos; ¿qué es lo que deja en-

tonces de original y nuevo á los tenidos hasta aquí por inventores de todas esas obras y otras muchas de pública utilidad, los incas?»

X

Etnografía.

«La comparación entre las antigüedades de los incas, que ha publicado Castelnau, con las de Egipto, hace pensar en una misma raza: idénticos son los tipos de los personajes; idénticos los caballitos de totora hasta ahora empleados en la costa peruana del Norte; idénticas las balsas con que hasta hoy se navega en el lago de Titicaca; hay también cierto aire egipcio en las ruinas de Huánuco el Viejo, y en otras muchas esparcidas por toda la sierra, en las ideas acerca de la vida futura, en las momias y en gran número de instituciones.

»Como los hebreos adquirieron el carácter nacional en el Bajo Egipto, puede verse sin extrañeza que también ellos presentan muchos usos comunes con los antiguos peruanos, y esta semejanza ha bastado para que, desde el siglo XVI, se haya pretendido que originariamente fueron un solo y mismo pueblo. Desde entonces se dijo que Ophir, nombre de un nieto de Heber, de quien descienden los israelitas, era sinónimo de Perú, no obstante la diferencia de sonidos, fácil de explicar por las leyes de la etimología. En el siglo siguiente, Montesinos consagró muchos capítulos de sus Memorias históricas á probar esa pretendida sinonimia, y en nuestros días Onfroy de Thoron ha consagrado un

opúsculo al mismo tema, añadiendo que en la montaña hay muchos nombres de origen hebreo, así como en la *Biblia* se encuentran otros originarios de la montaña: los defensores de esta opinión sostienen que las naves de Salomón é Hiram venían á tomar el oro en nuestra rica región oriental; otros hebraistas se limitan á sostener que Ophir es el abuelo de nuestros indígenas, ó que el Perú fué poblado por las diez tribus de Israel que los reyes de Nínive llevaron al cautiverio. En apoyo de ideas tan singulares, suelen alegarse falaces analogías y violentas etimologías: otra prueba que, si bien está lejos de demostrar el pretendido origen, revela claramente cierta comunidad de idiomas, es la observación de una misma ley gramatical; por ejemplo, la posesión de la primera persona se expresa en hebreo y en quechua añadiendo una *y* al nombre de la cosa poseída: el judío dice Adonay (mi señor), y el peruano Yaytay (mi padre), identidad que sería inexplicable, si no recordásemos que antes de la confusión de Babel el género humano hablaba un solo idioma, del que deben haber quedado restos en los idiomas más heterogéneos.

»Habiendo sido habitada la tierra de Canaam por hebreos y fenicios, quienes tuvieron entre sí todo género do relaciones, estos últimos, que tanto se distinguieron por sus atrevidas empresas marítimas y por sus lejanas colonias, no pueden menos de ser contados por algunos investigadores de orígenes entre los progenitores de los indios. A las analogías que le son comunes con los hebreos, hay que añadir razones de mucho mayor peso. Cabrera en Guatemala, el venezolano Rojas y muchos que se han ocupado del Brasil, dan por seguro el descu-

brimiento de inscripciones fenicias, así en Yucatán como en el imperio vecino, las cuales declaran expresamente la venida de cananeos á entrambas regiones; muchos monumentos, entre ellos los célebres de Tiahuanuco, parecen corroborar ese testimonio, y, prescindiendo de otras semejanzas de menor valor, es sorprendente la que hay entre los guanchos, antiguos habitantes de Canarias, y los aimaraes del Collao, tanto en la forma de los cráneos como en la manera de conservar los cadáveres.

»Los vascos, bien se consideren emparentados con los atlantes, bien en estrechas relaciones con las colonias fenicias; audaces navegantes fuera de toda suposición, pueden haber tenido en la remota antigüedad íntimo trato y vínculos de familia con los pobladores de América. La simple posibilidad se convierte en verosimilitud cuando á más de ciertos rasgos comunes, así en el orden físico como en el orden moral, se descubren notables semejanzas entre el euscalduna y las lenguas americanas: esas semejanzas, sobre las que Guillermo Humboldt llamó la atención, pueden ser reconocidas sin necesidad de profundos conocimientos filológicos, porque resaltan, ya en el sonido y significación de las voces, ya en la estructura gramatical, y han movido á varios filólogos contemporáneos á considerar unos y otros idiomas como pertenecientes á la misma familia; á nuestro parecer, más bien que una estrecha filiación directa, el mayor número de analogías está revelando la gran antigüedad, y, por consiguiente, la mayor aproximación al tronco común lingüístico.

»Se ha pretendido también hallar el origen de

los indios en romanos, griegos, germanos, escandinavos y en otras naciones europeas. En verdad, no es dudoso que desde el siglo x tuvieron los noruegos florecientes colonias al Norte de los Estados Unidos, y es fácil hallar voces y usos parecidos entre los antiguos habitantes de Europa y de América; mas, respecto del Perú es poco verosímil que llegara hasta él la inmigración europea, cuyas huellas se pierden mucho antes del golfo de Méjico, y cuyo parecido se concibe sin dificultad recordando que ambos países recibieron razas varias emparentadas con las del Indostán. Bajo este concepto, se ha observado con razón que si Colón cometió un error geográfico llamando á los americanos indios, como si habitasen en las conocidas Indias Orientales, estaba más cerca de la verdad de lo que á primera vista parece. En efecto: los indios de América y de Asia presentan muchos vínculos de fraternidad; por su aspecto, se les tendría por hijos de una misma familia, y en el fondo moral hay sorprendentes analogías: limitándonos á los indios del Perú, su espíritu es decididamente oriental; sus viudas se sepultaban con los esposos, como las del Indostán; algunos creian en la transmigración de las almas; tenían otras creencias comunes; había mucho parecido en la organización social dominante: lo que es más significativo, según han observado Fidel López y otros filólogos, las principales lenguas del Perú son muy afines con el sanscrito: omitiendo otros ejemplos sorprendentes, la voz *chunchos*, que en el Código de Manú significaba una raza maldita condenada á vagar en los bosques, se aplicaba bajo los incas, entre otros salvajes, á los que habitaban en las montañas del Cuzco. Por lo demás, sabido es que

del Indostán, á menudo turbado por guerras, ya políticas, ya religiosas, salieron numerosas emigraciones, cuya presencia se descubre en las más apartadas islas de la Oceanía.

»Otra raza asiática ha dado, sin duda, muchos pobladores á la América; los tártaros, que de antiguo se hallaban establecidos en el Asia Septentrional, en la China y en el Japón, pasaban fácilmente al Nuevo Mundo, ya por el estrecho de Behring y por las islas vecinas, ya á favor del viento y de las corrientes hasta la península de California: de esta inmigración dan incontestable testimonio los monumentos de esa península, los anales de Méjico y los de la China; por los últimos se sabe que en el siglo v existian relaciones comerciales entre los dos países. Si bien la llegada de chinos al Perú era en aquellos tiempos mucho más difícil y debió ser mucho más rara, probablemente después de establecerse en regiones más septentrionales, abundan las razones para admitirla dentro de ciertos límites: no son, por cierto, según se dice vulgarmente, ni el uso del idioma chino por los indios de Eten y por una tribu del Guallaga, suposición que los hechos desmienten, ni la lectura de ciertos jeroglíficos peruanos por los hijos del Celeste Imperio, lo que está lejos de haberse probado alejando todo temor de superchería; pero dicen mucho en favor de inmigraciones congéneres á los chinos, indicios que no se prestan á ficciones ni exigen interpretaciones violentas: la fisonomía y cuerpo de algunos indígenas tienen tal parecido con los de aquellos asiáticos, que más de una vez han sido tomados unos por otros; la civilización de los incas, hijos del sol, parece calcada sobre la de los hijos del cielo; el mis-

mo nombre de inca, los de Manco, Chinchi, Inti, Quipo y otros que se refieren á usos oficiales, nos llevan á las lenguas mongólicas por el sonido y por las cosas significadas.

»Cualquiera opinión que se acepte sobre la filiación asiática de los peruanos, haciéndoles venir del Indostán ó de la China, descendientes de indus ó mongoles, no podrán menos de reconocerse que muchos procedían directamente de la Oceanía: la larga navegación, que antes se tenía como un obstáculo insuperable, ha dejado de mirarse como una dificultad seria desde que se sabe que los isleños del mar del Sur han dispuesto de buques aptos para cualquier travesía, que desde la isla de Haití navegaban hasta la Nueva Zelanda, y que se emprendían guerras marítimas de archipiélago contra archipiélago, transportándose en sus flotas tribus enteras, sea por escapar de enemigos superiores, sea para conquistar otras naciones. Las expediciones no eran impulsadas siempre por móviles políticos, pues á veces les daban origen el amor á las aventuras marítimas y el espíritu mercantil. De que tuvieron relaciones con el Perú, son clara prueba la memoria que conservaban los habitantes de Arica, Acari, Ica y otros costeños, de largos viajes á las islas del Pacífico, la analogía entre algunos monumentos peruanos con los de la remota isla de Pascuas, afinidades manifiestas en los idiomas, la semejanza de tipos y la comunidad de algunos usos.

»Fácil nos sería multiplicar las observaciones y conjeturas acerca del origen de los indios, desde que este problema ha ocupado, fuera de otros muchos que lo trataron de paso, á los Acosta, Torquemada, Solórzano, Jiménez, Grocio, Laet, Horn, Gaffa-

rel, etc., y que desde principios del siglo XVII fué tratado por el P. Gregorio García con tanto caudal de erudición como de ingenio; muchas apreciaciones, que hoy se dan por nuevas, fueron expuestas hábilmente por el dicho dominico. Por tanto, sin detenernos más en un campo trillado, y sin pretender haber resuelto lo que tal vez es irresoluble, podemos llegar á las siguientes conclusiones acerca de los antiguos peruanos: «El Perú no fué poblado de una sola vez y por una sola nación. En diversos tiempos recibió pobladores originarios del antiguo continente, sea por la parte oriental, sea del lado del Pacífico. El mayor número de los colonizadores hubo de venir por tierra; los que llegaron por mar, ó habían estado antes en otra región de América, ó procedían de la Polinesia; pocos llegarían directamente del Asia.»

»No sólo el vulgo, inclinado á juzgar por las primeras apariencias, sino sabios tan eminentes como Robertson, Herder, Blummenbach y Humboldt, han creído que todos los americanos pertenecían á una sola raza; cuando se oponen sus rasgos á los que ofrecen los habitantes de la Europa occidental, es natural que el observador, vivamente impresionado por el contraste, no vea en ellos sino el carácter común que les distingue del europeo, y en ese carácter le llamen preferentemente la atención las analogías debidas á las influencias generales del nuevo continente, tanto más notables, cuanto que la incomunicación, pocas veces interrumpida, con el viejo mundo, les permitía ostentarse con toda su fuerza y sin mezcla de modificaciones extrañas; es el juicio que de ordinario formamos de todo grupo natural al compararlo por primera vez

con otro grupo diverso cuya vista no es familiar; desde luego, no descubrimos en él sino objetos semejantes, y con dificultad apercibimos ó apreciamos debidamente aquellas diferencias que no escapan al observador ejercitado y reflexivo. Por lo mismo, la diversidad de razas americanas, desconocida por observadores vulgares ó vivamente impresionados por la comparación con los europeos, es manifiesta desde que se observa detenidamente, sin prevención de ningún género: no es fácil que en esta situación se confunda al esquimal con el patagón, al iroqués con el guaraní, ni al quechua con el californio. Fijándonos sólo en los primitivos peruanos, la pluralidad de razas, atestiguada por la multitud de inmigraciones, se comprueba por las más fuertes razones: en todas las regiones del Perú se recordaba la llegada de hombres barbados, mientras la mayoría de los habitantes era de escasa barba; en algunas se hablaba de gigantes y en otras de pigmeos, lo que, dando á la exageración y la fábula la parte correspondiente, deja todavía diferencias de talla incompatibles con la unidad de la raza; aparecieron personajes extraordinarios, cuya procedencia era un misterio, y que traían ideas enteramente nuevas; se repitieron las invasiones y los cambios radicales, sobrepeniéndose unas colonias á otras colonias, unas costumbres á otras costumbres, unas lenguas á otras lenguas. Es cierto que éstas no prueban siempre la diversidad de razas por su diversidad, ni una raza idéntica por su unidad, puesto que un mismo pueblo puede cambiar de idioma con el transcurso de los siglos, y un mismo idioma ser hablado por diferentes razas; pero esos fenómenos lingüísticos reconocen siempre por causa gran -

des revoluciones políticas, la absorción de unos pueblos por otros, y la expansión del más poderoso ó la disolución nacional: nunca pueden realizarse no habiendo ocurrido violentas perturbaciones, que en las mismas lenguas se dejan reconocer. Por lo tanto, en el antiguo Perú la coexistencia de muchas lenguas indicaba claramente la pluralidad de las razas; fuera de las muchas que las conquistas hicieron desaparecer, hallamos todavía entre los indios civilizados la quechua, que no sin razón ha sido llamada lengua general; la aimará, bastante extendida en el Collao y serranías inmediatas; la puquina, menos empleada en la misma región; la cauquí, relegada en Yauyos al pueblo de Tupí, y la mochica, que sólo se habla en el de Eten. Entre los salvajes han contado unos ciento cincuenta dialectos, y más de cuarenta idiomas diversos los jesuitas Velasco en su *Historia de Quito*, y Hervás en su *Catálogo de las lenguas conocidas*, refiriéndose sólo á las habladas en las misiones del Marañón y sus dependencias.

«Sin necesidad de estudios lingüísticos ni de sospechosas tradiciones, los rasgos exteriores revelan la diversidad de razas en los antiguos peruanos: fuera del color y la talla, cuyo valor es secundario y no siempre fácil de precisar, reinaba la mayor diversidad en las cabezas, que es de primera importancia en la etnografía. En verdad, la costumbre de los collas y de otras varias tribus, las que, á fin de conseguir la forma tenida por más bella ó por más honrosa, comprimían con tablillas las cabezas de sus tiernos vástagos, pudo producir y perpetuar diversas transformaciones, alargando los cráneos de adelante á atrás, de uno á otro lado, ó haciendo

coronillas puntiagudas; pero independientemente de esa diversidad artificial, hubo otra que manifiesta indudablemente la antigua diferencia de razas, por haberse anunciado desde el seno materno, subsistir con independencia de la bárbara costumbre y ser más general y profunda. Tales son las variadas formas de fisonomías redondeadas ú ovales, de frentes salientes ó que huyen, de ángulos faciales que varían de 68 á 69°.

«Una vez admitida la pluralidad de razas peruanas, se ha pretendido reducir á un cierto número las de los indios civilizados, únicos que se prestaban á observaciones generales. Orbigni ha admitido las razas de los quechuas, aimarás, atacamas y changos, fijándose, no tanto en los rasgos físicos, cuanto en los usos é idiomas: Tschudi y Rivero, en sus antigüedades, distinguen tres razas: la chincha, la aimará y la huanea, caracterizadas, principalmente la primera, por su cráneo piramidal y ángulo facial de 79°, la segunda por el cráneo redondo y el ángulo facial de 69°, y la tercera por el cráneo oval y el ángulo facial de 68°. Cualquiera que haya examinado cráneos recogidos en toda la extensión de la costa y de la sierra, y no en regiones muy reducidas, se convencerá pronto que las dos clasificaciones citadas no descansan sobre bases sólidas; la variedad de cráneos no se encierra en tan estrechos límites: por ahora, el punto de vista más interesante bajo el que pueden considerarse, es el propuesto por Raymondi, que está reducido á levantar una línea vertical en el agujero externo de la oreja, con la que se fija fácilmente la proporción entre la parte frontal y la occipital; procediendo así, se descubre la relación que existe entre los ór-

ganos puestos al servicio de la inteligencia y los destinados á la vida animal, y ese estudio craneoscópico indica que en el antiguo Perú hubo razas muy inteligentes, y otras muy embrutecidas.» (Lorente, *Hist. de la Civilización Peruana.*)

A. M. D. G.

Precio, 2 pesetas 50 céntimos.

NOTAS

[1] Cf. Solórzano y Reiffenstuel, lib. v, Decret. tit. vi. 49 y 50.
[2] Merc. Per., t. i.
[3] Merc. Per., t. i., págs. 94 y 95.
[4] Acosta de Procurad. ind. salut., iii, cap. 19.
[5] Ms. B. Nac. J. 89.
[6] Cieza de León, cap. 37.
[7] Herrera, Dec. iv, cap. 11.
[8] Cieza de León, cap. 61.
[9] Lorente, Civilización Peruana.
[10] Cieza de León, cap. 80.
[11] Lorente, Civ. Per.
[12] Idem.
[13] Garcilaso, lib. vii, cap. 1.
[14] Mendiburu, Dicc. Biográf. Peruano, Ap. ix, t. iii.
[15] Cieza de León, cap. 90.
[16] Garcilaso, lib. viii, cap. 19.
[17] Mendiburu, t. v, pág. 390.
[18] Herr. Dec. v, lib. vi, cap. 4.
[19] Colecc. de Muñoz, t. xlii, f. 241 vuelto.

ÍNDICE

Páginas.

¿Hubo derecho á conquistar la América?..... 1
Colonización del istmo y exploraciones: episodios históricos.—Vasco Núñez de Balboa..... 39
Genio de Balboa.—Descubre el mar del Sur ó Pacífico..... 50
Gobernación de Pedrarias.—Preparativos para descubrir el Perú..... 55
Balboa emprende su viaje de descubierta.—Vuélvese, y es ejecutado en Acla..... 60
Descubrimiento del Perú.—Breve expedición de Andagoya.—Adquiérense más datos acerca de los incas..... 63
Los tres asociados.—Percances de los expedicionarios.—Ratifícase el famoso contrato... 66
Expediciones al interior y la costa..... 78
Desaliento en Panamá.—Heroica resolución de Pizarro y sus trece compañeros..... 85
Salida de la Gorgona.—Aspecto del país..... 89
Llegada á Túmbez.—Regreso á Panamá, etc.. 93
Negociaciones en España..... 101
Perú primitivo..... 113
Perú incásico..... 123
Constitución político-religiosa..... 126
Constitución político-civil..... 137
Constitución política y judicial..... 158
Constitución político-militar..... 161
Breve noticia biográfica de los Incas..... 168
Población del Perú al empezar la conquista... 178
Caminos, palacios, tambos, etc..... 198

APÉNDICES.

I (perteneciente á la pág. 113)..... 207
II (perteneciente á la pág. 127)..... 220
III (perteneciente á la pág. 128)..... 222
IV (perteneciente á la pág. 128)..... 223
V (perteneciente á la pág. 137)..... 224
VI (perteneciente á la pág. 167)..... 243
VII (perteneciente á la pág. 206)..... 243
VIII 217
IX 252
X 250
Notas..... 263

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

	Pesetas. Cts.
La Inquisición Española.....	3
Tratado de Cosmografía.....	5

PUBLICADO HASTA AHORA DE LOS «ESTUDIOS CRÍTICOS»

PARTE PRIMERA

I.—*Colón y los Españoles:* Tercera edición.	3

PARTE SEGUNDA

I.—*¿Hubo derecho á conquistar la América? Análisis político del Imperio incásico:* tercera edición.....	2,50
III.—*La conquista del Perú:* segunda edición	3,50
IV.—*Las guerras civiles y la anarquía:* íd.	3

PARTE TERCERA

V.—*Industria agrícola-pecuaria llevada á América por los Españoles:* (en prensa).....	»
VI.—*Continúa la misma materia y se coteja el estado agrícola de las colonias con el de la metrópoli*.....	»

Se hallan de venta en Madrid, en casa del Editor, y en las librerías de López, Hernández, y Aguado.

REBAJAS

De 11 ejemplares á 20, 10 por 100.—De 21 idem á 33, 15 por 100.—De 34 á 49, 20 por 100.—De 50 en adelante, 25 por 100.